

JEFE
Y
EX

¡Nayabio!

CARLOTA
MANZANO



JEFE

Y

EX

iNaya tio!

CARLOTA MANZANO

Primera edición

Jefe y ex ¡Vaya lío!

© 2020, Carlos Manzano

© Imagen portada: Adobe Stock Fotolia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Contenta no, lo siguiente. Saber que el universo se situaba a veces de mi parte era algo que sacaba lo mejor de mí. Y en aquella ocasión me lo estaba demostrando una vez más... ¡Si es que mi vida no podía ser más bonita!

Treinta años, periodista y encargada de una columna en uno de los periódicos más prestigiosos del país, dirigido, nada más y nada menos que... ¡Por mi pareja! Pablo rozaba los cuarenta, pero seguía estando bueno a rabiarse, bueno de esos que a veces me jodía comprobar cómo no había ni una que no se girara a su paso, bueno de quererme perder entre las sábanas una y otra vez con él...

¿El tiempo que llevábamos juntos? Cuatro añitos de nada, que habían pasado como un suspiro, desde aquella bendita noche en la que mi Pablito me pidió, del modo más romántico, que nos fuéramos a vivir juntos. ¡No cabía duda de que era un amor! Y yo... Yo una suertuda de matrícula de honor, por tener a semejante maromo a mi lado.

Llevaba un par de días en la cosmopolita Londres, considerada nueva capital del mundo y bandera de la globalización. Había acudido allí para entrevistar al personaje mediático del momento, un cantante que dejaba un reguero de babeantes fans a su paso y al que tuve el privilegio de acceder. ¡Otra prueba de que todo iba sobre ruedas en mi maravillosa existencia!

Tenía billete de vuelta para el domingo por la tarde, día del señor y en el que yo aterrizaría en mi particular nidito de amor por la noche. Pablo me estaría esperando con los brazos abiertos y como que el revolcón estaba garantizado. Eso sí, con buenas dosis de sentimientos, ¿eh? No vayáis a pensar mal, que lo que existía entre mi chico y yo era amor del bueno, de esos que dejan a las películas como “Los Puentes de Madison” en bragas.

Total, que antes de seguir enrollándome como las persianas, la buena noticia que me acababan de dar era que volvía un día antes a casa, ¡yujuuuuu! La recibí como agua de mayo, todavía tendría tiempo de disfrutar un poco del finde con mi chico.

El siguiente paso, obvio, fue cambiar el billete, pero lo hice callada como en misa. A mí me encantaban las sorpresas y la maquinaria estaba en marcha, ¡le daría una a Pablo! Al fin y al cabo, ¿qué mejor plan iba a tener él que sostenerme entre sus fuertes brazos desde el sábado noche hasta el lunes? Ninguno, ponía la mano en el fuego...

¡Con menudos nervios me subí en ese avión! Reconfortada por la sensación del trabajo bien hecho, encaré la vuelta más feliz que una perdiz y es que a mí a positiva no había quien me ganara. En unas horas aparecía por casa, luciendo sonrisa de oreja a oreja y unas ganas inusitadas de decir *“aquí estoy porque he venido”*.

Un vuelo apacible y ya estaba en el taxi, mirando las luces nocturnas de la ciudad que me vio nacer y que tanto me entusiasmaba, aunque ni la décima parte de lo que lo haría abrir esa puerta...

El trayecto en el taxi se me hizo muy largo, ¿os habéis preguntado alguna vez por qué las manillas del reloj se detienen cuando los latidos del corazón se intensifican por las ganas de hacer algo? Las mías por llegar le dieron una patada a mi reloj y lo mandaron por lo menos a Parla.

Y luego estaba lo del taxista, que se puso a darme palique del tema estrella masculino, el fútbol. Que vale que también le gustara a muchas mujeres y yo lo respetaba al máximo pero, ¿de verdad me había visto cara de interesada en que once tíos por equipo se pelearan por darle patadas a un balón? Si por mí fuera, les compraba uno a cada uno y asunto concluido.

Simplemente desconecté. Esa era una de mis habilidades natas. Cuando algo no me atraía entraba en otra onda y hasta el verte, Reverte. Ni que decir tiene que fue la táctica que usé en aquella ocasión, más aún cuando vi que se me había partido el pico de una uña y aquello requería toda mi atención. A ver, que no era un asunto de estado, pero casi. Mis uñas eran sagradas.

Por fin, el taxi dobló la esquina y estaba al caer el momento de decirle adiós a aquel cavernícola, que en ese justo instante me hablaba de las calamidades que suponía tener suegra. Ni las vueltas esperé a coger. ¡Que le fuera bonito! En cuanto a mí, un saltito y ya estaba fuera del taxi. Suerte que el taxista se percató de que me iba tan campante y me recordó que tenía que darme mi maleta. Sí, sí, la necesitaba, que mis buenos trapitos llevaba en ella, menudita era yo para los asuntos de la moda.

Ya veía nuestro portón, lujoso donde los hubiera y es que el ático que compartíamos era de mi pareja y claro, él tenía un nivel superior, no era un chico de barrio ni nada que se le pareciera. Y no es que yo tenga absolutamente nada en contra de ellos, pero es que mi Pablo era mucho Pablo: elegante, glamuroso, atento, cariñoso, servicial era...

¡Un hijo de la gran puta! Eso era mi Pablo y yo en la inopia hasta ese momento.

¿Y este cambio de actitud? Lógico que os lo estéis preguntando. Pues mi fácil, vamos a meternos en situación.

Abrí con todo el sigilo del mundo, porque lo de la sorpresita cobraba cada vez más fuerza, lo que pasa es que yo desconocía en ese momento en qué dirección. Me despojé de mi vestidín y me quedé con aquella lencería que tan meticulosamente había seleccionado antes de salir. Negra, de

satén y con encaje, como si el mismísimo Pablo hubiera elegido a la carta, que para eso era la que le encantaba.

Me miré en el espejo del pasillo, que tuvo a bien devolverme una imagen de mí misma ideal, con mi pelo rubio recogido en aquel juvenil moño que tanto me favorecía. ¿Coqueta? Como la que más y, aunque esté mal que yo lo diga, tenía una silueta preciosa que me hacía lucir como nadie aquel conjunto interior.

De puntillas, así llegué al dormitorio, pensando que Pablo ya estaría en brazos de Morfeo, pero no... Estaba en brazos de aquella mulata que parecía una diosa de ébano y a la que deseé con toda mi alma que partiera un rayo.

Pensándolo en profundidad, no me he explicado del todo bien, porque en brazos, en brazos de la mulata no estaba. Más bien la tenía colocada a cuatro patas y una de dos: o Pablo estaba estudiando Medicina en secreto y aquella era una clase de Anatomía en vivo y en directo o le estaba clavando lo que hasta ese día había sido de mi propiedad y a mí me iba a salir una cornamenta que bien podría competir con la de un toro de Miura.

Todo va enlazando, si lo pienso. Porque como un toro de Miura justamente me puse y solo me faltó echar arena para atrás.

¿Termináis vosotros solitos o tengo que ayudaros? —el sarcasmo por delante. Yo siempre había hecho gala de él, no era momento de perder las buenas costumbres.

Cariño, no te esperaba —su cara teñida de morado, se ve que ese debía ser el color de la traición.

Pues ya somos dos, porque yo tampoco lo esperaba, pero vamos, que podéis seguir, no sea que se te corte la leche y sea todavía peor, pedazo de desgraciado.

Puedo explicarte, créeme que esto no es...

¿No es lo que parece? Por Dios que te creía más original, estás perdiendo puntos por momentos.

Yo...lo siento —la modelito de turno hacía lo posible por cubrirse.

Hombre, ahora ya algo menos, supongo que lo habrás sentido un poquito más hace un rato, guarrilla de tres al cuarto.

¿Perdona? Tampoco creas que te voy a permitir que me insultes...

No hace falta que me permitas nada, yo tampoco te he permitido que te acuestes con mi chico y te estaba ensartando como a una vulgar brocheta.

¿Vulgar? Perdona, yo tengo mucho estilo...

Estilo para cornear, básicamente, por lo que veo. Aunque no cantes victoria que este te gana, que para eso es el que tiene pareja. Bueno, qué tontería, lo mismo tú también la tienes, pero es que me importas una mierda y como tal, o te quitas de en medio, o te meto ahora mismo un zurriagazo con la escobilla del wáter.

Cariño, no es por nada, pero creo sinceramente que estás perdiendo los papeles...

No, no, no te equivoques. Yo los papeles los traigo, so pedazo de ingrato, vienen en mi maletín. Aquí el único que ha perdido algo eres tú y concretamente me estoy refiriendo a la vergüenza.

No, Abril, no la he perdido, es solo que...

Tienes toda la razón, te pido humildemente perdón. No la has perdido en ningún momento, es solo que no la has conocido en tu miserable vida...

Oye tú —me volví a dirigir a la muñequita —¿Te vas a ir ya o te tengo que poner en el descansillo de la escalera por los pelos?

¡Jo, cómo te pones!

¿Tú quieres cobrar? Porque yo doy unas hostias como panes y estoy pensando en montar una rifa en este momento...

Ya me voy, ya me voy. Tranquila...

No, si tranquila estoy, ya sabes dónde está la puerta...

Oye... —se fue a dirigir a Pablo.

¿Tienes algo que decirle? Igual es que me he perdido alguna cosita y estabais ultimando fecha de boda o algo.

No mujer, si nos acabamos de conocer.

Pues bonita forma de saludaros que tenéis vosotros, nos vais a tener que impartir un Máster a los demás —le guiñó un ojo, mientras ella iba saliendo apresuradamente.

Por fin solos, ¡qué romántico! —le solté, sintiendo que se me acababa de caer de

golpe la venda que llevaba desde cuatro años atrás.

Abril, necesito que me dejes explicarte.

Y yo necesito que te vayas a la mismísima mierda y no me dirijas la palabra más en tu puta vida. No sé si me he explicado con claridad.

Meridiana, meridiana...

Guay, si ya lo decía mi madre, que me explicaba como un libro abierto. Lo único es que siempre añadía que yo veía la hierba crecer y ahí como que se columpiaba un poco, porque me has marcado un gol por toda la escuadra.

Créeme que esto lo superaremos...

Sí, tú superarás el calentón que te acabas de llevar para nada, porque cuando he llegado tenías eso como el mástil de El Cano —señalé a su entrepierna —Y yo superaré que llevo años perdiendo el tiempo con un degenerado.

Por favor, siéntate y te comento lo que...

¿Cuentos chinos a mí? Pablo, lo único que te pido es que no insultes mi inteligencia, me dejes recoger mi ropa tranquila y tengas la decencia de vestirme, que me das mucho asco —le tiré el bóxer.

No sabes lo que lo siento.

Y otro con lo de sentirlo, igual que tu amiguita... Y dale Perico al torno. Pues yo no siento nada, estoy encantada de saber de qué asqueroso pie cojeas y de lo que se

cuece en esta casa mientras una está trabajando.

Yo también he estado trabajando estos días.

Ya lo veo, trabajándote al sucedáneo esa de Nicki Minaj, ¿o es que ha venido a cantarte lo de “Tusa”?

No, mujer...

“Ya no tiene excusa” —me puse a cantar con toda la ironía del mundo mientras recogía mis pertenencias.

Suerte que disponía de muchísimas maletas y en cuestión de una hora, en la que no le permití volver a decir ni mu, ya lo tenía todo preparado.

Pues nada, jefe. Nos vemos el lunes. Te deseo un magnífico fin de semana —mi sonrisa maléfica paseando ante él.

Creo sinceramente que esto no debería quedar aquí. Hemos vivido muchos momentos juntos y no tendrían que acabar aquí.

Y no lo van a hacer, tú tranquilito que me vas a tener hasta en la sopa. Te recuerdo que tengo un contrato blindado que me liga a tu periódico para largo, por no decir hasta tu jubilación.

¿La mía?

Sí, porque como eres mayor, llegará antes que la mía. Y más que lo vas a parecer a

partir de ahora, que los disgustos es lo que traen.

No seas así, por favor.

Nada, nada, no soy de ninguna manera. Y para demostrarte que no te guardo rencor te voy a dejar escrito el nombre de una crema muy buena por aquello de las patitas de gallo y arrugitas, por si te notas desmejorado sin mí.

Pues eso no lo sé, pero sí que hoy pierdo mucho...

Eso mejor te lo hubieras pensado antes de empotrarte a la muchachita, pero que también la puedes volver a llamar...

No es mi tipo y lo sabes...

Pues para no serlo, se os veía de lo más com-pene-trados, no sé si me explico — hice el gesto con mis manos.

Salí por la puerta repleta de maletas. La escena era de chiste. Bajé al parking y subí un carro de supermercado que solía utilizar el conserje para subir las compras de los vecinos.

Miré la imagen que se reflejaba en el cristal del coche y reconocí que había tenido días mejores. Llamé a mi hermana Daniela y le dije que necesitaba asilo político, que ya le contaría cuando llegara. Con el coche hasta la bola, puse rumbo hacia su casa.

¿Lo mejor? Que acababa de desenmascarar al que creía mi príncipe azul y era en realidad un ruin sapo, típico tópico... Y no solo eso, sino que yo contaba con un contrato blindado en el periódico de Pablo que me aseguraba trabajo de por vida o una succulenta indemnización en caso de despido.

¿Creéis que lo había conseguido por enchufada? Pues nada más lejos de la realidad. Cuando lo firmé, yo todavía no era su pareja, ni siquiera nuestra relación planeaba mínimamente en el horizonte. Él quiso ficharme como periodista y, para ello, yo dejé mi puesto de trabajo en otro periódico de renombre. ¿Entendéis ahora por qué quise cubrirme las espaldas? Pues eso, no iba a arriesgarme en lo profesional a cambio de nada. En cuanto a lo de ser felices y comer perdices con él, llegó más tarde, pero eso acababa de pasar a la historia...

Capítulo 2



Conduje hasta casa de mi hermana con lágrimas como puños resbalando por mis mejillas. Como siguiera así, iba a inundar el coche. A ver, que una no era de piedra, que había estado muy bien lo de hacer el papelón del siglo delante del que ya era... ¿mi ex? Eso me temía, pues sí, que lo había bordado, pero que tenía más pena que cuando se despeñó Mufasa...

Por si faltaba algo, de repente una tormenta veraniega. No, el rayo no les iba a caer a ninguno de los dos tortolitos, al final me caía a mí y me dejaba seca como la mojama. En un abrir y cerrar de ojos, me di cuenta de que mi vida se estaba yendo al garete y de que iba a tener que tomar las riendas de la situación antes de que todo aquello se me fuera de las manos.

Mi hermana me esperaba detrás de la puerta con más miedo que siete viejas, porque ya sabía ella que para que yo apareciera por su casa a esas horas en lugar de estar en brazos de mi amado, tenía que haberse formado una tan monumental que le dijera échate para allá a la Tercera Guerra Mundial. Y no andaba muy desencaminada.

Bajé con más mala cara que la rodilla de una cabra y cargadita de maletas. Daniela era enfermera y vivía en una bonita unifamiliar a las afueras de la ciudad, decorada con todo el gusto y es que así éramos las mujeres de la familia, derrochábamos estilo por doquier. Vamos, que no cagábamos Ferrero Rocher, pero de milagrito.

Cariñete, ¿qué te ha pasado? —salió a mi encuentro y echó mano a un par de maletas.

Ahora te cuento, ¿tienes helado?

Sí —ya sabía ella que iba a hacer falta.

¿Mucho? —me soné los mocos, porque no podía con la pena.

Creo que dos tarrinas.

Puede valer —no había convicción en mis palabras, pero ya se vería.

¿De chocolate? —no me valía ninguna otra opción.

¿Y de qué si no? —ole ella.

¡Esa era mi hermanita! Mi confidente, mi alma gemela y una especie de gurú del amor que en este caso había fracasado estrepitosamente porque me auguró un largo y romántico futuro con Pablo y Dios le conservara el oído, porque el ojo lo tenía perdido, bajo mi punto de vista.

Entré en su casa como elefante por cacharrería y cargada hasta la saciedad, al igual que ella, y todavía quedaban el ciento y la madre de maletas en el coche.

Suéltalo todo y ven a contarme.

La Vieja del Visillo no conocía la curiosidad a su lado, eso estaba cantado.

Pero saca el helado y dos cucharillas o no me sale la voz del cuerpo.

Son momentos así los que te hacen entender por qué se considera que el helado es la comida icónica en cualquier ruptura que se precie. Allí estábamos Daniela y yo, al más puro estilo “El diario de Bridget Jones”, dale que te pego a esa delicia, como si no hubiera un mañana.

Te juro que no lo entiendo porque siempre he pensado que Pablo está loco por ti.

Pues tenías que haber visto cómo le daba al matarile con esa pendeja, el muy desgraciado.

No sé ni qué decir, me has dejado loca.

Pues imagina cómo me he quedado yo y eso tenía que haber alegado, locura mental transitoria, y haberle retorcido el pescuezo allí mismo.

Anda que me da esperanzas esto, yo siempre decía que mientras a vosotros os funcionara, había futuro —puso los ojos en blanco.

Después de esto te digo yo que el mejor de los tíos tenía que estar colgado por las tripas del peor...

¡No eres bestia ni nada, hija!

Pues eso es lo más fino que me sale esta noche por la boca.

¿Y quién piensas que sería la fulana en cuestión?

Pues cualquier modelo o similar, que este tonto no es, tiene el paladar muy exquisito.

Sí, sí, pero se ha cubierto de gloria, el muy imbécil.

Mira, se va a arrepentir tela marinera, pero por mí como si se dedica a hacer *balconing*, me importa un pimiento.

¿No lo perdonarías si viene con el rabo entre las piernas?

Mira, no me toques las narices ni me recuerdes el rabo, porque me he quedado con todas las ganas de marcarme un Lorena Bobbit —hice el gesto de cortar con las tijeras y Daniela se estremeció.

Miedito me estás dando, ese no sabe cómo se las gasta mi hermanita.

Hombre, cortársela no se la voy a cortar, pero bonito tampoco se lo voy a poner, eso tenlo por seguro. A mí que no me dirija la palabra.

Cariño, eso no lo he dudado en ningún momento. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Pues darte la lata una temporada —me eché a llorar a moco tendido otra vez. Un camión de clínex iba a necesitar esa noche.

No tengo que decirte que aquí te puedes quedar todo el tiempo que te apetezca. A mí me haces compañía y, además, conociéndote, sé que se avecina un culebrón de los buenos.

Gracias, hermanita. De momento me quedaré porque voy a necesitar cubos de mimos a diario, pero, a cambio, prometo tenerte al día de cada episodio.

Ains, tontuela...

Y sí, esa era la mayor de las verdades que habíamos dicho aquella noche. Yo era una tontuela por pensar en los cuentos de hadas con final feliz, por pensar que la vida era un camino de rosas y por pensar que corría sangre azul por las venas de aquella vil comadreja llamada Pablo.

El cruel destino quiso que el helado de chocolate se acabara y en cierto modo se lo agradecí a todos los santos, porque mientras hubiera, yo no podría dejar de metérmelo entre pecho y espalda y las cagaderas por la mañana podrían alcanzar proporciones desorbitadas.

¿No tendríamos que ir a dormir? —preguntó resignada la paciente Daniela a eso de las cuatro de la madrugada.

Duerme tú, hermana. Yo es que los tengo a los dos aquí metidos —me señalaba a la sesera —Y ni para adelante ni para atrás. Esto va a ser un suplicio.

¿Un suplicio? No, a esto tenemos que buscar la manera de darle la vuelta antes de que te cueste una enfermedad.

¿Una vuelta? —yo ya no creía nada, era como si mi cuerpo y mi mente se hubieran quedado acorchados en cuestión de unas horas.

Sí, una vuelta y como Daniela que me llamo que se la vamos a dar.

Pues así, a bote pronto, se me ocurre un mojón pinchado en un palo, parece que tengo el botón de las ideas en “off”.

Normal, pero eso es por el disgustazo que tienes, déjame a mí, que mi mente está más fría.

Es que ahora lo que me jode es que se vaya a pasear con unas y con otras delante de mis narices.

¿Crees que haría eso?

Hombre, esta noche ha demostrado que no tiene muchos principios, vamos y que, si los tiene, están un poco relajados.

Vamos, ha demostrado que es lo que viene siendo una sabandija.

Y ni eso, este se cree mierda y no llega ni a peo. Se me ha caído el mito, por completo.

Ya te veo. En cuanto se te quite un poco la pena lo vas a tener comiendo de tu mano, porque vas a ser la reina del mambo a su lado.

¿La pena? Pero si yo no tengo pena —me volvió a ahogar el llanto.

Ains, para alivio de mis penas me dio Dios una tontona que, si la miro, se ríe y, si la acaricio, llora. ¿No es eso lo que nos decía la abuela de peques?

Déjame anda, que para frasecitas hechas estoy yo...

Y es que no sabía ni lo que tenía encima. Me sentía vapuleada, pateada, reventada psicológicamente. Me daba la sensación de que Pablo hubiera cogido todo lo que me importaba en el mundo, hubiera hecho con ello una pelota y se hubiera cagado encima. Estaba tocada y hundida... Bueno, mucho más hundida que tocada.

Las cuatro y media, las cinco y esa Daniela con más paciencia que Jobs, tila va y tila viene, a la cocina. Y luego estaba lo de sus piernas, que me servían de improvisada almohada, porque en la cama no me quería meter, que no estaba yo para coger el sueño.

¿En qué piensas? —me acariciaba el pelo.

En que al siguiente huracán lo tienen que llamar Pablo porque este sí que sabe lo que es arrasar con todo...

Di muchas, muchas vueltas antes de lograr cerrar un poco los ojos.

O te duermes o la próxima vez que vaya a la cocina me traigo la mano del mortero y te doy con ella en el coco.

Todo tiene su límite y ya Daniela estaba que se caía de sueño. Hice un esfuerzo por dormir, aunque no me resultó fácil porque, cuanto más cerraba los ojos, más se me venía la imagen de aquellos dos jugando al teto.

Fatiguita, eso es lo que me dio a la mañana siguiente el café.

No me asustes, no vayas a estar embarazada —Daniela ya estaba acojonada por si nos había mirado un tuerto.

Calla, que hasta entonces no me tiro por la azotea. No es eso, es que he pasado muy mala noche.

¿Me lo dices o me lo cuentas?

Tenía toda la razón. ¡Vaya talento el mío! Mi hermana había vivido en primera persona conmigo la noche, con mi bajón completo incluido y lo había soportado estoicamente. Eso era lealtad, ya podían aprender otros.

¿Qué te apetece hacer hoy, hermanita? —la pobre no sabía cómo entretenerme.

¿Aparte de tirarme por un puente, te refieres? —me encendí un cigarrillo.

Ah no, no, a mí de numeritos nada—rio.

Yo lo que quiero es maquinar, pensar en cómo crear el efecto búmeran y darle a Pablo en todos los dientes.

¿Y por qué no esperas a que se encargue el karma?

Huy, porque ese se toma su tiempo y, si yo le voy dando dos buenas hostias por el camino, esa alegría que me llevo para el cuerpo.

Pues mira, yo propongo que, mientras pensamos y no, preparemos las cosas y nos vayamos a la playita—el día había amanecido de fábula, se ve que la tormenta de la noche anterior fue un regalito del cielo para acompañar mi buen momento.

Mira, te cojo la palabra, que así me dará el sol en la nuquita y me ayudará a maquinarse maldades.

Maquiavélica, maquiavélica, palabrita del niño Jesús que tu sonrisa me ha dado hasta miedo.

Al que le tiene que dar miedo es al mequetrefe ese, que mañana voy a entrar por la oficina como un torbellino.

Ten cuidado, Abril, que al fin y al cabo sigue siendo tu jefe.

Sí, sí, jefe y ex ¡Vaya lío! ¿Y?

Que me da miedito por las consecuencias.

¿Y qué va a hacer? ¿Echarme? Eso ya lo firmaba yo, porque hasta entonces no me iba a mandar a casa a tocarme el ombligo a su costa. No creo que sea tan necio, aunque por intentarlo que no quede.

¡Y serás capaz!

¿Y tú lo dudas? —me mordí el labio y es que estaba rabiosa.

Yo ya no dudo nada, ese que se prepare para la guerra bacteriológica, porque vas a echar sapos y culebras por la boca.

Sí, sí, el ambiente cargadito va a correr de mi cuenta.

No puedo negar que pasear por la playa con mi hermana me abrió la mente. El problema era que, cuanto más me la abría, más mala leche me cabía en la cabeza, ¿cuánta se podía acumular?

Aprovechamos bien el día, que para eso era veranito y llegamos a casa por la noche. Sin exagerar, podía tener unos mil doscientos millones de mensajes de Pablo bajándose los pantalones. Busqué un GIF muy gracioso de una peineta y se lo mandé. ¡Que no se dijera que yo no era educada y que dejaba sus mensajes sin contestar!

Capítulo 3



Más chula que un ocho. Así iba yo el lunes conduciendo mi New Beetle rojo camino de la redacción, escuchando música a toda pastilla, por aquello que dice la canción de que la *“vida es un carnaval y las penas se van cantando”*.

Ideal, me veía ideal con aquella falda corta de vuelo negra con lunares blancos, el cinturón ancho negro, mi top ajustado de tirantes blanco y mis zapatos *peep toe* del mismo color. ¡Ah, y mi moño! Que hacía mucho calor para llevar la melena al viento. Además, igual el ambiente iba a estar muy calentito...

Entré en la redacción con más orgullo que Don Rodrigo en la horca y por suerte la alimaña de Pablo no estaba al acecho. Como deslizándome por una alfombra, llegué a mi despacho, que compartía con Aitana, una compañera jovencita que era lo más de lo más. Nos habíamos convertido en cómplices y amigas y nos lo contábamos todo.

¡Te veo muy guapa esta mañana! —me espetó dos besazos como dos soles.

Es lo que tiene la soltería—solté sin tapujos—Bueno, y la primavera, que la sangre altera.

Espera, espera... ¿qué es lo primero que has dicho? ¿Tú vienes hoy chistosa, aparte de divina?

No, vengo con ganas de coger a alguien como un saco de boxeo y empezar a darle puñetazos hoy y no parar hasta mañana.

¿Te refieres a Pablo?

Al mismísimo jefe, sí señor. Porque eso es lo que va a ser a partir de ahora para mí.

¡Me estás dejando muerta en la piedra!

Sí, mira, ten cuidado, que por aquí hay mucho pelota suelto y yo tengo la teoría de que en esta oficina las paredes oyen, pero ya te contaré.

¿En el desayuno?

Hecho.

La escena era de risa porque cada cinco minutos miraba Aitana su reloj.

Por mucho que mires no va a correr más—reí.

Calla, que te prometo que me tienes mordiéndome las uñas. No puedo más...

Pues todavía nos queda, concéntrate.

Me puse con la entrevista que había realizado en Londres. ¡Qué lejano me parecía todo ahora! Me fui con la ilusión de volver a ver a mi chico y ahora también quería verlo, pero como a una bombilla, con el pescuezo retorcido y las tripas encendidas.

Si hubiera caído me hubiera puesto una pinza en la nariz. A ver, me explico, que Pablo no era ningúnapestoso, solo un indeseable, pero oler olía a gloria gracias a su perfume de siempre, que hubiera reconocido en cualquier lugar entre un millón de personas. Y como esa era mi maldición, debía haberla previsto. Sin embargo, como no lo hice, varios metros antes de que llegara a la puerta yo ya sabía que el muy bandido iba a hacer su estelar aparición.

Buenos días—su voz no era tan contundente como en otras ocasiones.

Buenos días, jefe.

Aitana. ¿Tendrías la amabilidad de ir a hacerme estas fotocopias? —ya venía con la excusa preparada.

Por supuesto, jefe.

¿Mi reacción? Yo no me digné a levantar la vista de mi mesa. Había ido a trabajar y tenía claro que lo haría, pero mirarle, esa ya era harina de otro costal...

Ayer no contestaste mis mensajes.

Por mi parte, la callada por respuesta. Se me debían haber taponado los oídos porque no escuchaba nada de nada.

Abril—su tono reflejaba desesperación.

Que viene mayo...

¿Cómo?

Abril que viene mayo, ¿no es eso lo que dicen?

No seas sarcástica, por favor. He venido con toda la humildad, aunque de sobra comprendo que no quieras verme.

Eso es conjeturar, como periodista deberías saberlo.

¿Entonces? ¿Sí quieres verme?

Hombre claro. Eso sí, quiero verte con un pequeño matiz, espero que no te importe demasiado.

Tú dirás, sé que esto va con retintín.

Nada de retintín, seré directa, quiero verte, pero en la punta de un cañón, no sé si me explico.

Alto y claro. Supongo que eso equivale a que me esfume, ¿verdad?

Más bien sí y otra cosita, a que me hagas el favor de no dirigirme la palabra a no ser que se trate de un tema profesional, *please*.

Entendido, intentaré respetarlo, aunque no me va a ser fácil. Si en algún momento quieres hablar, ya sabes dónde estoy. No tienes más que llamar a la puerta de mi despacho.

Espera sentadito y pide que te pongan un café. ¡Te deseo una bonita mañana! —saqué a relucir mis dientes al esbozar aquella sonrisa. La que puede, puede.

Hora del desayuno y esa Aitana con las antenas puestas.

¡Me has dejado helada! Mira tengo la piel más erizada que si hubiera ido a la comunión de Pingu—confesó cuando solté mi retahíla.

Ya, pero que yo ya lo voy digiriendo. Si le va la marcha y se ha creído que los cuernos pegan con esta bonita cara, ya tiene la pista libre...

¿Y qué has sentido cuando le has visto esta mañana?

Pues escuece y me enerva a la vez. Es una mezcla odiosa, supongo que la herida estará abierta un tiempo, pero no voy a parar de echarle alcohol hasta que se pase...

¿Y qué tienes pensado?

Pues lo que me gustaría es pasarle a un maromo por toda la cara en breve, pero claro, no es tan fácil...

¡Siempre podrías alquilarlo! —le dio un sorbo al café.

Repíete eso—mi cara debía reflejar ganas de conspirar.

Mujer, que es broma...

¿Lo era? Mirad que yo estaba deseando agarrarme a un clavo ardiendo y me podían caber muchas cosas en la cabeza, sandeces incluidas. Me había tenido toda la vida por una tía muy cabal, pero, a la vista de los acontecimientos, no me había ido para tirar cohetes.

Subí al despacho mientras Aitana entraba en el servicio y me volví a encontrar a mi encantador jefe de frente, ¡menuda suerte la mía! Trató de decirme algo, miré a un lado y a otro, no nos había visto ni un alma, de modo que por ahí se iba a librar. Le hice un gesto como de que calladito estaba más guapo y que ni se le ocurriera dirigirme la palabra.

Al poco llegó ella al despacho, que seguía también impactada por la noticia.

Oye y al resto de los compañeros, ¿les vas a decir algo?

No pienso soltar ni media palabra, porque aquí hay gente guay, pero también algunas arpías de no te menees y no les voy a dar el gusto por anticipado. Todo a su debido tiempo.

¿Y eso cuándo será?

Pues cuando se dirija a mí en público, que lo pienso abochornar y quitarle las ganas.

¿En serio?

No, en broma, ¡no te jode!

Tú que puedes, que para eso tienes un contrato blindado, al resto lo mismo nos ponía de patitas en la calle.

Ya, a mí que se atreva a tocarme un pelo y me manda directa de vacaciones perpetuas a Honolulu. Eso si no lo provoco yo directamente.

Y serás capaz...

Qué poco original, eso ya me lo ha dicho mi hermana.

Jo, es que es la verdad...

Que me ponga a prueba, que va a tener que firmar el finiquito de su vida.

Si dijera que pude trabajar tranquila mentiría. Y no porque la cercanía de Pablo me diera asco, que también, sino porque se me quedó el run run en la cabeza de la posibilidad que había apuntado Aitana de lo del chico del alquiler.

Mi hermana, que solía tener libres las tardes, esa tarde tenía pactado el cambio de un turno con una compañera, por lo que no iba a estar en todo el día, así que tuve la brillante idea de llamar a Mario.

¿Y quién es Mario? Ya os lo estaréis preguntando. Pues fue mi primer amor de juventud, que se convirtió luego en mi mejor amigo. A él nunca le cayó demasiado bien Pablo, no sé si porque le tenía un poquillo de pelusa o porque había algo de cierto en sus palabras de que lo miraba como si fuese un niño.

Quedamos para almorzar. ¡Ya tenía plan para ese día! Había que matar las horas, eso lo tenía claro.

Así que el *Action Man* de tu novio—como él lo llamaba—nos ha salido una máquina sexual...

Muy gracioso te veo, cómo se nota que a ti no te duele...

Ya, es que dicen que al que le duele la muela es quien va a que se la saquen, pero vamos que tú no tienes que hacer muchos esfuerzos ya...

No, no, yo ya me lo he quitado de encima de inmediato. Te puedes imaginar que se ha convertido en un grano en el culo para mí.

Hombre, yo un poco mosca cojonera siempre lo vi.

Pero eso era porque tú también tienes tu guasa y nunca lo has tragado—maticé.

Por algo será, porque a mí me da la impresión de que se cree un perdona vidas, vamos como si estuviera por encima del bien y del mal...

Pues yo eso no lo comparto contigo. Nunca me ha parecido engreído ni nada por el estilo, pero ejemplo de fidelidad no es que me haya salido el campeón.

Abril, si quieres yo te presento a un amigo mío, que te garantizo que los hay que se darían un chocado por salir contigo. En la compañía tenemos buenos ejemplares, mira, mira, si hasta hemos hecho un calendario, te lo voy a enseñar.

Mario era teniente y amaba su profesión por encima de todas las cosas. Miré el calendario con curiosidad, ¡a nadie le amargaba un dulce!

Anda, mira qué propios, como los bomberos.

Sí, sí y algunos con sus buenas mangueras también, no te creas—me guiñó el ojo.

¡Eres un cerdo! —le di un coscorrón fuerte.

¡Y tú una bruta! Encima que lo digo por animarte...

Animal de bellota, yo lo último que quiero ahora es un lío con nadie.

Pero pasearte delante de Pablo con un tío bueno de la cintura sería un buen bálsamo para el dolorcillo ese que tienes ahí—me señaló al corazón.

Sí y mira que me ronda una idea el coco...

Suéltala.

Vas a pensar que estoy loca, fijate que me da corte compartirla contigo.

Si es una idiotez te lo voy a decir alto y claro, ya me conoces.

¿Sería un absoluto despropósito si alquilo un chico de compañía para tocarle la moral a Pablo?

No, no lo es, pero sí una pérdida de dinero, porque ya te digo que se formaría una cola de un kilómetro para hacerlo gratis.

Ya, lo que pasa es que yo no quiero jugar con los sentimientos de nadie ni mucho menos establecer una relación del tipo que sea ahora mismo. Piensa que lo que estoy es arañada y podría salir escaldado cualquiera.

Siempre has tenido un corazón de oro, ¡cómo te dejaría escapar yo! —me levantó la barbilla y me dio un cariñoso pellizco en el moflete.

Huy, huy, lo que me faltaba ahora era otro comedero de coco, cállate. Mira, ya lo tengo decidido, mañana mismo llamo a una agencia de chicos y que me envuelvan al más bonito para regalo.

¡Ole las mujeres con ovarios y seguridad!

Cuando llegué a casa le conté lo que había decidido a Daniela. Directamente se santiguó. Ella era mucho más convencional que yo y la idea como que le parecía de ciencia ficción. Sin embargo, para mí empezaba a cobrar forma, ¡y cómo! Tanto que esa noche me ayudó a conciliar el sueño. Próximo puerto: sonreír para los *selfies* con mi chico postizo. ¿Ahí era nada!

Capítulo 4



No os juzgaría si pensarais que era un absurdo total pagar porque un tío bueno me hiciera compañía. No quiero que me malinterpretéis, el *coitus interruptus* de Pablo con su conquista no me había dejado tan minada moralmente. Se trataba solo de que yo no quería mezclar el atún con el betún y que para aquella empresa que consistía en darle morcillas a mi ex prefería rascarme el bolsillo y olvidarme de dilemas mentales.

¿Podía permitírmelo? De sobra, porque os contaré un pequeño secreto. Pablo podía ser un verdadero pichabrava, pero a generoso no le había hecho sombra ni Dios. Eso se traducía en que durante nuestros años de convivencia mi cartera apenas se abrió, más allá de aquellos caprichos que yo quisiera darme. De resultas de aquello, ahorré mi salario casi íntegro, pues él pagaba casa, suministros, comida, viajes y todo lo habido y por haber. Hasta mi coche me regaló.

¿Era lícito entonces que yo destinara una buena suma de aquellos ahorros a dejar su autoestima por debajo del subsuelo? Para mí sí, porque pese a todo se había pasado su compromiso conmigo por el arco del triunfo.

Aparqué y subí a la redacción. Libre de canallas, por un lado, por otro... El ambiente estaba limpio y desinfectado, pues Pablo no había llegado.

He estado pensando en lo que me propusiste ayer—le solté a Aitana como quien lava y no enjuaga.

¿Yo te propuse algo? —su gesto denotaba extrañeza.

Si, mujer, lo del chico de alquiler.

¡A ti se te ha ido la cabeza! ¡Era una broma! ¡Me vas a hacer sentir hasta culpable!

¿Tú no serás un poquito bobita? Tonti, lo que yo haga es bajo mi responsabilidad y me parece una idea cojonuda.

¿Y se puede saber de qué idea cojonuda se trata? —esa voz no era de Aitana, sonaba más grave, como a traicionero total, no había duda: era Pablo.

Aitana, haz el favor de abrir la ventana que se ha colado un moscardón de los gordos —me quedé tan ancha.

Hola, jefe—su gesto parecía indicar que iba a desmayarse por la tensión del momento.

Hola, Aitana. Solo quería saber si todo iba bien por aquí.

Sí, sí, muchas gracias.

Si no es así, me informáis, por favor.

Claro...

Pero no, de las habas que allí se estaban cociendo a aquel desaprensivo no le iba a llegar ni el tufo.

Como esto no lo arregléis pronto te digo que a mí me da un pasmo. Es un pasote.

Paparruchas, esto es solo el primer avance, el asalto no está todavía ni proyectado, mucho menos la primera batalla ni, por ende, la guerra.

Una guerra, una guerra va a ser esto. Y lo malo es que yo estoy en medio del fuego cruzado.

Tú quédate tranquilita que a ti no te van ni a rozar las balas, que esas tienen un destinatario concreto.

Que Dios coja confesado al jefe porque yo a ti te veo con unas ganas de darle flojo y fuerte que no veas...

Si no me hubiera provocado, nada de esto habría pasado.

Un rato después Aitana y yo nos fuimos a desayunar y sí, yo llevaba un misil en el bolso y lo lancé en el momento adecuado, os cuento. Cafetería de la redacción con más gente que el metro de Tokio en hora punta y ese Pablo que, ufano, se cree con derecho a dirigirme la palabra.

¿Te pido un cafelito como te gusta y nos sentamos a charlar tú y yo? —había como miedito en su voz y no me extrañaba.

¡Que no me dirijas la palabra para ningún tema que no sea meramente profesional!

—debí pegar un grito que lo dejé sordo.

Bueno, voy a ser realista, dejé sordo a él y al resto del personal, que además quedó conmocionado, porque nadie se había percatado de nuestro distanciamiento.

Creo que doy en el clavo si digo que la tonalidad morada que adquirió su cara el día que lo pillé en la cama poniéndome los tarros a saco, no fue nada en comparación con la que lució su tez en ese momento.

Perdona, yo solo quería...

¿Quieres otro? Otro grito, digo... Porque si vas a seguir por ese camino palabra de honor que me traigo mañana una bocina y lío aquí la de Dios es Cristo.

No, mujer, no será necesario...

Me senté y fue en ese momento cuando tomé conciencia de lo que quiere decir eso de ser la comidilla de la gente. No hubo ni una sola persona en la cafetería que no pusiera los ojos en mí.

Quiero que la tierra me trague, nos está mirando todo el mundo—la cara de Aitana reflejaba terror.

Chica, es lo que hay, estamos en guerra y te ha tocado ser una víctima colateral. Mala suerte—le di una palmadita en la espalda.

Como esto no acabe pronto, yo te digo que a mí me enterráis...

De eso nada, yo te voy a preparar a ti para el turismo, que te veo un poco endeblucha

emocionalmente—volteó los ojos la pobre.

Y sí, yo no sabía si ella estaba o no endeblucha a nivel emocional, pero de lo que iba tomando conciencia era de que el soberano palo que Pablo me había asestado en toda la testa me había dado superpoderes. Vamos, que había ejercido en mí el efecto contrario a la kriptonita en Superman y yo me sentía más fuerte que nunca.

¿Quería decir eso que ya no me dolía? ¡Ojalá! Todavía sentía su traición como la afilada hoja de una navaja rasgando mi piel y cada encuentro con él como mi particular tormento. Otra cosa es que se lo fuera a demostrar, eso nunca.

Terminé de desayunar y salí de la cafetería, que Pablo ya había abandonado, más tiesa que un ajo. Y es que a mí no me iban a amilanar los chismes, antes moría de pie que vivía arrodillada, que yo era muy del Che.

Pásame números de las mejores agencias de chicos de compañía—sonreí a una Aitana que todavía se mostraba temblorosa.

Yo paso, loca, tú misma...

Pero yo no pasaba. Miré la publicidad y me quedé encandilada con una que parecía ofrecer servicios discretos y de calidad y que tenía un catálogo de bombones que debían haber salido de la mejor pastelería.

Me quedo con uno de estos, vive Dios que lo hago—la sonrisita maléfica que no faltara.

Se te está yendo la chota y esto va a ser el caos—Aitana estaba verde o amarilla,

bueno entre ambas tonalidades.

¿Y lo que nos vamos a divertir? —mi sangre estaba en ebullición en el interior de las venas.

Serás tú, porque yo, hasta cagaderas tengo—y se apreciaba en su cara, que no volvía a la normalidad.

Almorcé en casa con mi hermana Daniela que compartía la teoría de Aitana. Si fuera por ellas dos, cogía una depresión, pero no estaba yo por la labor.

¿Entonces no me vas a acompañar a conocer esta tarde a tu nuevo cuñado? ¿No eras tú la que decía que había que pensar en algo? —le busqué un poquito la lengua, que era una de mis aficiones favoritas.

¡Ni de coña! A mí no me metas en tus locuras, que yo soy muy seria. No me refería a algo así, no sé ni para qué abrí el pico.

Pues tú te lo pierdes, porque yo me lo pienso pasar pipa, ¿no dicen que un clavo saca otro clavo?

Hija mía, pero eso es cuando el clavo es real, no ficticio. ¿O es que piensas clavártelo de verdad?

No, no, déjate, que bastante montaña rusa es ya mi vida en los últimos días.

Un rato después ya estaba colocando derechitas las margaritas de mi New Beatle y camino a la agencia de chicos de compañía. Antes les había explicado desde la oficina lo que necesitaba por lo que esperaba que el casting estuviera hecho.

No, no iba a decir que fuera pletórica de felicidad, para qué voy a engañaros, pero sí que había en mí algo de aquello de que la venganza es un plato que se sirve frío y ya había pasado el tiempo suficiente para que la mía se activara. Respiré hondo y crucé aquella puerta. Deseando estaba ver el bombón que me habían preparado.

No fue amor a primera vista porque a mí Cupido me había puesto dos velas negras, pero el muchacho en cuestión me megaencantó para el fin que yo lo necesitaba. Se llamaba Enzo. ¿Era italiano? Pues no, pero sí lo era la madre que lo trajo al mundo y él...Él tenía un acento tan sexy que debía hacerlas desmayar de dos en dos.

Alto, metro ochenta y cinco, moreno de tez y de pelo, ojos color miel, sonrisa de anuncio de dentífrico, complexión fuerte, y atractivo, atractivo hasta decir basta. El tío estaba que crujía y capítulo aparte merecía su amabilidad, que era fuera de serie.

No, no penséis que soy Antoñita la Fantástica. Yo era consciente de que el tío estaba trabajando y como que lo de ser borde hubiera hecho que yo lo nominara, pero lo de Enzo era distinto, derrochaba agrado por todos los poros de su piel. Ese muñeco debía tener truco, pero no venía con libro de instrucciones ni con nada. No obstante, yo estaría ojo avizor por si se trataba de un robot o algo porque tanta perfección no podía ser real.

Nos entrevistamos primero a tres, con su jefa y hubo unanimidad en que era el candidato ideal. A continuación, le invité a un café y estuvimos hablando más de tú a tú.

¿Fumas? —le ofrecí un cigarrillo cuando nos sentamos en aquella terraza.

No, soy muy deportista y como que es incompatible. Lo dejé hace tiempo.

¿Y te molestará que yo lo haga cuando estemos juntos?

No, a no ser que te empeñes en que lo haga yo—bromeó.

No, hombre, no me tengo por una marimandona. Además, soy más que nada fumadora social, el resto del día no suelo acordarme, salvo que esté muy nerviosa.

Perfecto. Y ¿por qué te tienes? —sacó a pasear aquella preciosa sonrisa.

Por una pardilla a la que se las han dado todas en el mismo lado, pero te digo que de esta aprendo—advertí con los dedos con los que sujetaba el cigarrillo.

¿Te lo hizo muchas veces? —había curiosidad en su tono.

¿Sabes lo que no es tener ni pajolera idea? Pues justo eso. Verás, yo lo he descubierto esta vez porque he vuelto antes de un viaje, sin avisar, pero todos los meses viajo y si me pongo a echar cuentas, pues me lo ha podido hacer, espero que saco la calculadora—bromeé.

No hace falta, mujer. Ni tampoco que pienses así, eso es algo que nunca vas a saber, pero quizás fue solo esta vez.

¿Y no te parece mucha casualidad que para una vez que vuelva antes me encuentre con el pastel?

Bueno, no lo calificaría yo de pastel, pero no sé qué decirte—de nuevo esa sonrisa, vaya tentación. Un pastel era él, con guinda y todo y es que estaba para echarle nata y perderse....

¿Me estaba animando? Pues no creáis, lo que pasa es que yo estaba dolida, pero no ciega y los

sentidos me seguían funcionando. Otra cosa sería que, en mi caso, el sentido común, esto es, el menos común de los sentidos, parecía que se había tomado vacaciones, porque si lo pensaba se me había ido la chorla un poco.

Chico, que yo no creo en las casualidades, lo mismo es que ya me he vuelto malpensada.

Pues te voy a dejar un consejo y por ese no voy a cobrarte—bromeó.

Dispara...

No permitas que te gane la batalla. Créelo o no, vuelve o no con él, piensa en su persona o mándalo a la mismísima mierda, pero no permitas que te cambie—su voz se quebró.

Te pasó, ¿verdad?

Sí, hace años. Y su infidelidad me terminó haciendo muchísimo más daño por aquello en lo que yo me convertí que por lo que perdí al dejarla.

Entiendo, vamos que una cosa es ir con pies de plomo y otra...

Y otra muy diferente es levantar ahora la Gran Muralla China entre tú y todo aquel que se te acerque. Te lo dice alguien que la levantó y que luego se enfrentó a la labor titánica de tener que derrumbarla a martillazos.

Entiendo.

Pues eso, dale un escarmiento, no te digo que no, pero no te obsesiones.

Ok, ok, no te preocupes que hacerle la puñeta a Pablo no se va a convertir en el epicentro de mi mundo, pero si en una afición muy divertida.

Bueno, pues en ese caso, procuraré hacértela lo más amena posible.

Y no sabía él cuánto. Vamos que para eso no tenía que mover ni un músculo, que Enzo estaba más bueno que comer Nutella a cucharadas y, como a nadie le amarga un dulce, pues eso...

Un favor sí tengo que pedirte y no me importa que suba la tarifa. A ver cómo te lo explico, yo lo que quiero es que mi ex tenga que echar mano del Almax cada vez que nos vea, vamos que las ardentías le salgan por la punta del pelo....

¿Y qué propones al respecto?

Pues más que una propuesta es una pregunta. ¿los besos entran en el contrato? —me salió la vena zalamera y le dediqué una miradilla implorante.

Por ser para ti sí, nos daremos unos cuantos piquitos, ¿te parece? —me dio un toquecito en la nariz.

¿Os podéis creer que ese toquecito hizo que me estremeciera? Y no ya porque Enzo crujiera de lo bueno que estaba, sino porque tomé conciencia de que yo estaba más triste que Marco cantando “*adiós mamá, no te alejes de mí*” en un puerto italiano, pero lo disimulaba bastante bien.

Me parece, me parece. Y hablando de todo, me tienes que decir dónde y cuándo ingreso tu tarifa.

Olvídate de eso ahora, por favor. Cuando termine el mes de trabajo ya te doy las indicaciones.

¿De veras?

Pues claro, mujer, ¿o es que tienes pensado escaparte?

A la isla de “Supervivientes” me escaparía para olvidarme del mundo, así tuviera que pescar, cazar y comer cocos durante meses. Claro que, si de ir a un *reality* se trataba, seguro que el bueno de mi Pablito me hubiera propuesto entrar en “La isla de las tentaciones” y de allí hubiera salido yo con más cuernos que los renos de Papá Noel y sin necesidad de que llegaran las Navidades.

No, no, claro...

Nos despedimos con un “*ciao, bella*” que en otro momento de mi vida hubiera hecho que las bragas se me cayeran hasta el suelo. Habíamos pactado que yo le iría avisando cuando necesitara sus servicios. Tenía que urdir un plan que me reportara no pocas satisfacciones, que para eso me iba a dejar los cuartos.

Me acosté con un dolor de costillas a consecuencia de la risa de padre y muy señor mío y es que mi hermana se hacía cruces con todo lo que yo decía y a mí me encantaba escandalizarla. Igual una de las dos éramos adoptadas porque mi sangre iba a mil por hora y la suya era más bien horchata.

Capítulo 5



Aquellas rosas en la mesa de la cocina de Daniela me dejaron traspuesta emocionalmente. ¿Mi hermanita tenía un admirador y sus labios estaban sellados? ¡Capón que te crio!

¡Puñetas! ¿Qué haces?

Arrearte por no compartir las cosas conmigo—merecido lo tenía.

Son para ti, tontuela, pero ni tiempo me has dado a abrir la boca.

¿Para mí? Le voy a cantar las cuarenta a Pablo en cuanto me lo eche a la cara, fíjate lo que te digo.

¿Y quién te ha dicho que son de Pablo?

Hombre no creo que vayan a ser de Rita La Cantaora, la verdad...

Pues no des tantas cosas por hechas, que son de mi vecino Bruno.

¡Ay, Dios! La hecatombe...

¿Del friki? —sudores fríos me entraron.

Eso parece...

¿Y cómo leches se ha enterado de que yo estoy libre como el viento? Porque cuando he tenido novio me ha respetado.

A ver, Bruno era el friki oficial del barrio de mi hermana y, por alguna razón que yo no acertaba a comprender, desde la primera vez que me vio puso sus ojos en mí. Eso sí, siempre respetó la distancia de seguridad al estar con Pablo, pero ahora algo le había hecho pensar que la veda estaba abierta.

Bueno, puede que igual me fuera de la lengua ayer...

¡Daniela! —ese era el fallo de mi hermana. Más inocente no la había y terminaba cascando todo lo que la gente le preguntaba.

Lo siento, ya sabes cómo soy, cuando me quise dar cuenta ya lo había vomitado todo...

Porque me voy a ahorrar la pasta del alquiler un tiempo, que si no te daba una tragantada ahora mismo—yo era puro impulso.

Bueno es saberlo—rio.

Salí y, ¡maldita sea mi estampa! Allí estaba el muy friki de él, con una camiseta en la que se leía “*Error 404*”, por la gloria de mi abuelo que el error era que su madre lo hubiera echado al mundo.

Hola, Abril.

Hola, Bruno—mi cara de desgana.

¿Te gustaron las flores? —no lo podía ver y que Dios me perdonara.

¿No sabías que soy alérgica? —inventé sobre la marcha.

¡Madre mía! No tenía ni idea... ¿te ha pasado algo? —avanzó hacia la puerta del coche.

A lo justo llegué para ponerlo en marcha, cerrar la ventanilla y dejarlo allí chillando que la próxima vez serían bombones...

Lo tenía clarinete. Si yo montaba un circo los enanos alcanzaban al menos los dos metros de altura, porque lo único que me faltaba en la vida era Bruno en plan conquistador. En realidad, nos conocíamos de años atrás, del instituto, donde por lo visto se quedó prendado de mí y tiempo después fue a comprar una casa muy cerca de la de mi hermana. ¡Eso era puntería!

De camino al trabajo me puse a Mark Anthony, que ese sí que sabía quitar las penas a las mujeres. Caderazo va y caderazo viene... Me tenía que animar porque si no lo hacía estaba perdida.

Al entrar en el despacho, Aitana me comentó que Pablo acababa de salir y que le había dejado el recado de que si yo necesitaba algo contactara con él, pues por lo visto tenía que permanecer toda

la mañana fuera. De lujo, porque dado que nuestra jornada era continua y teníamos las tardes libres, no lo vería hasta el día siguiente. Y sí, estaba yo pensando en llamarlo, ¡loquita me encontraba por escuchar su voz!

Me puse a trabajar y antes de que me quisiera dar cuenta ya estaba con Aitana en la cafetería. Huelga decir que todas las miradas volvieron a posarse en mí y, por ende, en ella.

Por Dios que yo de esta, carpo, con lo que me gusta a mí pasar desapercibida...

Anda, tonta, si te voy a convertir en persona VIP de la empresa.

Sí, yo soy tu escudera, como Sancho, solo espero que el jefe caiga en que a la que le están patinando las neuronas es a ti, que yo no tengo contrato blindado, guapita de cara.

Mira, te voy a decir una cosa, Pablo podrá ser un picaflor, pero no un desalmado. Él nunca te perjudicaría porque fueras mi amiga.

Entre otras cosas porque sigue loco por tus huesos, eso lo firmo yo.

Sí claro y yo me lo creo. Si eso hubiera sido así no me hubiera topado con el espectáculo porno en nuestra misma cama, ¿no te parece?

¿Y si fue un error? —sus uñas tamborileaban en la mesa por los nervios que le provocaban la mirada del resto.

Sí, incluso también he llegado a pensar que estuviera coaccionado, fijate—la ironía de nuevo a la palestra—Igual el pobrecito se vio entre la espada y la pared, amenazado por la fuerza bruta de ella y le tuvo que echar un pinchito, pero sin

gustarle y sin nada.

Yo no digo eso, no te rías de mí, pero es que la vida a veces nos pone en unas tesituras que no veas...

Sí, sí, igual es que la chavala estaba triste y lo único que pretendía era levantar su moral a empujones.

Ok, pero tenías que ver con la cara de pena que ha venido esta mañana a decirme lo de que si necesitabas algo...

Pobre víctima, ahora me siento culpable y todo, debo ser un bicho...

No, un bicho no, pero ya has sentenciado, sin siquiera darle opción a réplica.

¿A réplica? Lo que le tenía que haberle dado era un buen puñetazo a cada uno en los morros y que se les hubieran quedado como si tuviesen dos chorizos de Cantimpalos en la boca...

Y luego no quieres que te diga que eres bruta...

Me da igual lo que me digas, puedes taladrarme a placer, no vas a hacer que me baje del burro.

Eso ya lo veo, pero si yo hubiera tenido a un hombre como Pablo y hubiera cometido un único error, a lo mejor le aplicaría la presunción de inocencia. Solo digo eso y no creo que sea una barbaridad.

No, pero es que justo eso, la inocencia, es lo tuyo...

Pues yo prefiero vivir así que no amargada, perdiendo al hombre de mi vida por un error.

Por uno que sepamos, que igual fueron cincuenta—mi dedo advertía ya en ese momento que me estaba caldeando.

Por eso mismo, no te adelantes a los acontecimientos, mujer.

¿Y quién se ha adelantado? Que yo sepa, lo único que he hecho ha sido cerrar ya el contrato con un macizo de ascendencia italiana que...

¡¡No!! O sea que has ido de verdad...

No, de mentira, pero lo he contratado igual—asentí, para que se quedara más tranquilita.

¿Y ahora? —el desconcierto en sus ojos.

Ahora a esperar a que llegue el viernes, día en el que se lo voy a refregar a Pablo por todo el careto.

Tú misma, yo no digo nada...

Tranquilo, así fue el miércoles. Sin tener que verle la cara a mi ex y pensando en mi venganza, que no iba a ser precisamente moco de pavo.

El jueves sentí ánimos renovados al saludar a Daniela, pero se me cortó el cuerpo cuando miré

por la ventana y vi que Bruno ya me esperaba con la caja de bombones debajo del brazo.

¡Esta vez te la cargas! —la miré seria, pero no pude evitar la risa cuando ella me devolvió esa mirada tan cachonda.

¿No dicen que cuando una puerta se cierra es porque se abre una ventana? Pues ahí tienes a tu admirador número uno.

Muy graciosa. No va a dar calor el friki ni nada.

Cógele los bombones mujer, que son de La Caja Roja y esos me pirran...

Encima, no tiene esto guasita.

Salí dando un portazo y bufando. Que se notara que iba más cabreada que un mico.

Hola, Abril.

Hola fri...—me iba saliendo del fondo del alma y me detuve ya a lo justito.

¿Cómo?

Nada, nada, acabemos pronto con esto. Dame los bombones que has acertado.

¿Son los que te gustan? —le faltó ponerse a dar saltitos.

A mi hermana, pero todo queda en casa.

Los cogí y los lancé hacia dentro de la cocina. Escuché un quejido que me indicó que había dado en el blanco. Y sin pretenderlo. Que se aguantara un poquito que para eso había sacado la lengua a pasear más de la cuenta.

¿Puedes quitar los dedos de mi ventana, por favor? Es que voy a cerrar y como estén ahí todavía, te los pillo. Aviso.

Vale, vale. ¿Salimos el sábado?

Sí, pero el tercero del mes de febrero del 2070, ¿te va?

¡Qué sentido del humor tienes!

Chaval, yo no quiero ser cruel, pero no estoy para esto y creo que lo estoy demostrando. Déjame, anda...

Reconozco que hasta un poco de penilla me estaba dando, menos mal que él tenía sus juegos para entretenerse después del trabajo, la criatura. Bruno regentaba una tienda de miniaturas de juegos de mesa de rol, que eran su pasión, una que yo no entendía. Y también amaba los videojuegos. Vamos, que era justo todo lo contrario a lo que me atraía en un hombre.

Entré en la redacción y la primera en la frente. Allí estaba Pablo, con su traje de chaqueta nuevo, aquel que semanas atrás habíamos comprado en Milán, ¡mierda, sentía como si hubieran pasado décadas de aquello!

Buenos días, Abril. ¿Estás ya más tranquila?

Y de nuevo la mía, porque aún nos encontrábamos en la entrada y transitada estaba, no nos íbamos a engañar.

¿En qué idioma tengo que decirte que pases de mí? —chillé. Numerito al canto, a tomar vientos.

De veras que yo ya no sé cómo hablarte ni lo que hacer.

Pues es muy fácil, si quieres ahora te lo hago llegar por mail, dirígete a mí solo para las cuestiones profesionales, que me tienes ya hasta el higo...

Sonreí a todos los presentes y entré en mi despacho.

Lo he escuchado desde aquí y estoy como el muñeco ese que tenía de pequeña, como el Quique tembleque...—Aitana y su cara pálida.

¿Y por qué, tonta? Seguro que ya sabes que dicen los psicólogos que las emociones hay que exteriorizarlas. Y eso es lo que hago yo, porque si las dejas dentro se pudren.

¡No puedo contigo! Yo tenía una compañera normal y ahora tengo a la loca del moño, nunca mejor dicho.

Pues hay que adaptarse a los cambios, chiqui—le guiñé el ojo.

En cafetería volvimos a encontrarnos con Pablo, pero no le quedaron ganas de dirigirme la palabra. Se ve que ya había tenido bastante con su ración de gritos del día. Me soliviantaba

cuando se dirigía a mí, no podía evitarlo.

¿Me aprovechaba de que jugaba con ventaja y no podía despedirme? Así era, pero es lo que tiene la vida. En algo tenía yo que salir favorecida.

Por la tarde llamé a Enzo para trazar las primeras líneas maestras de mi ladino plan. Me dolía y lo disfrutaba a partes iguales, pero antes muerta que renunciar a él.

A continuación, salí a hacer running con mi hermana. Ella era muy disciplinada con el deporte y yo solo solía correr cuando me perseguían, pero decidí que me vendría genial darle algo de movimiento al cuerpo, dado que el que yo solía darle en el catre había quedado temporalmente interrumpido.

Me muero, ahí viene el tonto de “La casa de la Pradera” —lo había visto por el rabillo del ojo y ya estaba negra.

¿Bruno? Pero si es muy buen chico, tú le tienes ojeriza... Y hasta es muy mono.

¿Sí? Pues para ti enterito, pero haz el favor de no darle charla porque me ahogo en el estanque de los patos.

¡Estás de un mal humor impresionante!

¿Sí? Pues es raro, porque mira que no me ha pasado nada imprevisto, ni el que era mi novio me ha puesto los cuernos o algo parecido...

Ya lo sé, mujer, pero tienes que recomponerte.

No te preocupes, que mañana me voy a dar un atracón de eso, ya te contaré.

Bruno llegó hasta nuestra altura y se quedó corriendo con nosotras. Bueno, mejor dicho, con mi hermana, porque yo me puse los cascos y a otra cosa, mariposa.

Pues yo te digo que a mí este chico me cae cada vez mejor—reía Daniela camino de la ducha.

Y yo te digo que te lo adjudico “*in nomine patri filii et...*”

Capítulo 6



San Viernes y yo más emocionada que un perro con dos colas. Día de comenzar a materializar mi plan o, dicho de otro modo, de tratar que le hirviera la sangre a Pablo.

Empoderada, volví a escuchar a Mark Anthony camino de la redacción y me reconocí en su última canción “Lo que yo te di”. No le pensaba volver a dar ni a él ni a nadie algo similar en la vida. Tenía el alma desgarrada y el tratamiento iba para largo.

Buenos días, bonita—Aitana ya en su sitio como siempre.

Mira, taponos me había traído por si te volvías a encontrar con el jefe hoy en la entrada, que me violenta mucho la situación—me contestó.

Tablas, tablas, lo que necesitas son tablas. Y si te hubieras encontrado tú 'la escenita de cama con la que me topé yo ¿qué hubiera pasado? Tienes que hacerte fuerte...

Sí, sí, como un roble me vas a hacer tú a este paso jodida. Ya sabes que yo no tengo demasiada experiencia en chicos. Mi único novio me duró un año y, como estaba preparando oposiciones, nos vimos muy poco...

Ya lo sé, pero eso tenemos que arreglarlo. Me he estado fijando un poco en los últimos días y he detectado algo...

¿Algo emocionante para mí?

¡Yeah! ¿Sabes Julio el de contabilidad?

Claro, ese que es muy calladito...

Y muy guapo también. Vale, no es un chorro de alegría, pero a mí siempre me ha parecido muy agradable.

Y a mí, ¿qué le pasa?

Pues que te pone ojitos, vamos que últimamente te mira mucho.

¿Y dónde lo has notado?

En la cafetería...

Pues vaya noticia, ¡si en la cafetería nos ha mirado todo Dios!

Pero no es lo mismo y tú me vas a hacer caso o de lo contrario me vas a tener que escuchar...

Será por el que caso que me haces tú a mí.

Yo a ti el de la pared, pero eso es distinto, porque a mí Pablo me ha traicionado y por eso le he echado la cruz.

Vale, cuenta—estaba deseando saber.

Pues que Julio no nos miraba con morbo como el resto de la gente. Él lo hacía de un modo que sugería verdadero interés en ti y yo para eso tengo un viejo en la barriga, hazme caso.

Me encantaría, porque en dos meses cumplo los veinticinco y no me como un rosco.

Será porque no quieras porque yo, desde que te vi entrar en su día de becaria por esa puerta, pensé que eras un pibonazo—ese fue el primer puesto que ocupó.

Pues entonces lo mismo que pensé yo de ti, pero para lo que nos ha servido...

Ya, bueno es que ya sabes que dicen que la suerte de la fea, la bonita la desea, pero eso en tu caso va a cambiar, pero que ya.

¿Y cómo lo hago?

Pues cuando te mire, le mantienes la mirada, que perciba algo de interés.

¡Qué corte!

Claro que sí mujer, ¿no ves que te he pedido que le bailes la danza del vientre ligerita de ropa en plena cafetería? Yo es que te daba así...

Bueno, bueno, ya veremos. Estoy deseando que llegue el mediodía que viene a recogerme mi padre.

¿Ha llegado ya de New York?

Sí, llegó anoche y, conociéndolo, seguro que viene cargado de regalos, aunque para mí el mejor es verlo.

El padre de Aitana, que por cierto estaba de muy buen ver, era también periodista y trabajaba de corresponsal para un programa de noticias en New York.

Claro que sí, mujer, yo también estoy deseando que sea la hora de salir, que para eso viene a recogerme mi novio.

¿Tu novio? —la extrañeza se apoderó de su cara.

Sí, mi novio Enzo el italiano, pero baja la voz que vas a levantar la liebre antes de tiempo.

¡La que has liado, pollito, la que has liado! —murmuraba.

¿Y qué es la vida sin un poco de diversión?

¿Un poco? Tú estás preparando la artillería pesada y lo sabes...

Eso es porque es viernes y mi cuerpo también lo sabe...

Se me hizo larga la mañana, sería por las ganas que tenía de que acabara. En la cafetería no vi a

Pablo, pero sí me lo encontré en las distancias cortas, camino del baño, en un pasillo estrecho.

Abril, yo...—osó dirigirse a mí. Los huevos los tenía como el caballo de Espartero.

Te vas a librar porque no nos escucha nadie y gritar para nada como que no... Pero la próxima vez que me hables en público te lío la de San Quintín.

Vale, vale, tengamos la fiesta en paz.

Se apartó y me dejó pasar. En un rato comenzarían los fuegos artificiales y yo deseaba fervientemente disfrutar de mi espectáculo.

Todo llega, ¿no es eso lo que dicen? Pues allí estaba Enzo, sentado en la sala de espera, con aquella camisa blanca remangada que dejaba ver unos bíceps que rivalizaban con los de Popeye y con su sempiterna sonrisa, que parecía que le hubieran traído los Reyes.

Esperé, esperé a que la lombriz de Pablo saliera reptando de su despacho y entonces salí corriendo hacia Enzo, la manita levantada, la ilusión de quinceañera en el rostro, el contoneo de caderas.

¡Mi amor! —nos dimos un piquito, tal cual—Has venido a recogerme, ¡qué detalle tan bonito! Si es que vales tu peso en oro.

¡Claro que sí, preciosa mía! ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad de verte? Ya sabes que las horas se me hacen eternas sin ti.

Hubiera matado por tener un espejo retrovisor en la nuca y ver la cara de Pablo de frente. Aun así, no podía quejarme porque la veía de refilón. Rostro negador y de no dar crédito, ¡cincuenta puntos

de golpe para mí!

Pues vámonos cariño, que no sé lo que me pasa últimamente, pero el aire está viciado en este lugar, es como si oliera a cuerno quemado, fijate.

Salimos y ¡ohlala! Ya os he explicado que iba a destinar una parte de mis ahorros a quedarme más a gusto que un arbusto poniéndole los dientes largos a Pablo, pero aquello molaba tela. Le había comentado a Enzo que alquilara un buen coche que nos sirviera para hacer más realista nuestro plan y, ¡ese chico parecía tener una varita mágica! Y no me refería a lo que pudiera tener en su entrepierna, que ahí yo no entraba ni salía.

Pedazo de cochazo, te has lucido. No he visto en mi vida un deportivo más bonito.

¿La idea no es hacerle creer a Pablo que soy millonario y que por eso no doy palo al agua? Pues el movimiento se demuestra andando.

Bueno, en este caso, se demuestra en coche, pero me quito el sombrero.

Y no creas que va a salirnos mucho más caro que otro. Es que tengo un amigo que es el dueño de un concesionario de coches de lujo de alquiler.

Pues eso digo yo, ¡de lujo! —exclamé y lo abracé tan fuerte por el cuello que por poco lo asfixio, al ver que Pablo nos observaba desde la puerta de la redacción.

Y hablando de cuello, como un toro lo tenía Enzo, me habían puesto un caramelo al lado que vaya...

Salimos de allí como una bala y me dejó en casa de Daniela.

¿Cómo has visto nuestra primera aparición en público? ¿Se lo habrá tragado? —me preguntaba él, de lo más profesional.

Yo creo que del todo, me da a mí que esa piraña ha mordido el anzuelo.

Estupendo entonces. ¿Cuándo te vuelvo a recoger?

Mañana por la noche, ya te digo la hora. Apareceremos triunfalmente en el club en el que solíamos reunirnos con nuestros amigos. Bueno, ese grupo me lo presentó él, pero yo me llevo fenomenal con todos.

Normal, si es que eres un encanto—me regaló una de sus sonrisas.

Gracias, hombre, pero no hace falta que me hagas la pelota, ya no nos mira nadie.

¿Te has creído que todo lo hago cobrando? —enarcó las cejas.

No, no he querido decir eso, no tengamos aquí nuestra primera pelea de enamorados —bromeé.

Más te vale porque debes saber que no soy un tío con dobleces. Si te digo que eres un encanto, es porque lo siento así, lo mismo que si te digo que eres muy guapa, que salta a la vista.

Vaya, gracias. Pues mira que no me coges en mis mejores días, me parece que soy de la Familia Adams, hasta ojeras me veo...

¿Ojeras? Ni de coña. Hazme caso, estás muy guapa.

Me bajé del coche con buen sabor de boca. Un empujoncito a la autoestima nunca venía mal y por lo que ya vislumbraba Enzo me iba a dar no uno, sino un montón de empujones. A la autoestima digo, que en lo otro mejor no pensar. Primero, porque no estaba en el contrato y segundo, porque no tenía yo el horno para bollos.

Caí en la cuenta de que aquella mañana no había visto a Bruno cuando salí, ¿se le habría pasado ya la punzada? Dios lo quisiera o, en su defecto, le diera por mi hermana Daniela, que yo la veía como muy protectora con él, ¿le estaría gustando? ¡Cosas más raras se habían visto!

Almorzamos juntas mientras le contaba el periplo que habíamos vivido en la redacción.

Yo lo conozco y a estas horas Pablo se está dando chocazos contra las paredes, seguro que daría lo que tiene por volver contigo.

Es lo que tienen los cuernos, que generan intolerancia—reí.

¿Sigues sin pensar en darle una oportunidad?

Ni loca, así fuera el último hombre del mundo.

Pero te duele, yo lo noto...

Pues sí porque, aunque lo he intentado, una no puede arrancarse el corazón de cuajo, pero ya pasará, hermanita...

¿Ya no estás enfadada conmigo por lo de Bruno?

No, no, si hasta creo que me está molando un poco, lo que pasa es que me hago la dura—la puse a prueba.

¿Lo dices en serio? —la vi algo más que desconcertada. ¡Bingo! Se había quedado desinflada.

Ni en broma, pero me ha servido para comprobar una cosa—le saqué la lengua.

Por la tarde, fuimos a la redacción a recoger mi coche, que se había quedado allí al traerme Enzo a casa.

Capítulo 7



“Show must go on” de Queen sonando. Típico de mi hermana, que era la fan número uno del emblemático grupo británico.

¿Qué estás haciendo, taruga? —pregunté desde la cama.

Preparando mi discurso para recibir el Premio Nobel de Enfermería, ¿tú qué crees?
Estoy limpiando los azulejos de la cocina.

Huy, huy, huy que te veo venir. Tú lo que quieres es hacerme sentir mal porque soy tu okupa y que te ayude.

De sobra tengo presente que no sabes lo que es un estropajo, no me hagas reír, a ver si me caigo de la escalera y la tenemos.

No le faltaba razón. Cierto que yo siempre había vivido como el marajá de Persia, tenía que reconocerlo. Primero con mis padres, que por cierto creo que no os he hablado de ellos, y después con el pijo de Pablo, que tenía a una persona de servicio.

Mi padre se llama Alberto y lleva toda la vida trabajando en su tienda de electricidad. Será por eso por lo que es un tipo con mucha chispa, como dice mi madre. Ella es empleada del ayuntamiento y su nombre es Margarita, por lo que mi padre siempre ha presumido de que es la más bella flor de su jardín.

¿Empalagosos? Lo cierto es que no. Mis padres podían escribir un *bestseller* de cómo derrochar amor de verdad sin morir en el intento. A mi entender, eran una especie en peligro de extinción y buena prueba de ello era el Pablo de mis amores.

Yo llevaba una semana jugando al ratón y al gato con ellos, dicho sea de paso. Y es que mi madre tenía una habilidad especial consistente en mirarme y sacar de mí información que ni yo misma sabía que tuviese, por lo que en cuanto me tuviera delante, me haría una de sus radiografías y yo estaría en sus manos.

Voy a ponerte un cafelito, hermana. Y estoy pensando otra cosa, ¿vamos hoy a comer a casa de papá y mamá? —sabía que tocaba ir directa al abismo.

Dices “vamos” porque temes a mamá más que a un temporal, pero lo mejor será que vayas vomitando la verdad.

Tienes razón, no tiene ningún sentido que siga escondiendo lo de mis cuernos, lo mejor es que se lo cuente ya.

Bueno, verás, tampoco con pelos y señales, tú me entiendes—rio y la escalera se tambaleó, por lo que estuvo a un tris de que le tuvieran que poner dientes nuevos.

Decidido entonces, ¿quién dijo miedo?

Mi progenitora, aparte de tener ese don de la clarividencia sobre sus hijas era, por decirlo de

alguna manera, un tanto tremendista, por lo que mucho me temía que cuando se enterase de que había roto con Pablo le saliera la vena de “madre del año” y me diera la brasa día y noche.

Salimos a la calle y, para nuestra sorpresa, tampoco había ni rastro de Bruno, ¿se lo había tragado un monstruo de esos de sus juegos de rol? Lo veía poco probable, pero nunca se sabía.

Entramos en casa de mis padres y yo canturreaba de los nervios. También vivían en las afueras, pero en el lado contrario a Daniela. Allí la única que vivía en el centro era yo. Ah no, que la gracia de Pablo me había convertido en una sin techo hasta que tuviera a bien buscarme un apartamento.

Ambos estaban en el jardín. Ella pintando un bodegón y él supervisando el abono de las plantas.

Mamá, estoy viviendo en casa de Daniela desde hace unos días—no levanté la mirada de la mesa en la que nos acababan de servir un piquislabis, lo mismo así lograba esquivar los rayos descifradores.

¿Unos días? ¿Cuántos días? Hija mía, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado con Pablo? ¿Te ha hecho daño?

Mamá, tranquila, no es el fin del mundo. Pablo solo es un tío, no es mi vida.

Y mi vida es mi familia, cariño, así que cuéntame porque, si la ocasión lo requiere, yo puedo darle las cachetadas necesarias.

Daniela y yo explotamos en carcajadas. Nuestra madre era la bomba y lo curioso del caso es que lo decía con aquella tranquilidad pasmosa que la caracterizaba. Vamos que, si había que partírle la cara, se la partía y punto.

Después de comer, mi hermana y yo cogimos las de Villadiego y nos fuimos a su casa. Ya habíamos soltado el notición y yo me había quitado un peso de encima. Mi madre se había quedado cantando al irnos y es que ya se sabe que el que canta, sus males espanta, pero en realidad estaba rumiando mentalmente.

Como ya habréis deducido, lo de canturrear en tiempos revueltos, era algo muy de mi familia, que temperamentales éramos un rato largo, aunque también teníamos muy buen corazón y al final la sangre no llegaba al río.

Una buena siesta y yo ya estaría lista para que Enzo me recogiera esa noche. Eso sí, con la visita a casa de mis padres ya había dado la voz de alarma y la buena de mi madre pensaba que había fuego en mi vida. Y no, no había fuego, pero quemarme me quemé tres veces con las planchas del pelo a consecuencia de lo pesadita que era la mujer al teléfono.

Me encantan las ondas que te has hecho—Daniela preparaba unos sándwiches para cenar.

Gracias, tenía ganas de soltarme el moño. Oye, a mí no me prepares nada, que me voy con tu cuñado a cenar—la provoqué un poco.

¿Con mi cuñado el italiano?

El mismo que viste y calza. ¿Por qué no te animas, te sueltas la melena, y te vienes con nosotros?

Ah, no, guapita de cara. Que a mí no me ha dado nadie vela en ese entierro.

No es un entierro, o al menos no lo es a priori, salvo que finalmente me dé la locura

mental transitoria y me cargue a Pablo.

¿No crees que sería mejor aplicar un poquito de indiferencia? Es una sugerencia, no te lo tomes a mal.

Esa ya llegará, ahora déjame que disfrute un poco, anda, que es mi momento.

A las nueve sonaba el claxon de Enzo en la puerta. Para hacerle un homenaje, así venía con aquellos tejanos claros, su camisa rosa y sus náuticos azules marinos a juego con la correa trenzada. No exagero si digo que el 99,9% de las féminas que se hubiesen montado en ese coche, hubiesen fantaseado con él y esa correa. Y el pequeño porcentaje que falta precisaría que le graduaran las gafas.

¿He dicho coche? No, más bien aquello era un auténtico alarde de ingeniería. Un precioso descapotable listo para un capricho de verano. ¡Qué nivel! Ir de copiloto al lado de un Enzo que cogía con él las curvas como si fuera por raíles era un placer casi orgásmico. Lástima que se quedara en el casi.

Y digo lo de las curvas porque el club en cuestión al que íbamos estaba en un pueblecito marinero a las afueras, al ser náutico. Bueno, mi chico postizo también lo era, o al menos lo eran sus zapatos.

Reí pensando que un club náutico era el sitio ideal para encontrarme con Pablo y su gente porque se aproximaba marejada, la noche iba a ser movidita.

Los polos opuestos se atraen, yo puedo confirmarlo. Y es que fue poner los pies agarrada de la cintura de Enzo en aquel salón y notar los ojos de la rata sarnosa de Pablo sobre mí. Pobres animales que no paro de comparar al impresentable aquel con algunos de ellos y, hasta el que me diera más grima, era infinitamente mejor que él.

Pasamos por delante de la mesa en la que estaba con nuestros amigos y me detuve. De nuevo me sentía poderosa. Aquella noche llevaba un vestido azul marino, en el que iba embutida, que para eso rivalizaba yo en curvas con la carretera que nos había llevado hasta allí. Los complementos en blanco le daban un toque de color y, sobre todos ellos, destacaba mi amplia sonrisa.

Hombre, pero si estáis todos aquí—comencé a repartir besos a diestro y siniestro, con la excepción de Pablo, al que ya no tocaba ni con un palo.

De sobra sabes que estaríamos—la paciencia de mi ex parecía que empezaba a agotarse. Sonreí porque iba por el buen camino.

Ya, ya, pero me refería a todos, vamos que no sabía si estarías tú, porque como estás tan apenado, pensé que igual estabas llorando por los rincones.

Pues no, he preferido salir a que me dé un poco el aire. Teniendo en cuenta lo pronto que has buscado repuesto no creo que te sorprenda—sus manos cerradas, el coraje apoderándose de él.

Es que ya sabes lo que dicen, que hay que renovarse o morir. Es importante saber pasar pronto página, porque las cosas si no, se enquistan.

Y tú, nos puedes dar clases a todos, por lo que veo.

Algo de eso hay. Oye, creo que no os he presentado. Enzo este es Pablo, mi ex, un error como otro cualquiera, y ellos son Fabiola, Leo, Paula y Erik.

La cara de nuestros amigos no tenía desperdicio y, en lo tocante a Pablo, ese tenía la vena más hinchada que la del pescuezo de un cantaor.

Lo has dejado tocado para toda la noche—Enzo lo observaba de lejos.

Poco he hecho. Me estoy portando muy bien...

Hombre, tanto como muy bien...Le estás dando para el pelo.

Oye, ¿tú de qué parte estás? —me eché a reír y aproveché para hacer como que tonteaba con él.

De la tuya, de la tuya, que todavía me sacudes por meterme donde no me llaman.

Pues eso. Anda, vamos a hablar un poquito de lo que te dé la gana y de vez en cuando te hago una señal para que nos riamos al mismo tiempo.

¡Qué bichillo eres!

Lo que más me sorprendió fue que no hizo falta pues, contándome Enzo una y mil anécdotas de su vida, nos partimos de risa y no fue necesario planificar. El chico era un amor y valía para monologuista, porque cogía un tema y lo exprimía como un limón.

Analicemos, me dolía hasta el cielo de la boca de reírme y a la par tenía a Pablo de espectador. Eso equivaldría a estar contenta como unas castañuelas, pero no. El Emoji que mejor me representaba era el de la carita triste porque, cuanto más nos miraba Pablo con gesto compungido, más comprendía yo que pasar página me iba a resultar un pelín más complicado.

El rato iba pasando y a las risas le fueron acompañando las copas.

Yo no puedo beber más que una, que soy tu chófer—argumentó con total juicio Enzo.

El coche es de alquiler. Mañana llamamos para que lo recojan aquí y nos vamos en un taxi—necesitaba que ahogáramos las penas en el alcohol, o más bien que las ahogara yo, pero nada más penoso que beber una sola.

¿Estás segura de eso? —él no las tenía todas consigo.

Bebe que la vida es breve—reí—Y de paso, dame un piquito de vez en cuando que le sirva de purgante a Pablo.

Visto desde fuera, Enzo y yo éramos la viva imagen de la felicidad. Lástima que lo nuestro fuera más falso que una moneda de tres euros.

Voy al baño—le indiqué cuando ya tenía alguna copita de más, pero no tantas como para ir haciendo eses.

¿A empolvarte la nariz, bella dama? —imitó a un caballero de los años catapún.

No hables de polvos anda, no mientes la sogá en casa del ahorcado, que uno de los peores efectos de la cornamenta es la abstinencia que viene después.

Será porque tú quieras, bombón, cualquier hombre caería rendido a tus pies—¿aquello había sido un guiño de ojo o una señal para que encendieran la calefacción? No tenía ni idea, pero casi salgo hirviendo.

¡Calla, demonio! —reí en dirección al baño.

La misma risa que se me cortó cuando al salir de él me di de bruces con Pablo, que entraba en el de hombres. ¿Casualidad? Y un mojón despeinado. Había ido a mi encuentro.

Estás muy guapa esta noche—me sujetó del brazo.

Y tú estás...muy solo—es lo que tiene el karma que, si estás en el sitio adecuado y en el momento exacto, te permite arrear un karmazo en toda la jeta, cosa que hice con gusto.

No puedes haberte enamorado en días y lo sabes. Lo tuyo con ese chico no es amor, Abril...

¿Te atreves a hablarme de amor? ¿Es que lo tuyo con la maniquí viviente sí lo era? Porque te recuerdo que la tenías a cuatro patas, vamos que no exhalabais romanticismo precisamente.

Claro que no, solo fue un error—casi acariciaba mi brazo y le hice un gesto de que apartara sus garras de mí.

¿Has terminado de decir chorradas ya o quieres que forme un numerito aquí también? Mira que he hecho gárgaras antes de salir para entrenar la garganta.

Ya te dejo—cabizbajo era poco, se quedó como hipnotizado, ido, derrotado, como todo lo que se merecía.

Al salir del baño, nos dedicó la más dolorosa de las miradas a Enzo y a mí. No creo equivocarme cuando afirmo que se sentía tan perdedor que hubiera sido capaz de sentarse entre nosotros dos si se lo hubiéramos pedido. Pablo vendería su alma al diablo por dar un paso atrás en el tiempo y yo...Yo la vendería porque él pudiera darlo.

La noche fue un ir y venir de miradas entre las dos mesas. Yo aplacaba mi rabia coqueteando con Enzo delante de Pablo y mi ex lo hacía en unas copas que parecían evaporarse en sus manos.

¡Esta me gusta! — comenzó a sonar música latina y yo noté como si me hubieran puesto un alambre en el culo. De un salto, me adueñé de la pista y vaya si Enzo me seguía. Me dejó pasmada.

Pero ¿tú dónde has aprendido a hacer esas cosas? Parece que eres una cajita de sorpresas.

No sabes nada de mi vida. Daba clases de bailes latinos cuando iba a la universidad, así me financiaba parte de los estudios.

¿Qué estudiaste? —no imaginaba que hubiera que estudiar una carrera para ejercer de chico de compañía.

Veterinaria, siempre me gustaron los animales. Lo que pasa es que al final me di cuenta de que especializarme en hembras humanas era más rentable.

Mira el lumbrerillas—me agarré de su cuello y seguí bailando y riendo.

¿Para qué me voy a hacer la chulilla? Desfasé demasiado esa noche, esa era la única verdad verdadera. Lo último que recuerdo es que no atinaba a meter la llave en la cerradura de la puerta de Daniela y que Enzo se bajó del taxi para ayudarme. El resto fue todo un misterio.

Quiero una pastilla para la cabeza del tamaño de un hula hop—le pedí a mi hermanita cuando fui capaz de menearme de la cama.

Pues tendrás que conformarte con una corriente y moliente, borrachina—me la puso en la mesa.

Si me vas a leer la cartilla, me pongo los cascos y santas pascuas.

No, tonti. Tranqui.

¿Y tú? ¿Qué hiciste anoche? Preocupadita me tienes, un día de estos te veo haciendo calceta.

¡Tonta eres! Me lo pasé muy bien, para que lo sepas.

Ese brillo en tu cara... ¡Suéltalo ya!

Te voy a decir la verdad. Estaba un poquillo preocupadilla por Bruno y fui a preguntarle si le pasaba algo.

¿En serio?

Y sí, el pobre andaba pachuchillo, con una infección de orina y no había salido de casa.

¿Y le hiciste compañía?

Bueno, más o menos, lo llevé a urgencias y le pusieron un antibiótico.

¿Y lo pasaste bien llevándolo a urgencias? Voy buscando el teléfono de un loquero

de guardia.

¿Y me lo dices tú que saliste de marcha con un tío alquilado para hundir en la miseria a Pablo?

Joder, dicho así ha sonado un poco mal, vaya ataque más gratuito.

Nos echamos a reír las dos al mismo tiempo y es que no podíamos parar. Por lo que me contó, mi hermana y Bruno habían conectado bastante bien y, pese a las circunstancias, lo habían pasado sensacional juntos. Moraleja: más vale friki en mano que macizo volando.

Un rato después, ella se acercó a ver a Bruno por si necesitaba alguna cosa más. En cuanto a mí, atendí la primera obligación del día, esto es, las llamadas de mi madre preguntándome por si había que avisar a la OTAN por el ataque que mi persona había sufrido.

Por más vueltas que le daba, la situación no podía ser más rocambolesca en todo y por todo. Yo solo sabía que mi mundo se había puesto patas arribas en cuestión de una semana, pero a lo hecho, pecho. Mis esfuerzos seguirían centrados en mi máximo empeño, que no era otro que el de que Pablo se enterara de lo que valía un peine y a Dios ponía por testigo de que no pararía hasta conseguirlo. ¡De esta salía!

Lo único que te pido por lo que más quieras es que te asegures de que copas toda la atención del friki, hermana—le pedí mientras tomábamos un aperitivo.

¡Deja de llamarle friki, que va a ser tu cuñado! —me tiró con una aceituna, bromeando.

Una prueba más de que la vida daba muchas vueltas. En cuestión de cuarenta y ocho horas, Bruno había pasado de beber los vientos por mí, a parecer interesado en mi hermana y ella en él. ¡Ojalá

que no fuera un espejismo!

Capítulo 8



Un poco de antiojeras y grandes dosis de ánimo para combatir la penilla esa que se había empeñado en compartir mi vida. Camino del trabajo, me entró la risa floja pensando en la carga que le había dado a Pablo el sábado noche. A ese paso, se le iban a quitar hasta las ganas de salir.

Llegué a la redacción y Aitana venía preciosa.

Pero mírala—alguien viene estrenando—Cariño, estás muy guapa.

Sí, es que mi padre venía con un cargamento de regalos.

Era de esperar, me alegro bonita. ¿Y qué tal lo pasaste con él?

Bueno, lo pasamos bien, aunque un poco raro... los tres.

¿Los tres?

Sí, Abril. Venía con novia.

Anda, pues mira qué bien. Yo pensé que a tu padre no le echaba el lazo nadie.

Pues se lo han echado y bien. Pero claro es que la chica...

¿Gabinete de crisis? Cuéntame, anda.

Es que solo tiene tres años más que yo...

Me dio la risa. Traté de contenerla, pero salió tipo estallido.

Así me gusta, que seas empática—puso los brazos en jarra.

Mujer, es que no me lo esperaba. Piensa que eso es estupendo, así matas dos pájaros de un tiro, madrastra y amiga a la vez.

Pero es que se me hace raro, entiéndelo.

Joder, raro sería si saliera en “Cuarto milenio” pero porque sea joven... Tampoco veo la gravedad.

¿Tú crees?

Vamos por partes, como diría Jack el Destripador. ¿Tú la has visto interesada o algo?

¿A nivel económico, dices?

No, a nivel científico chiqui, ni que tu padre fuera un espécimen digno de estudio...

¡Cómo eres! Me sacas una sonrisa hasta cuando estoy de bajón. Y no, ¡qué va! Si por lo visto su padre está nadando en billetes. Me contaron que es el dueño de una firma de ropa juvenil que arrasa en New York.

¿Y te vas a quejar? Todavía te meto para espabilarte. ¡Si encima vas a vestir gratis, so capulla!

Hombre, visto así...

¿Y cómo quieres verlo? Anda, ponte a currar que tú no tienes contrato blindado.

¡Enchufada! —me sacó la lengua.

Pava, más que pava—reí. Me parecía adorable.

Media hora después llegó María, la secretaria de Pablo, a darme el recado de que fuera a su despacho.

Te juro que cada día me sorprendes más... Hay que tener valor para llamarme, aun a sabiendas de que te voy a montar el dos de mayo. Tú lo has querido—hice como que afinaba la garganta.

No, por favor. Espera. Sé que no tengo derecho a meterme en tu vida, ni siquiera a dirigirte la palabra, pero quería decirte que desde el sábado no paro de pensar. Digas lo que digas tú no puedes estar enamorada de ese chico.

¿Qué no? Chaval, me enamoré de él en cuanto puso los ojos en mí, que ya te habrás fijado en que los tiene preciosos. Yo creo que Cupido, que es muy justo, debía estar esperando, y cuando vio para mí un tío que vale y que sabe lo que es la vergüenza, me arreó un flechazo que me dejó sin sentido. Y otra cosita, ¿te he dicho ya que es millonario? Tiene una flota de coches que ya la quisiera para sí Neymar. He dicho.

No tienes remedio—negó con la cabeza.

Ni tú decencia, ni sentido de la lealtad y aquí estás, de jefazo. Y ya, por último, da gracias a Dios de que no te la haya montado, pero me la guardo para la próxima. Vamos, que te vas a cagar como te dirijas a mí para algo personal.

Cerré la puerta y me fui riéndome. Que sí, que os lo confieso, que me seguía escociendo, pero que también me lo pasaba fenomenal dándole zasca tras zasca. Y si no, que no hubiera sido tan rapidito de bragueta.

Más tarde, en cafetería, comprobé que mi declaración formal de guerra a Pablo seguía dando mucho de sí, porque me sentí nuevamente en el punto de mira.

Estamos en el ojo del huracán, Aitana—le restaba importancia antes de que le diera el sopor.

Ya lo veo. Espero que cada día vaya a menos y se les olvide. Prométeme que no vas a liar ninguna más, porque si no me voy a tener que traer una bolsa por si hiperventilo.

¡Nena no me seas aburrida! Al mal tiempo hay que ponerle buena cara o, en su defecto, echarse un novio millonario, como he hecho yo—bromeé.

Mi compañera me hizo contarle de pe a pa mi fin de semana con Enzo y alucinó en colores, claro.

¡Estás loca! No vas a poder mantener esta patraña eternamente. Al final va a explotar y te va a dar en toda la boca.

¡Bueno, bueno! Pero igual para ese entonces ya ha explotado Pablo antes...

Le va a dar un infarto, nos vas a dejar sin jefe—advertía muy seria.

¡Quita, quita! Que está muy potente y el corazón le va genial. No veas cómo le daba al metesaca con la modelito el muy hijo de la gran china—volteé los ojos y Aitana reía sin poder parar.

Enfrascaditas en la conversación estábamos cuando vimos que Julio llegó y reparó en nosotras.

Se va a quedar embobado mirándote en tres, dos... Y como no le devuelvas una mirada, te doy un pisotón que te dejo el pie como un tranchete de finito.

¡Eso es coacción!

Eso es una realidad—le advertí.

Y funcionó. Ese prudente Julio que le dedicó aquella dulce mirada y esa angelical Aitana que se la mantuvo. Ains, ¡qué bonito es el amor cuando es puro y verdadero! Lástima que también efímero, luego se pudre y hay que cortar por lo sano, pero ellos aun vivían en la ignorancia.

¡Es tan mono! —iba repitiendo ella casi en estado de shock al salir de cafetería.

Ese te está empotrando en un plis plas, te lo digo yo—asentí graciosamente.

Cacho de burra, ¿no es eso lo que pretendo!

¿Ah no? Ya me lo contarás, ¿qué apostamos?

A Aitana le faltaban todavía unas cuantas tablas, pero esa iba a debutar pronto y después le iba a coger el gustillo a eso de las funciones diarias, que es lo que tiene el teatro, el teatro de las sábanas blancas, vamos, el catre de toda vida.

Un rato después, estábamos en el despacho cuando sonó el teléfono fijo, cosa rara porque las llamadas solían llegar a recepción.

¡Es tu suegra! —Aitana parecía que había visto a Freddy Krueger.

Y sí, era al teléfono porque yo acababa de mirar por la ventana y no vi escoba voladora alguna, por lo que deduje que la muy bruja tenía la suya aparcada en casa.

Suegri—solté con toda la ironía del mundo, pues no podía verla ni en pintura.

¿Suegri? —se quedó pasmada—Abril, ¿eres tú?

Mi cabeza quería adelantarse a los acontecimientos. La iba a poner fina, ¿de veras tenía la desfachatez de llamarme para arrimar el ascua a la sardina de su hijo? ¿Y de hacerlo en horas de trabajo? Lógico que él hubiera perdido la vergüenza, dado que su madre jamás la había conocido. ¡La iba a enterar!

Soy yo y de antemano te advierto que si has llamado para...

Te he llamado porque no localizo a Pablo, es posible que esté reunido y quería avisarte de que estamos organizando un almuerzo el sábado al que acudirán distintos personajes de los medios de comunicación. No os lo podéis perder, es interesante para él.

Os voy informando. Mi ex suegro había sido el fundador del periódico. Ya estaba jubilado, pero mantenía impresionantes contactos de los que también Pablo se nutría. Ya sabéis el motivo de la llamada, pero lo que a mí me dejó estupefacta fue el hecho de que mi suegra no supiera de nuestra ruptura. ¡El muy crápula no le había contado nada! ¿Un designio divino? Así lo creía yo, porque aquella llamada me iba a dar la oportunidad de despacharme a gusto.

Pues mira suegri—Aitana parecía un judío delante del Muro de Las Lamentaciones, pues hacía como que se chocaba con la mesa—Va a ser que igual yo no puedo ir, una verdadera pena teniendo en cuenta que ello me privará del placer de verte, pero es que ando un poco indigesta...

¿Qué dices? Percibo un cierto tono irónico y eso de la indigestión... ¿Qué me estás contando? Pero si falta casi una semana.

Ya, lo que pasa es que no es una indigestión cualquiera, esta tiene miga, porque lo que se me han indigestado han sido un par de cuernos bien puestos por parte de tu hijo.

Abril, ¿qué estás diciendo?

Lo que oyes, que borres mi número, que me la traes al paio y que por mí puedes volver a meterte a tu Pablito por donde mismo lo echaste. Fin de la conversación.

Colgué y respiré hondo.

¡Qué valor! No me explico...—Aitana parecía volver en sí.

¿Y qué me puede pasar? ¿Va a venir a darme con la escoba? Si he sobrevivido a las cornadas del hijo no creo que me vaya a matar la madre a escobazos...

Engordé tres kilos tras aquella conversación con mi ex suegra y seguí trabajando. La vida se abre camino y no solo en el cine...

Por la tarde, nos disponíamos mi hermana y yo a salir a dar una vuelta cuando llamó el friki a la puerta, digo Bruno.

Hermana, ¡te reclaman! —exclamé.

Mujer, no hace falta que se lo digas así, había venido a agradeceros las atenciones de este fin de semana con unos dulces.

Deja, deja, a mí no tienes nada que agradecerme que yo estoy haciendo un curso en clave borde. Aquí la agradable es mi hermana. Yo de ti, fíjate, la invitaba a cenar una noche o algo—le di una palmadita en el hombro.

¿Qué te decía esta loca? —sí, yo muy loca, pero ella bajaba los escalones de tres en tres...

Bueno pues que...

Que hace una tarde estupenda, hermana. Mira, estoy pensando que a ti te encantan los dulces, quedaos aquí y os los coméis, que yo me voy a dar una vuelta.

¿No te importa? —su sonrisita agradecida en los labios.

Para nada, que lo paséis muy bien.

Había que darles vidilla. Que mi hermana se estaba portando de escándalo conmigo y que me estaba dando a mí en la nariz que el friki lo mismo tenía música en el ombligo porque a ella se la estaba ganando por momentos.

Por mi parte, lo único que deseaba era sentirme libre, como el sol cuando amanece, que solía canturrear mi madre por Nino Bravo. Necesitaba despejar mi mente para pensar en el próximo hachazo que darle a Pablo con Enzo.

Capítulo 9



En martes, ni te cases, ni te embarques. Yo no tenía pensamiento de ninguna de las dos cosas, vive Dios, pero en cuanto me dejé caer por la redacción tomé conciencia de que allí había un tejemaneje inusual.

Buenos días, cariño—le di un abrazote a Aitana. Necesitaba calor humano.

Buenos días, Abril—me devolvió el abrazo, era muy tierna.

Estoy pensando que, cuando seas novia del contable, vas a estar de lo más completa, con una amiga llamada Abril y él llamado Julio, en fin que vas a rellenar el calendario.

Chistosita vienes, ¿eh? Igual se te pasa un poco cuando te diga que ha estado aquí María, para que vayas al despacho de Pablo.

¡Este parece que todavía no me conoce! Verás la que le voy a liar—salí remangándome.

Pablo te espera—me dijo María con aquella voz de mosquita muerta que tanto me sulfuraba.

Verdad, creo que he obviado el pequeño detalle de que ella me caía como el culo y es que de siempre se sabía que no solo era la “pelotera oficial del reino”, sino que sentía algo más que admiración por Pablo, ya me entendéis. Ello me llevaba a intuir que debía estar disfrutando nuestra ruptura más que un cochino en un charco.

Ya me han dicho, no vengo de visita de cortesía, no te preocupes—sonrisa cargada de mala baba para ella.

Entré en el despacho de Pablo con la fuerza de un ciclón y hasta noté cómo el picaporte de la puerta se hundía en la pared, haciéndole un pequeño desconchado.

Estás jugando con fuego y te has quemado, ¡hoy no te libra ni la Caridad, tú lo has querido!

Aguanta el genio Abril, por lo que más quieras, que no te he llamado por nada personal.

Suéltalo rápido, que no me lo termino de creer.

¿Recuerdas aquella colaboración con los de “Vivir al Día” que tanto tiempo llevo buscando?

Sí, pero eso parecía que no cuajaba—tomé asiento.

Pues está a un tris, una casualidad de la vida me la ha puesto en bandeja y resulta

que el viernes firmamos. Por esa razón, daremos una recepción por la noche en el hotel en el que lo hacemos habitualmente y necesito que le echas un cable a María para organizarlo todo con el personal de allí.

¿Y por qué yo?

Porque nadie como tú conoce los entresijos de esta oficina y los de la competencia y en este tipo de ocasiones se necesita una persona diplomática al frente.

¡Alto ahí! A mí de diplomática últimamente me está quedando poco. Después de los últimos acontecimientos no sé qué me pasa en la lengua, pero como que se me ha soltado—hice un gesto sacándola y señalándola—Y ahora estoy loca por cantarle las cuatro verdades del barquero al más pintado.

Ya, ya, he sabido de la conversación de ayer con mi madre—no pudo evitar la risa—¿Contagiosa? No lo puedo negar.

Hagamos un nuevo Kit Kat. Una de las cosas que me enamoró de Pablo fue su risa, que solía hacerme morir de amor. ¡Ingenua! Pero así fue. El asunto es que al escucharla aquella mañana en el despacho no pude evitar reír también.

Se llevó lo suyo y lo de su prima, por estirada. Y suerte que no le dije nada de que se sacara el palo que lleva siempre metido en el cu...

Por Dios, Abril, sí que has perdido la diplomacia. En cualquier caso, sé quién es mi madre y no le dijiste nada que no se mereciera y, si eso ha servido para que te rieras un momento, lo doy por bien empleado.

No te me vengas arriba que lo de reírme contigo ha sido un acto reflejo que no se repetirá.

Tomo nota. ¿Colaborarás con María?

¿Tengo alguna alternativa? Porque ya sabes que no es precisamente santo de mi devoción—me quejé.

Hazlo por tus compañeros, por favor. Sabes que esta colaboración nos beneficia a todos.

Por ahí te vas a librar, porque a ti no te doy ni agua, ¡tenlo claro! —sentencié.

¡Cáspita! Salí del despacho de Pablo más negra que los angelitos de Machín y es que había bajado la guardia y eso me fastidiaba tela. No volvería a pasar. Al día siguiente, le diría a Enzo que me recogiera en la sala de espera. Pensé en Pablo y en que un incordio al año no hace daño. Y quien dice uno, dice dos, tres, cuatro o los que se terciara, que mi buen dinero que iba a costar mantener a Enzo como chico de compañía y tenía que sacarle máxima rentabilidad.

El miércoles llegué a la redacción con alma malévola. Le dije a Aitana que me recogiera para irme al mediodía con Enzo, de modo que no tuviera que dejar allí mi monería de coche.

Al jefe lo estás pisando como una colilla con lo del italiano, me da hasta pena.

Tú sigue erre que erre que no te ayudo más con lo de Julio—le hice el gesto de que cerrara la boca.

Ayer también te hice caso y lo miré.

Lo miré, lo miré—parodié sus palabras— El siguiente paso es que le hables...

¿Le tengo que hablar yo?

Ni que el chaval tuviera la lepra, claro que le vas a hablar tú.

¿Y por qué no él?

Hija mía, porque ese está tan empavado como tú, pero al menos en tu caso me tienes a mí para empujarte. Si él no se lo ha contado a nadie, tenemos dos años por medio hasta el siguiente movimiento y yo no tengo mis nervios para eso.

Llegamos al despacho y enseguida María, en el quicio de la puerta, esperando que fuera con ella a cumplir órdenes de Pablo, ¡vaya una suerte la mía!

Te voy a decir una cosa, yo tengo mil asuntos por ultimar, así que cuanto antes terminemos con esto, mejor. Ni yo tengo ganas de estar contigo, ni tú conmigo.

Estamos de acuerdo—soltó con contundencia—Por primera vez en su vida se quitó la careta y eso me satisfizo. Al menos que fuera una digna rival y que viniese de frente.

A la hora del desayuno, por fin una agradable sorpresa. Contra todo pronóstico, Julio se acercó a nuestra mesa.

Hola—nos miró un tanto apurado.

Hola, Julio—contestamos al unísono.

Abril, ¿puedo preguntarte algo?

Dime, claro. Y siéntate hombre, que no mordemos—le di con el pie por debajo de la mesa a Aitana.

¿Estás preparando tú el evento del viernes con María? Tengo algunas dudas sobre la vestimenta y demás, es que la última vez no me vi muy acorde y lo pasé mal.

Pues nada hombre, yo te informo.

Estuve poniéndolo al día de todo, bajo la atenta mirada de Aitana. El chico, al cien por cien, se había acercado por ella y eso era muy loable.

Me vais a tener que perdonar, pero es que me está esperando María, os dejo—salí a la velocidad de la luz y los dejé solos para que hablaran de sus cosas.

Un ratito después, vi pasar a Aitana riendo con él mientras los dos parecían flotar en una nube. Que disfrutaran mientras durara que un día se volvería negra y llegaría la tormenta. Sí, me había vuelto rematadamente negativa, pero es que la vida me había dado limones y no lo estaba gestionando bien, era incapaz de hacer limonada con ellos.

Hora de la salida y yo enflechadita a los brazos de mi Enzo, que me esperaba en la sala de espera con aquella camisa celeste y esos vaqueros modernos, así medio caídos a la altura de la cadera, que daban ganas de terminar de tirar de ellos para abajo y dejar aquel culito respingón al aire. Podéis decirlo, soy mucho de irme por los Cerros de Úbeda. ¡Y eso que yo no tenía ganas ni de mirarme, pero lo que es, es!

¡Amor! —me lancé teatralmente sobre él en cuanto vi salir a Pablo, al que se le cambió el semblante.

¡Preciosa, se me han hecho eternos los minutos esperándote! —él también tenía dotes de actor.

Y a mí, y a mí—nos dimos un piquito—Cariño, ¿yo te enseñé el otro día las instalaciones?

¡Qué va! Y me encantaría ver dónde trabajas.

Pues ahora mismo, que yo te doy todo lo que me pidas—le guiñé el ojo de lo más provocativa y después le sonreí a Pablo, que ya estaba cerca.

Pablo, le voy a enseñar a Enzo las instalaciones. Te lo digo por aquello de que no solo eres mi ex—puse énfasis en lo de “ex” — sino también mi jefe—el retintín que no faltara.

Ya, ya, bueno sabes que estás en tu casa—el gesto contrariado, las manos tensas...

No, no te equivoques. En mi casa solo está la gente que yo quiero, aquí tengo que relacionarme con individuos de distintas calañas, algunas de ellas de lo más indeseables.

Feliz paseo por las instalaciones—salió volando sin entrar al trapo, él también sabía ser irónico.

Jueves y a un pasito del gran día. Para su sorpresa, fui yo quien llamé a la puerta de Pablo.

¿Abril? —no me esperaba, claro.

¡Presente! Venía a informarte de que Enzo me acompañará mañana por la noche al evento. Sé que casi que no es necesario, porque las parejas están invitadas, pero como él es un fichaje nuevo, que no se diga que no hace una las cosas como Dios manda.

Ok, ok—era más que evidente que ya le había dado la mañana.

No te preocupes tonto. Oye, no sé cómo se llamaba la muchacha aquella, con la que te revolcaste en nuestra cama, no me la llegaste a presentar, bueno eso es lo de menos... El asunto es que estoy pensando que daría muy bien en cámara, igual podías llevarla a ella...

No la he vuelto a ver, si es eso lo que quieres saber—me miró muy serio.

¿Yo? Por mí como si te casas con ella, me importa un bledo.

Yo solo me casaría con una mujer y sabes muy bien que eres tú.

Huy, huy, huy, que al final vas a ser romántico y todo. Lástima que ese tren ya pasara, ¿verdad? Pero vamos, tú quédate en la estación que lo mismo te llega otro, o no—solté despacito y vocalizando a tope.

Cerré la puerta y solté el aire. Mandaba narices, había entrado para dejarlo K.O. y había salido baldada emocionalmente. Bueno, por lo visto el tiempo todo lo curaba, pero yo iba a necesitar un arsenal de tiritas para el corazón.

Ahí está tu Julio—le indiqué a Aitana cuando entramos en la cafetería, donde llegué a desayunar y a desintoxicarme un poco del halo de mal rollo que me generaba

María.

¿Le decimos que se siente con nosotras?

Claro, tonta, ¿a qué estás esperando?

Le hizo una señal con la mano y el chaval se acercó al galope. Conforme iba cogiendo confianza, se mostraba más gracioso y divertido. Pegaban mucho.

Al término de la jornada laboral coincidí con Pablo, que miraba fijamente a la sala de espera por si estaba Enzo.

Relájate que hoy no ha venido—lo miré con recochineo.

¿Y eso? ¿Hoy no está deseando verte? —no pudo contenerse.

Obvio que sí, lo que pasa es que yo soy una mujer moderna y como que también necesito mi espacio y aparte, así aprovecha él para darse la paliza en el gym, que ya imaginarás que eso redundará en beneficio de los dos—no pude tirar con peor leche.

No hace falta que seas tan explícita—la amargura en su voz.

Hombre, yo por informarte, es pura deformación profesional. Mis más sinceras disculpas si he herido tu sensibilidad—ahí lo llevaba.

No pasa nada—vaciló, pues siguió andando, se paró como para decirme algo y finalmente avanzó hacia la salida.

Lo estás volviendo majara—apuntó Aitana, que había visto la escena desde atrás.

Tú a tu Julio, que tienes faena por delante, aunque yo diría que lo vuestro va viento en popa.

¿Lo nuestro? ¡Ojalá! Si todavía no hay nada.

A ti mañana por la noche te quiero yo de alfombra roja, vamos...

Se hará lo que se pueda—murmuró.

De eso nada, te sacas el máximo partido, ¿me escuchas? Y las gafitas fuera, que te dan mucha pinta de intelectual, pero en la fiesta te quiero ver de mujer fatal.

Capítulo 10



La redacción era un hervidero cuando llegué el viernes.

¡Cómo le gusta a la gente un escaqueo! Con la fiesta de esta noche van a trabajar hoy todos menos que si fueran espías sordos, se ve venir y si no, al tiempo—solté, desplomándome en mi silla.

¡Qué cosas tienes! Bueno, cada uno que se atenga a las consecuencias...

Sí, sí, que yo antes era la jefa consorte, pero ya no va conmigo.

¿Hoy viene Enzo a recogerte? Supongo que no, porque no me has dicho nada de que pasara a por ti.

¡No, mujer! Que tampoco soy una abusona. Bastante le voy a quemar al jefe la sangre esta noche como para hacerlo dos veces en el día, no vaya a ser que le dé un síncope.

Va a ser la leche, porque en los pasillos no se habla ya de otra cosa. Primero fue lo

de vuestra ruptura y ahora lo de tu chico nuevo, la gente está preparando palomitas para seguir lo vuestro.

Pues después les voy a dar en el cantito del gusto, ración extra de dulce italiano para contrastar con lo salado de las palomitas. Que no digan mis compis que no miro por ellos.

No, si aquí cada uno va a lo suyo. Es más, ayer le escuché un comentario a Claudia que no sé si te hará mucha gracia. ¿Quieres saberlo?

Venga, dale. Pues le decía a María que atacara a Pablo, que ahora era su momento, que ella no lo hacía porque tenía marido, pero que el tío merecía la pena, que podía vivir como una reina.

Sí, sí, casi da en el clavo, pero con la ligera salvedad de que le pondría una cornamenta en la cabeza en vez de una corona, aunque eso apenas se aprecia—me hirvió la sangre.

Te ha molestado, ¿verdad?

Un poco sí que me ha alterado. Voy a salir a fumarme un cigarrillo antes de que la gentil muchachita venga a por mí para finiquitar lo de la celebración.

Yo no era de cigarritos en horas laborales, pero me había puesto un poco nerviosa. Al fin y al cabo, me tenía que hacer a la idea de que aquella panda de víboras se iba a rifar al jefe delante de mí, pero iba a necesitar un poco de sal de frutas para llevarlo mejor.

¿Estás bien? —mira tú por donde no podía ser otra la que me preguntara. María allí también dándole al vicio.

Perfectamente, pensando en lo que me voy a poner esta noche, chica.

Tú ponte mona, que ya hemos visto que tienes un nuevo chico para mojar pan.

Sí, ya sabes que, a rey muerto, rey puesto.

¿Pablo muerto? Pues yo lo veo vivito y coleando.

Sobre todo, coleando. La cola es lo que mejor le funciona, te lo digo de buena tinta, lo único es que es muy generoso y le gusta que llegue a cuantas más, mejor. No sé si me explico.

Creo que estás hablando desde la acritud.

Y yo creo que, si estás pensando que lo vas a tener en exclusividad, vas lista.

A lo mejor es que el plato que tenía no le gustaba ya y encuentra a otros más apetecibles—lo decía por ella, qué bonita es la ignorancia.

Pues fijate que lo dudo, porque, si no le ha bastado con el solomillo, no creo que le sacie la casquería. ¿Entramos ya a trabajar?

Lo hicimos, aunque no reinó precisamente la armonía entre nosotras, ni falta que hacía. Traté de evadirme de sus comentarios insulsos, pensando en el bonito vestido que me había comprado la tarde anterior, que salí de compras con Daniela.

Mi idea era ir al centro de belleza de mi amiga Celia, para que me maquillaran y peinaran. Quería

lucir como una estrella, brillar con luz propia y olvidarme por unas horas de que mi batería se había agotado. Eso sí, yo lo disimulaba que era un gusto y esa noche iba a sacar a pasear una sonrisa que ni la de Jessica Alba.

Al salir coincidí con Pablo, que me cedió cortésmente el paso.

Supongo que te pondrás increíble, conociendo tu gusto...—me sonrió.

Sí, sí y mira que el gusto es algo que me ha mejorado en las últimas semanas—directa a la yugular.

Haya paz, haya paz. Está claro que no me vas a dar tregua...

Anda, si a ti te va la marcha, que ya nos conocemos bien...

Sí, tengo unas ganas de marcha que no veas.

Huy, pues tómate algún vigorizante chico, que como eso empieza a decaer a tu edad, malo...

No pienso que hayas tenido ninguna queja nunca—le había dado donde más le dolía.

No, yo en mi momento no, pero las cosas cambian y mira tú que luego se corre la voz de que no sirves para nada y estás perdido.

¡Abril, leches! Que no es eso, que te montas muy pronto una película...

Ahí tienes razón. Me monté una contigo en plan romántica que era una pasada, lo único que me salió el tiro por la culata—hice el gesto con las manos.

Venga, vamos a dejarlo, que no estoy de humor.

Pues arréglalo, que esta noche tenemos fiesta y de la buena.

Almorcé y me eché un rato. Ya no tenía ojeras, porque iba durmiendo mejor. Vamos que me había hecho amiga de los fantasmas esos que llegan por la noche y, después de jugar un rato con ellos a las cartas, solía caer rendida.

Más tarde salí en dirección al salón de belleza y, un par de horas después, ya estaba en mi dormitorio vistiéndome. Lo que vi en el espejo me gustó. No sabía si Aitana seguiría mi consejo y se pondría para la fiesta de alfombra roja, pero yo me lo había tomado como una cuestión de estado y el resultado podía calificarse de impecable, modestia aparte.

Estás que quitas el hipo, hermanita—me cerró Daniela la cremallera del vestido.

¿A que no tengo nada que envidiarle a Renee Zellweger en la gala de los Óscar? — me sentía la reina del postureo.

¿Bromeas? En todo caso tendría que envidiarte ella a ti.

Pues eso es lo que digo yo.

Me veía como una Barbie con mi vestido largo rojo de cuello *halter* con fajín en la cintura y amplio vuelo en la parte inferior. Y, como mejor complemento, mi Ken italiano, que debía ser una serie limitada porque ejemplares así no abundaban.

Os lo juro, hacéis una pareja de cine—ya le preguntaría a mi hermana qué había fumado porque debía ser buenísimo. Bueno, igual sí éramos una pareja por lo de ir juntos, como los de la Benemérita, pero hasta ahí.

¿Y tú? ¿Vas a ver al fri...?

Como termines de decirlo, te doy una piña y te fastidio el look princesa ese que me llevas. Se llama Bruno.

Prometo tenerlo en cuenta—le lancé un beso—¡Y ve a buscarlo, también hacéis buena pareja! —exclamé.

No sé si tomarlo como un cumplido, pero gracias—entró en casa riendo.

Miré a Ken, digo a Enzo, y escuché que soltó una parrafada en italiano que no terminé de entender pero que sonó como música para mis oídos.

No lo he pillado todo, pero gracias—lo miré fijamente.

En resumen, que estás espectacular. No se puede ir más bella.

Me alegra, porque te garantizo que me dejé un riñón en el vestido y no sé si todavía me van a pedir parte del otro.

Como si te hubieras envuelto en una cortina, tu belleza es innata.

Mira al más puro estilo Escarlata O'hara, baratito me hubiera salido.

¿Os acordáis de alguna escena de esas de la gran pantalla en la que la protagonista entre en algún lugar en olor de multitudes y a cámara lenta? Pues así me sentí yo al pisar fuerte con esos taconazos que daban vértigo en el salón del hotel, del brazo de Enzo. En honor a la verdad, el puñetero era para comérselo y no solo porque estuviera de rechupete, sino porque hacía el paripé como nadie. Vamos, que yo era la más elegante de las damiselas del lugar y él un galán de cine de los de caché alto. ¡Ahí es nada!

He dicho en el salón, ¿verdad? Bueno, lo podemos dejar así, pero la estampa que me encontré podía definirla más o menos como la de una selva con una manada de hienas que pretendía acorrallar a una codiciada presa, que era Pablo, y que salía al paso de la situación como buenamente podía. Total, que, para mis afueras, la vida me sonreía, es decir, que era *toda* “una tómbola de luz y de color”, pero para mis adentros me cagaba en todo lo que se meneaba.

Seré honesta, ¿les seguía Pablo el juego? Rematadamente no. Él parecía incómodo, muy incómodo y daba la impresión de querer hacerle la competencia al Correcaminos, pero tenía que aguantar el tipo. Entre todas las hienas y, como era de esperar, destacaba María, que me miraba con gesto triunfante. ¡Muy prontito lanzaba esa las campanas al vuelo! Ya caería.

Abril, Enzo...—nos saludó Pablo cuando llegó a nuestra altura.

Buenas, Pablo. Yo de ti no me distraería demasiado, no vaya a ser que tu legión de seguidoras se enfurezca y alguna termine mordiéndose la lengua, dándonos un problemita por aquello del veneno.

Sabes que no me van las concentraciones. Espero que lo paséis fenomenal. Y, por cierto—me miró y la pena se adueñó de sus ojos—estás preciosa, Abril.

Le dediqué una sonrisita de esas de las de “que te den” y le pedí a Enzo que me buscara una copa.

Pensé que Pablo también estaba guapo a no poder más, guapo de esos de portada de revista, guapo de querer encerrarte con él y perder la llave, ¿por qué me seguía poniendo el muy bandido?

Ahogué mis penas en la copa que con tanto agrado me acercó Enzo. Necesitaba aislarme, estar allí en cuerpo, pero que mi alma volara con él hasta La Toscana, al abrigo de un delicado paisaje... Pararíamos al borde de una carretera y nos tomaríamos un picnic. De aquellos labios tan sexys saldrían frases en italiano que sacarían el mejor perfil de mi felicidad. Y allí mismo nos tumbaríamos y... Y mi cabeza estaba volando más de la cuenta porque aquel monumento italiano no me pertenecía, era de alquiler, y yo no había calculado bien el aterrizaje, por lo que me acababa de dar una hostia terrible en el suelo.

¿Qué me estaba pasando? Pues tan sencillo como que los celos se habían apoderado de mí desde que habíamos entrado por las puertas y había visto que Pablo era ahora el pastel que repartir entre todas esas envidiosas que llevaban años quitándome las tiras de pellejo.

¿Lo único que me consolaba? Que como digo una cosa digo otra y ese se sacaba un ojo porque yo volviera a compartir con él las cosas del querer. Vamos, que si yo le decía ven, lo dejaba todo, pero que se lo iba a decir quien yo me sé porque a mí ese traidor no me volvía a poner un dedo encima en lo que le quedaba de vida.

¡Abril! ¡Estás realmente impresionante! —Aitana llegó a mi lado de lo más contenta.

¿Y me lo dices tú? Pero niña ¿te has visto? —de veras que ella sí que parecía una diva envuelta en aquel vestido plateado que le sentaba como un guante.

Sí, he cambiado un poco el chip, ya sabes.

¿Un poco? Si hasta hoy no he visto el tipazo que tienes. Si eres capaz vuelves a

aparecer por la redacción con esos sacos de patatas que te pones por encima. Por cierto, ya conoces a Enzo.

Sí, sí. Hacéis....

No vayas a decir tú también que una pareja muy bonita, que eres la única de aquí que sabe la verdad—dije en voz bajita y reímos los tres.

Ya, ya, yo soy una tumba. Por cierto, ¿has visto a Julio?

Me parece que acaba de entrar, míralo.

¡Ains, qué mono! —la emoción en su cara, el temblor en sus piernas y sus tacones tambaleándose.

Julio llegó hasta nuestra altura y, después de estar un poquito con nosotros, nos robó a Aitana. ¡Y yo que me alegraba!

Abril—escuché una voz conocida detrás de mí. ¡Maldición! Hice un test de maldad rápido y dio once sobre diez. No podía ser otra: mi ex suegra.

Hombre ex suegri, no te esperaba. Y hago hincapié en lo de ex porque te presento a mi nuevo chico, una joya de importación de procedencia italiana, se llama Enzo.

Tanto gusto, señora—muy propio, le besó él la mano. Luego se la tendría que lavar con lejía porque esa era otra que escupía veneno a caños.

¿Y no te da vergüenza estar ya en unos días con otro? Y encima te permites el lujo de

soltar pestes de mi hijo.

¿Y a ti no te da vergüenza de seguir diciéndole a tu cirujano que te ponga Botox? Porque de aquí a nada vas a gesticular menos que Monchito, el muñeco de José Luis Moreno. Aunque hablando de muñecos, ¿dónde está mi ex suegro? Que ese sí que es un buen pelele en tus manos, ¿eh?

Tú lo que eres es una desagradecida, que mi hijo te situó muy bien, porque si no, seguirías siendo una muerta de hambre.

Claro que sí, campeona, por eso me tuvo que ofrecer un contrato blindado para que dejara mi anterior trabajo.

Eso sería porque lo drogaste o algo, porque si no, no me lo explico.

No, mujer, cogí una pócima mágica de esas que echas tú en el caldero. Mira, largo de aquí o te juro que publico las andanzas de tu Pablito en un bando municipal y os convierto en el hazmerreír de la ciudad, con lo que te gusta a ti vivir de cara a la galería.

Se fue bufando y jurando en arameo y a mí me dio la risa.

Pero bueno, tú eres una leona, vaya repaso que le has dado a tu ex suegra—Enzo no podía parar de reír y me contagió.

Es que yo he tragado quina desde que los conocí y me ha salido toda la mala leche reconcentrada en un chorro.

Ya lo he visto, ya, tuvo que ser corrosiva. Madre mía cómo te las gastas. Debía

merecerle mucho la pena Pablo para cargar con esa cruz—concluyó.

Sin querer, Enzo puso el dedo en la llaga e intentó arreglarlo al momento, pero el mal ya estaba hecho.

Yo creía que sí, pero a la vista está que no era más que una ilusión óptica.

O es que lo estás mirando ahora desde un prisma equivocado.

Dame un piquito, anda, que nos está mirando—quise correr un tupido velo—Dame otro y otro, aunque te los tenga que pagar aparte.

Vamos dosificando, preciosa, y no es por cobrar. Yo a ti te daba mil besos, pero debemos guardar una distancia de seguridad, por los dos...

Eso no lo he entendido, me lo vas a tener que explicar mejor—me eché muerta de risa en sus brazos y procuré volverme a olvidar de la cruda realidad. En aquella época me era muy fácil pasar de la risa al llanto.

Un rato después, nos pidieron que guardáramos silencio porque Pablo iba a anunciar la colaboración pactada. Subió a la tarima y comenzó a hablar. Derrochaba carisma mientras todos los ojos estaban puestos en él y, entre ellos, los de aquellas hienas que seguían al acecho.

Queridos amigos, clientes, colaboradores... Gracias a todos por vuestra inestimable presencia. Como sabéis, para mí hoy es un día grande. Por fin se sella una alianza con un grupo al que admiro y que, después de arduas negociaciones, tengo de mi parte. No ha sido fácil que diéramos pasos en la misma dirección, pero ya puedo presumir de que hablamos el mismo idioma, en lo que a la línea periodística se refiere. Eso sí, nada de esto hubiera sido posible sin la intervención de aquel al que considero mi mentor, mi padre y fundador de nuestro periódico, y a otras personas que han sido mi mano derecha en estos años, entre las que quiero destacar a Abril

Echevarría. Pido un fuerte aplauso también para ellos”.

¡Condenado! ¿Es que no había tenido suficiente con jugar a la pelota con mi corazón que ahora también tenía que seguir tocándome la fibra sensible? No se enteraba, Pablo no se enteraba y yo iba a tener que sacar los carros de combate. Que se fastidiara, él lo estaba pidiendo a gritos.

Bordado, has bordado el discursito—di unas palmadas cuando bajó y llegó hasta nuestra altura.

Abril, he sido sincero. Yo no quiero molestarte, solo que...

¿Delante de mi novio y vas a seguir? Mira que te saco un ojo con un sacacorchos como no me dejes disfrutar de la noche.

Chitón, no abro más el pico en lo que queda de velada.

Más te vale—asentí con la cabeza.

Abril, ¿no te estás pasando un poquito? —me reprochó Enzo. Igual muy fina no había estado...

El resto de la noche lo veo como flases, porque las copas comenzaron a hacer mella en mí. Enzo decidió tomar solo una y es que creo que entendió que iba a tener que hacerme de guardaespaldas.

Bailar, bailamos hasta que los pies no nos sostenían, de reír también nos dolía la mandíbula... Y es que yo procuré que la procesión fuera por dentro y hacer caso omiso de las provocaciones de una María que no paraba de atacar a Pablo, para lo que prácticamente estaba teniendo que dar zarpazos al resto de sus secuaces.

No obstante, mirara en el momento que lo hiciera, los ojos de Pablo no se apartaban de donde estuviéramos Enzo y yo, que le dedicábamos unos inofensivos piquitos que debía recibir como dardos envenados a juzgar por su gesto.

Recuerdo la cara de mi ex suegri mirándome con asco, la de felicidad de Aitana bailando con Julio, la de ira de Claudia cuando a su marido se le cayó la copa encima de su vestido, la de Andrea, la recepcionista, ilusionada porque nos dio la noticia de que para su chica y ella sonaban campanas de boda... Y, cómo no, la de decepción de Pablo, viendo cómo su mundo y el mío se distanciaban a kilómetros por segundo.

¿Lo último que recuerdo? Que la cagué, pero ¿no la habéis cagado alguna vez de tal forma que sabéis que es “la madre de todas las cagadas”? Pues así lo hice yo y por la mañana quise morirme de la vergüenza. Y es que me pasó como a Dinio, vamos que la noche me confundió y, cuando Enzo y yo salimos de la fiesta, le besé en el coche, lejos de todas las miradas y, por tanto, fuera de contrato.

Ya lo estaréis imaginando. Él era realmente encantador y en modo alguno me rechazó de mala manera, pero echó el freno, y creo que fue lo más bochornoso que me ha pasado en la vida. ¿Lo peor? Que me pareció sincero cuando me confesó que por él me hubiera besado durante horas, pero que había visto mi cara mirando a Pablo y que sabía que solo me serviría de segundo plato.

Capítulo 11



¡No me podía sentir más patética! Así amanecí un sábado que a mi hermana parecía que le hubiera tocado la lotería mientras que mi cara indicaba que me había pasado un búfalo hiperactivo por encima.

¿Me pones una vía y me inyectas café hasta que me explote? —extendí el brazo a eso de las doce de la mañana.

¿No fue muy bien anoche?

Le conté *grosso modo* y ella llegó a la misma conclusión que yo: que más me valía que me pusiera a estudiar lenguas muertas, que me apuntara a un coro de canto gregoriano o que me subiera a una carreta, y no para ir al Rocío, sino de las de los Amish, antes de seguir por el camino que iba.

Venga, que yo podía, que en peores plazas había toreado, aunque no recordara cuándo y que iba a llamar al macizo de Enzo para pedirle unas disculpas como un castillo, porque él lo valía, como el anuncio de L'Oréal.

Pero no, para mi sorpresa, aquel amorcete debía tener una cámara oculta en casa de Daniela

porque se adelantó a mis pasos y me envió un mensaje.

“¿Te gustaría que nos fuéramos a almorzar por ahí? No recuerdo absolutamente nada de lo que pasó anoche, ni te preocupes”.

No tardé en contestarle.

“Me gustaría y no creo ni media palabra de lo que dices, pero en mi defensa diré que llevaba demasiadas copas”.

Ante semejante panorama, solo me quedaba ponerme mona. No esperaba ese movimiento de Enzo, pero estaba claro que si buscabas la palabra “perfección” en la Wikipedia tenía que venir su cara. Ya lo comprobaría en otro momento.

Ve con él y no lo pienses más, tonti. Tampoco has matado a nadie ni se ha acabado el mundo. Mira, al chaval le ha faltado el tiempo para invitarte a almorzar.

Yo creo que es porque sabe que estoy hoy por hacer puéting sin cuerda y sin nada—concluí.

No eres más boba porque no entrenas. A ti lo que te pasa es que estás pasando un duelo emocional como una catedral de grande por tu traumática separación, no hay más.

¡Ay mi hermanita, que es mi terapeuta! —le di un abrazo de no te menees—¿Viste anoche a Bruno?

Sí, al final se vino aquí un rato y estuvimos charlando. Mira, también cayeron unos

cuantos chupitos de licor de chocolate. Ya puedes quitarte el remordimiento de conciencia, también nosotros empinamos el codo.

Sí, yo creo que debió ser lo mismo. No me acuerdo ni de cómo llegué a la cama.

Pues se acabó lo de estar hecha un ovillo. Sube a ducharte, que yo también salgo en un rato.

¿Y eso? —me picó tela la curiosidad.

Me voy con Bruno a la playa.

¿Los frikis también van a la playa? —sí que me estaba volviendo un poco bicho.

Advertida quedas. Voy a poner un bote en la encimera. Cada vez que le digas friki, echas cinco euros. Me veo con la hipoteca pagada todos los meses.

¡Joder! Me voy a tener que poner una cremallera en los labios.

¿En cuáles? —donde las dan las toman y esta vez había atacado ella.

Me puse un vestido de punto monísimo, sin mangas y con vuelo, con unas zapatillas de esparto, y me recogí el moño. Un poco de maquillaje suave y como me había tomado otra pastilla de esas que había que llevar rodando hasta la mesa, ya me encontraba mejor.

Un rato después, Daniela y yo salíamos a la par por la puerta. Si me hubieran dicho un mes antes que mi hermana se iría con el friki del barrio rumbo a pasar un día idílico mientras que a mí me tocaba disculparme con mi novio de alquiler por pretender abusar de él en plena borrachera,

hubiera dicho que al guionista se le había ido demasiado la pelota.

Con las manos puestas en la cara, una gorra y las gafas de sol a lo Kim Kardashian para que no me reconociera ni la madre que me trajo al mundo, así salí. Y es que me costaba hasta mirar a Enzo a la cara. Y entonces, ¿por qué acepté su invitación? Pues muy sencillo: porque el día estaba sensacional, porque no se me ocurría mejor compañía y porque, como no cogiera el toro por los cuernos pronto, iba a tener que dar por finiquitado el contrato y de eso nanai, que yo tenía un objetivo por conseguir, que no era otro que seguir martirizando a Pablo.

¿Eres Abril? —bromeó Enzo apartándome un poco las gafas.

Puede ser—reí.

No me seas tontorróna, anda—me dio un abracito.

Este sí es tuyo, ¿verdad? —me referí al coche, que era una auténtica monería de Mini Cabriolet personalizado con detalles italianos.

Sí, lo encargué así por aquello de hacerle un guiño a mi madre, ya sabes.

Tiene que ser una gran mujer, tiene un hijo excepcional—le di otro abracito yo.

Gracias, no creo que sea ese el mayor de sus logros, pero sí que es estupenda. Para mí es un referente, la adoro.

Yo también a la mía, aunque no sabes la que me está dando últimamente con lo de mi ruptura.

Vamos, que no está muy contenta con Pablo, ¿no?

Madre mía, como se lo encuentre por algún lado no va a tener calle para correr, le va a decir de todo menos bonito.

Normal, le tocaría aguantar el chaparrón.

¿El chaparrón? El diluvio universal, le iba a caer a ese.

Y sí, es que no me quiero repetir más que un disco rayado, pero mi madre seguía en su papel de Juana de Arco llamándome varias veces diarias. ¡Qué cruz! Que yo se lo agradecía a la mujer, pero que necesitaba volver a la normalidad y que no me estuviera recordando lo sucedido cada hora, ¡tocaba pasar página!

¿Puedo preguntarte una cosa? —había timidez en mis palabras.

Claro, guapa—noté decisión en las suyas.

¿Por qué llamarme hoy? No tenías que trabajar hasta la semana que viene. Le escuché decir a Pablo que este sábado no salía por lo de la fiesta de ayer. Ahora tienes un montón de días libres para pasarlos con quien te dé la gana.

Y eso estoy haciendo—no vaciló en su respuesta.

Ya, pero yo solo soy una clienta...

Dirás lo que te dé la gana, pero necesitas un cañonazo de autoestima. No eres solo una clienta. Deseo que seas mi amiga. Al margen del contrato que nos liga, podemos vernos y hacer cosas que se salgan del guion, ¿quién nos lo prohíbe?

Supongo que nadie—murmuré.

Huy, huy, huy, ¡qué poco me gusta ese tono! Grítalo fuerte, que se entere todo el mundo.

¿Estás loco? —me reí con ganas.

Loco por beberme la vida a sorbos y tú deberías hacer lo mismo. No podemos dejar que los demás condicionen nuestra felicidad. ¿No te parece?

Lo que me parece es que tú eres muy completo, ¿no serás coach o algo parecido?

No, no. Ya me gustaría, pero mucho me temo que no. Solo me considero un enamorado de la vida. Me miro por las mañanas al espejo y me gusta lo que veo.

Normal, normal—me eché a reír.

¡No, mujer! Me refiero a mi actitud, la alegría reflejada, la decisión, solo a eso.

Ya, ya, porque eres muy feo, el resto no creo que te guste—bromeé.

No es eso, aunque me halagan tus palabras. También eres preciosa, por dentro y por fuera—me dio un pellizquito cariñoso y el rojo del tomate substituyó a la tonalidad habitual de mis mejillas.

Te agradezco mucho todo lo que estás haciendo por mí. No estoy pasando por mi mejor momento.

¿En serio? No me había dado cuenta.

Tú tienes tela, eres un guasón de tomo y lomo.

Más de lomo. Me gusta la carne—soltó sin pensar y me dio la risa.

Imagino...

¡Malpensada! Quiero decir que soy más de carne que de pescado, no quería ir más allá.

¡Vale, vale! Y yo no he dicho nada más—la risa de nuevo en mis labios.

Ni falta que hace, lo ha dicho tu mirada. ¡Tienes la mente sucia! —bromeó.

¿Mi mirada? Debes tener rayos x, porque para ver a través de estas gafas...

Es verdad, no me gustan, quítatelas.

¿No te gustan mis gafas XXL de colección? Mira que valen una pasta...

Pues no me gustan nada, porque no me permiten ver tus ojos. Me gusta mirar a la gente cara a cara sin obstáculos de por medio.

Me has convencido, gafas al bolso. Hoy las reglas las pones tú, que para eso yo he metido la pata—miré al suelo del coche.

Eh, ¿a qué viene esa actitud derrotista? No has hecho nada...

¿Dónde vamos? —traté de evitar lo inevitable, había que hablarlo.

Vamos al pantano, ¿lo ves bien? —propuso con ánimo.

¿Bromeas? ¡Me encanta ese sitio! Además, soy muy previsora y llevo bikini debajo, por si acaso.

¡Fantástico entonces!

En unos minutos bajamos del coche y la escena no podía ser más bucólica. Nos pusimos a la sombra, al borde de una de aquellas preciosas lagunas naturales que se formaban, y Enzo sacó un delicioso picnic.

Rebobinemos, la noche anterior fantaseé con estar con él en La Toscana. Bueno, eso fue antes de las copas, porque después se me fue la olla y parece ser que lo que menos me importaba era el sitio, siempre que aquel maromo sacara su lado más salvaje y me diera mandanga de la buena. ¡No volvía a beber más, había caído muy bajo! Pues eso, que fantaseé con estar con él en un paraje italiano y me iba a conformar con uno a cinco kilómetros de casa, pero también idílico.

Te prometo que me cuesta hasta mirarte a la cara—me sinceré.

No te flageles, no tuvo importancia.

¿Eso te parece? Madre mía, si no me paras a tiempo, te violo.

Cielos, eso sí que es grave, hubieras abusado de mi inocencia—puso cara angelical

provocando mi risa.

Ahora en serio, te debo una disculpa. Yo no suelo ser así.

Lo sé perfectamente. Eres la persona que tengo delante ahora mismo, divertida, ingeniosa, con el punto justo de locura... eres ideal, Abril.

Gracias, vas a sonrojarme otra vez. Es que no sé lo que me pasó anoche.

¿Me permites que te lo diga yo?

¿Me vas a psicoanalizar? —me eché para atrás.

Un poco, pero en plan mediocre—le restó importancia.

Pues dale y si salgo corriendo ha sido estupendo conocerte—me asustaba un poco, supongo que sería normal.

Te pasó que tú estás disfrutando al darle a Pablo su merecida ración de celos, pero aun así el despecho puede contigo; te pasó que tú lo quieres bien lejos, pero cuando otras se le echan encima te sale la bestia que todos llevamos dentro; te pasó que te desinhibiste con el alcohol y pensaste que tú también podías darte el lote con alguien, lo mismo que hizo él en tu ausencia y que...

¡No sigas que me voy a ahorcar en un pino, anda!

¿No tengo razón?

Un poquito a lo mejor—me hacía reír Enzo. Pero que toda la culpa no es mía, tú también tuviste una parte...

¿Yo? Eso sí que me deja fuera de juego.

¿Tú crees que es normal estar tan bueno? —llevaba unas bermudas con unas deportivas y una camiseta blanca cuyas mangas parecían que iban a explotar provocando de nuevo mis sofocos, ¡ni que estuviera menopáusica!

Por toda respuesta, sus carcajadas se debieron escuchar en varios kilómetros a la redonda.

Abril, ahora me voy a sincerar yo. Mujeres como tú se encuentran una entre un millón. De haberte conocido en otras circunstancias, no te quepa duda de que me hubiera lanzado a por ti cuesta abajo y sin frenos, pero sé lo que hay. Yo puedo atraerte, pero tu corazón ahora mismo sigue ocupado por Pablo. Si algún día cambian las tornas, dímelo. Pero mientras, mantengamos los dos la distancia de seguridad, por ti, pero también por mí. ¿Me entiendes?

Al cien por cien—me acababa de quitar un peso de encima. Era un tío excepcional.

Pues dicho esto, poco más hay que añadir. Hoy me apetecía que nos viéramos sin contrato de por medio y disfrutáramos como dos amigos.

¡Sería panoli! ¿Por qué no podría una mandar en los asuntos del corazón? Enzo me estaba demostrando que, por encima de lo frívola que a priori me pudiera resultar su profesión, tenía un corazón sensible con un envoltorio para que le saliera un club de fans. Encima era divertido, educado, correcto, sensible y caballeroso. ¡Y yo pensando en mi ponecuernos particular! Para matarme.

Analicemos rápidamente la situación. Siendo sincera, Pablo también había tenido todas esas cualidades durante los años que habíamos compartido. Si los ponía en la balanza, tenía un millón de recuerdos buenos con él y solo uno malo, el de la nocecita de marras que en maldita hora llegué a casa, pero ese echaba por tierra todos los demás. Yo lo tenía decidido. Mi corazón estaba cerrado a cal y canto para él y Enzo era el vivo ejemplo de que había vida después de Pablo. Solo que, para vivirla, tendría que hacer que mi corazón sanara.

Por suerte, un rato después de estar allí, me había olvidado del incidente de la noche anterior y ambos estábamos riendo a mandíbula batiente.

¿Nos bañamos? —me preguntó en un momento dado.

¡Volando! —me saqué el vestido y salí corriendo para el agua.

Enzo se quitó la camiseta y, ¡madre del amor hermoso! ¿Nunca habéis visto un lebrillo de lavar de esos de los antiguos? Pues eso era el abdomen de Enzo, ¡qué bien puesto lo tenía todo! Me entró la risa y él ya sabía por dónde iban los tiros, ¡ni que fuera tonto!

¡Esto sí que debería estar prohibido por contrato! Te lo digo desde ya...—advertí con gracia.

¿Qué dices, locuela?

Que así eres una provocación andante y lo sabes. Luego te pasa lo que te pasa y la culpa es mía.

Déjate de culpas y vive cada día como si fuera el último—me sonrió.

Si fuera el último, no te digo yo que no tuviéramos que aprovechar los atributos que la naturaleza te ha dado—y que, por cierto, comenzaban a dejarse notar a través de su bañador conforme se iba acercando a mí.

A mí solo, sí, que tú eres una feucha del montón, anda, anda, que si no fuera por lo que es—rio...

Maravilloso. Enzo me dio ese día justo lo que necesitaba y que no era carne en barra, por mucho que así lo hubiera yo podido pensar la noche anterior. Me dio unas horas de diversión en las que conseguí desconectar y olvidarme que me sentía de lo más desdichada, pero desdichada de esas de que empezaría a llorar hoy y no acabaría hasta pasado mañana, pese a mi golpe de chica dura.

Llegué a casa y escuché las risas de mi hermana procedentes del jardín de Bruno. No quise cortarles su momento, pues allí lo mismo florecía la semillita del amor. Todavía sentía la paliza de las copas de la noche anterior en el cuerpo, así que no sé si me abrazó Morfeo o si lo abracé yo a él, pero debí caer en estado catatónico en la cama.

Capítulo 12



“Esperarte bajar, siempre tarde es igual, porque al verte me muero” —canturreé por Dani Martín para tirarle de la lengua un poquillo a mi hermana.

Te has levantado contenta, Abril—sostenía la taza de café entre sus manos.

Ni la mitad de lo que te escuché a ti anoche al llegar.

¿Nos escuchaste? ¿Por qué no te acercaste entonces?

¿Para aguantar la vela? Quita, quita, que se os notaba muy *“in love”*, no pintaba yo nada ahí en medio.

Mujer, solo somos amigos, aunque es verdad que parece que entre nosotros está surgiendo una sintonía muy bonita.

¿Una sintonía? Dirás que va pegando un polvo ya, ¿no?

So bruta, si todavía no nos hemos dado ni un beso.

¿Y se puede saber a qué estáis esperando? ¿Necesitáis un permiso del ayuntamiento o qué? Te digo yo que una de las dos es adoptada, a mí me corre demasiado la sangre en las venas y la tuya...

Pues si quieres se lo preguntamos luego a mamá, porque nos ha llamado para que vayamos a comer.

Te lo iba a decir, que había que coger fuerzas y tirar para allá—reí.

No seas mala anda, que sabes que nos quiere con locura.

Cogí la muleta de torear y nos encaminamos a casa de mis padres, que estaban preparando en el jardín una paella que no se la saltaba un galgo. Fui esquivando a mi santa madre como pude y fingí estar de lo más restablecida, a ver si así se quedaba un poco más contenta la mujer.

Por la tarde volvimos a casa mi hermana y yo, contándonos por el camino anécdotas del día anterior y al llegar Bruno que nos saludó desde su jardín.

¿Te apetece pasar a tomar un café con nosotras? —le faltó el tiempo para preguntarle a Daniela.

Enseguida estoy allí—Bruno también se lo tuvo que pensar mucho.

Y sí, sí, no mintió. El muy friki de él se unió a nosotras en cuestión de unos cinco segundos y lo mejor es que llegó con una bandeja de dulces que ya tenía preparada al efecto.

Para mi regocijo, comprobé que sí, que algo debía tener el friki en lo más oculto de su ser, porque

mi hermana lucía esa risa tonta de cuando sabes que vas derechita a la cola de las enamoradas, pues la misma. Y a él... A él se le caía todo con ella. Visto estaba, al final iba a ser yo la que se quedara para vestir santos.

Venga, voy a ser justa. Creo que me pasé tres pueblos juzgando al chaval por lo de su manifiesta frikada. Que sí, que friki era hasta la médula, pero que también parecía ser súper buena gente y que mi hermana tenía un puntito casero que hacía juego con él. ¿Juego he dicho? De eso debía tener mi futuro cuñado una pila que llegara al techo, pero que los disfrutaran.

Te voy a decir una cosa—me puse muy seria cuando nos quedamos solas, ya después de la cena. Sí, sí, todo ese tiempo se quedó...

Suéltalo porque lo estás deseando. Sabes que lo has juzgado demasiado a la ligera y te sientes mal, bicho.

De eso nada, sigo pensando que es el mejor ejemplar de friki que tenemos en la ciudad, pero creo que es guay para ti, hermanita.

¿Sí? A mí me está gustando mucho—puso ojillos de enamorada.

No, qué va, ni se te nota ni nada...

Ya, no puedo remediarlo.

Pues tírate a la piscina, pero advertida estás, como me deis un sobrino friki, pienso pleitear por su custodia...

Animal, que eres un animal—por poco me tira un plato en la cabeza.

Suerte que no, porque ya tenía ahí al ladito el lunes y debía llegar impecable a la redacción...

¿He dicho impecable? Pues así fue porque el lunes no sabía qué ponerme para ir a trabajar y me puse contenta. Vale, vale, no me abucheéis, todavía no estaba para dar saltos de alegría, pero lo aparentaba y caminaba por la buena senda, pasito a pasito...

Llegué y entoné el “señor dame paciencia” porque en el mismo parking me encontré a Pablo. ¿Casualidad? Y yo me había caído de un guindo, ese me estaba esperando.

Buenos días nos dé Dios, Don Pablo—estrenando ironía mañanera.

Abril, tengo que darte una buena noticia.

¿Te mudas de planeta? Ole, no lo esperaba. Me alegro.

¿Podremos enterrar algún día el hacha de guerra, por favor?

Sí, sí, cuando las ranas bailen por bulerías, más o menos por esa fecha.

Necesito hablar contigo, ¿podemos tomarnos un café?

Huy, huy, huy, que yo te estoy acostumbrando muy bien, espérate que hace unos días que no te chillo y te estás embalando. ¡Te la lío en tres, dos, uno...!

Abril, ¡es un tema de trabajo!

¿Pero ahora me he hecho yo socia tuya o algo? Soy una empleada como otra cualquiera, ¿por qué no llamas a María? Ya verás cómo se le caen las bragas por complacerte. E igual tú hasta le haces un apaño antes de que se las suba—le guiñé el ojo.

Yo también era masoca. Luego me sentaba fatal cuando esa arpía se acercaba. Pero es que no perdía oportunidad de ponerlo a parir, era superior a mí.

Por favor, si me acompañas a cafetería y me escuchas, prometo no darte la lata más en toda la semana.

Lo quiero por escrito.

¿Cómo? —a cuadros lo dejé.

Lo que escuchas, que me lo pases por escrito y me lo pienso.

Venga, acompáñame y te lo firmo en una servilleta si quieres—rio y ya me iba contagiando, ¡desgraciado!

Mis uñas tamborileando, mis piernas con el baile de San Vito y yo creo que hasta un tic nervioso me estaba entrando en la cara....

Firma—le puse la servilleta por delante.

Eres un caso, has hecho conmigo siempre lo que has querido.

Sí, hombre. ¿No ves que te dije yo que te pusieras las botas mientras estaba en

Londres?

Espero poder algún día contarte cómo pasó aquello...

¿Darme detalles? Deja, deja, que no tengo ninguna perversión rara, bastante con lo que vi.

No, decirte cómo llegué a aquella situación.

Cachondo, llegaste cachondo y dime lo que sea del trabajo porque me están entrando más ganas de gritar por momentos.

Tranquila, por Dios. Necesito pedirte un favor.

Claro, en eso estaba yo pensando. Te lo iba a preguntar esta mañana antes de venir, por si precisabas algo, pero al final se me ha ido, ¡más despistada yo!

Abril, yo siempre me he apoyado mucho en ti...

Y en otras y en otras, pero con dos eles, no con y griega...

No me das cuartelillo, no puedo ni hablar.

Al lío Pablo, que nos conocemos.

La semana que viene tengo que ir a Bruselas, por lo de la fusión con nuestros nuevos socios.

¡Por fin una buena noticia! Hasta luego Lucas...

No puedo ir solo, Abril.

Pues cómprate un perro o mejor, llévate a tu madre, que te sale gratis, ella vuela en escoba.

Abril, por favor. Necesito que vengáis María y tú. Tú porque siempre has sido mi mano derecha y conoces los entresijos de la redacción como nadie y María porque preciso una secretaria.

¿Estás de coña? Me da a mí que te da morbillo eso de montártelo en plan trío con las dos y por eso lo estás orquestando así, pues te vas a comer un mojón.

Abril, no seas cría. Estamos en un momento de expansión total. Podemos ganar mucho dinero con esto. He hecho unos cálculos y en los próximos meses, con los pasos adecuados, el periódico podría experimentar un crecimiento exponencial, ¿te enseño números?

Dale y rapidito, antes de que me arrepienta.

Anonada me has dejado, lo reconozco. Se ve que lo tienes todo controlado—seguía mirando sus documentos.

Bastante, pero no todo el mérito es mío, tengo muy buenos asesores financieros.

No, si a ti las labores en conjunto te encantan, rematas unas faenas que ni Nacho Vidal.

Abril, céntrate ahora en esto, por favor. Créeme que te necesito, no te estaría dando la brasa si no fuera así, palabra de honor. ¿Me ayudarás? —imploraba con el gesto.

Quita esa cara de pena, anda, que yo ya no funciono así contigo. ¿De cuántos días es el viaje?

Tres, de lunes a jueves por la mañana. ¿Vendrás?

Está bien, iré, pero...

Venga, dale que lo estás deseando.

Con dos condiciones. Una subida de sueldo desde hoy y que nos acompañe mi novio con todos los gastos pagados.

¿Tu novio? Con todos los respetos, Abril, ¿qué se le ha perdido a él allí?

A él a lo mejor nada, pero yo no lo dejo aquí. ¿Sabes lo que pasa? Que alguien me enseñó que, cuando una se va fuera a trabajar, cualquier lagarta te descuida a tu chico. Hombre que es cierto que para eso tu chico tiene que ser un elemento de cuidado, pero que no me vuelvo a arriesgar.

¿Podemos negociar algo de esto?

Vale, lo negociamos. A mi vuelta quiero también unos días de vacaciones, por las molestias...

Ya me callo o al final me vas a sacar hasta las cerillas de los oídos. Joder, te van a tener que llevar a ti a negociar la próxima cumbre Iberoamericana, guapa.

¿Qué es eso de guapa? Cuidadito que estos son negocios... Y ya sabes, ni me dirijas la palabra en toda la semana.

Ok—se fue riendo y negando...

Capítulo 13



Tienes más suerte que un quebrado—me decía Aitana el martes por la mañana, todavía dándole vueltas a lo de mi viaje a Bruselas.

Verdad, verdad, lo que no sé es cómo no estoy dando botes, ¡más tonta yo!

Mujer, así cambias de aires, no es lo mismo estar aquí en la oficina...

Bonita, pero es que yo para cambiar de aires me voy a la sierra y no necesito subir en un avión tóxico con mi encantador ex y con la cautivadora María, más monos ellos...

Bueno, también vas con Enzo, ¿qué te ha dicho él?

Ese se apunta a un bombardeo, de veras que da gusto.

Y está como un queso, a ver si al final entre tú y él...

No tengo el chichi para farolillos, la verdad...

Bueno, poco a poco—ella sí estaba radiante.

Aitana era otra desde que Julio había aparecido en su vida. Ahora venía a trabajar de lo más cuqui y contaba los minutos para ir a cafetería, pues él nos acompañaba.

¿Crees que me dirá algo para este fin de semana?

No solo lo creo, sino que te apuesto lo que quieras...

Jo, ¡ojalá! A ver, te quiero ya creyendo en tus posibilidades o te arreo un coscorrón que te desentorto, ¿o no viste cómo te miraba en la fiesta?

Eso es verdad y anoche me envió un WhatsApp de dulces sueños

Ains, ¡qué rico! Pierde el culo por ti, no lo dudes, mi niña—se llevó un abracito gratis.

El miércoles se presentó algo más movidito, lo cual era bueno porque si no la mente se atrofia y eso es algo que yo no podía permitirme. Pablo estaba cumpliendo a rajatabla su promesa de no hablarme, aunque no perdía ocasión de mirarme. Al final me iba a gastar, pero no podía reprochárselo, pues de las miradas no habíamos firmado nada. Eso sí, que él se estuviera comportando era cosa suya, yo iba por libre. Y ya le tocaba su ración de recordatorio de lo cabrito que había sido, vamos que al mediodía le ponía yo el estómago como un acordeón. Para eso vendría Enzo.

¡Amor! —corrí hacia mi chico postizo que estaba en la sala de espera en cuanto vi salir a Pablo.

¡Mi niña! Más bonita cada día—me cogió en volandas. De anuncio, nos quedó de anuncio, lástima que nadie lo grabara.

Voy a matizar. No lo habrían grabado en los móviles, pero Pablo lo acababa de grabar en sus retinas, por la cara que había puesto. Procesé con rapidez. El pacto es que no me buscaba las vueltas durante toda la semana él a mí, pero al contrario no. Tenía que acercarme. Que no se dijera que no sabía yo sacarle el jugo a mis momentos.

Pablo, Enzo quiere darte las gracias por lo del viaje a Bruselas—el semblante se le cambió.

No hace falta, hombre. Me lo pidió Abril, que negocia muy bien.

Ya, ya, pero eso dice mucho de ti también. ¿Sin rencores? Me gustaría que fuéramos amigos—le extendió Enzo la mano y Pablo se la estrechó por cortesía.

Sin rencores, claro—el rostro pálido.

Jefe, yo de ti me iba a que me diera el sol un poquito o algo, que te veo muy mal color. Mi novio y yo es lo que vamos a hacer ahora mismo, ir a almorzar y después dar una vueltecita cogidos de la mano.

Un plan sensacional—apretó los dientes y se despidió.

¡Y ahora que lo fuera gestionando! Nuevo zasca y la tarde libre.

Te iba a decir que te acerco a casa de tu hermana, pero si te apetece te invito a almorzar y damos luego ese paseo, pero no cogidos de la mano—rio Enzo.

No puedo rechazar una oferta así, amigo.

Fuimos a un japonés a almorzar y allí Enzo me pasó un cuestionario.

¿Estás segura de que quieres que os acompañe a Bruselas?

¿No te apetece? —me interesé.

Por supuesto que sí. Un viaje con todos los gastos pagados y una compañía excelente no es para rechazarlo, pero igual al final te incomoda mi presencia tanto tiempo, estando Pablo también allí.

Mira, te voy a decir una cosa, no me dieran a mí más tormento que tenerme que comer tres días con esos dos y sola.

Pero, no hay nada entre ellos, ¿o sí?

No, no, a Pablo no le ha gustado nunca María. Pero si por ella hubiera sido le hubiera hincado el diente hace tiempo.

Entiendo, pues sí tú lo tienes claro, yo me pongo a hacer la maleta, no hay nada más que decir.

Me estás ayudando mucho, no sé cómo agradecértelo—le sonreí con sinceridad.

Ya ves, yo estoy que no puedo más. Trabajo un día de cada varios al lado de una auténtica monería y cobro una suculenta cantidad de dinero por ello, ¿cómo lo ves?

Pues, visto así, que eres un pobre mártir—reí con ganas y él conmigo.

Después del almuerzo dimos un largo paseo y nos sentamos en una terraza, donde rivalizamos a ver quién era capaz de comerse el helado más grande y gané yo.

En mi vida hubiera pensado que te cabía ese pedazo de...—tuvo que frotarse los ojos cuando vio que dejé limpia esa enorme tarrina.

Espero que te refieras al helado porque si no, me parece una conversación muy íntima para tenerla aquí, en plena calle y a la luz del día—me tronché de risa y él más.

¡Eres la monda!

Sí, la monda lironda, por eso me ha ido tan bien, ¿no lo ves?

¡Stop! Eso ha sido porque a tu ex se le nubló el sentido, supongo que tiene que estar lamentándolo a todas las horas del día.

Pues lo disimula muy bien.

No, no, no te cueles, que yo tengo ojos en la cara. Se le van los suyos detrás de ti y a mí, si pudiera, me fundía como a las campanas y lo sabes.

Bueno, un poco sí que te tiene atravesado, me da la impresión.

¿Un poco? Cualquier día me pone dos sicarios.

No, no es violento, no te preocupes. Ese es un viva la virgen, pero nada más.

Pues yo creo que ha sido más tonto que Abundio, de corazón te lo digo.

Ya, él verá. Igual le compensó.

¿Le compensó un polvo a cambio de perder a la mujer de su vida? Vamos hombre, no me jodas.

Y ni eso, que no llegó a consumar, llegué de lo más oportuna—me encogí de hombros y me eché a reír.

Al final de la tarde me dejó Enzo en casa de Daniela. De nuevo había pasado unas horas geniales y es que es cierto que, en situaciones de crisis, aparecen personas en tu vida que merecen la pena. Y hablando de esas, mi hermana me contó durante la cena que se había besado en el paseo marítimo con Bruno.

¡Enhorabuena! —aplaudí feliz.

Estoy emocionada—ella también aplaudía.

¿Y cómo ha sido? —la dejé pensativa.

Pues un beso, ha sido un beso, no creo que tenga que explicarte yo a estas alturas.

Pero me refiero besar a un friki—sonreí esperando la que me venía encima.

Te recuerdo que el bote está cada vez más lleno. A este paso te va a salir más caro llamarle friki que pagar alquiler, advierto.

Pero si lo hago por ti, hermanita. ¡Tú ya no te acostumbrarías a estar sin mí!

Tú tienes más cara que espalda, pero algo de eso hay. Me gusta tenerte en casa.

Si es que soy un amor...

Bueno, un amor un poco incorregible, pero un amor, al fin y al cabo. Huy mira, te llama mamá... ¡Ahí la tienes!

Capítulo 14



El jueves a media mañana Aitana estaba exultante. Después de salir de la cafetería, Julio la retuvo un momento para preguntarle si le apetecería ir con él al cine el viernes por la noche.

¡Me lo ha pedido, me lo ha pedido! —saltaba y chillaba al mismo tiempo.

¡Pues claro que sí, cenutria! Si lo tienes comiendo en la palma de tu mano.

¿Tú crees? —me miraba entusiasmada.

Al ciento diez por ciento. Solo tienes que confiar en ti misma.

¿Y tú? —me sonó a pregunta trampa y activé las alarmas.

Yo, ¿qué? —sabía que venía algo profundo.

Que si crees en ti. No eres la misma desde lo que te pasó, por mucho que te pasees con ese monumento italiano del brazo.

Yo voy poco a poco, ahí, pero no es de mí de quien estamos hablando.

El jefe tampoco es el mismo, lo dice todo el mundo.

¿Sí? ¿Y qué más dicen?

Pues que María es más pesada que un choco, pero que no se va a comer nada.

¿Eso dicen? —anda que me daba una pena tremenda.

Por lo demás, el día pasó sin pena ni gloria. Me crucé un par de veces por la mañana con Pablo y me hizo un gesto de que sus labios estaban sellados. Al final lo iba a domar y todo.

El viernes ya estábamos con un pie aquí y otro en Bruselas, por lo que cumpliendo con su rol de jefe nos llamó a su despacho a María y a mí para darnos las directrices del trabajo que debíamos efectuar allí.

Ainss, si es que no la había más entregada, digo más pelotera. Asquito me daba la estampa de ver cómo la muy indeseable se rebajaba a Pablo y eso que él la escuchaba como quien escucha llover, sin darle ni la más mínima importancia.

¿Puedes quedarte un momento? —preguntó cuando ya salíamos ambas por la puerta.

Por supuesto, Pablo—corrió ella a su lado como un perrito faldero.

No, María, me refería a Abril.

Salió consternada y me quedé.

Espero que no me vayas a dar la brasa que hemos tenido la semana muy tranquila, tengo que reconocer que te has portado.

Lo prometido es deuda, bonita.

Eh, eh, sin coletillas, no te cueles que no quiero familiaridades. Además, tampoco sería correcto porque vamos a pasar varios días con mi novio y no quiero tonterías entre vosotros.

Ya, ya, justo de eso iba a hablarte. Mira, he reservado tres suites en el mejor hotel de la ciudad, dos individuales y una doble.

A ver, a ver—me hice la interesada—Hombre, jefe, ¿te has dejado caer! El hotel es alucinante y la suite, de lo más romántica. ¡Enzo se va a poner como loco!

¿Romántica? No me lo había planteado yo así, pero tienes razón, es una maravilla.

Muchas gracias, de corazón. Piensa que para mí es muy importante. Se trata de la primera vez que salimos los dos juntos de viaje y esas cosas no se olvidan. Me ilusiona mucho pensar que sea a un sitio tan bonito. ¿Tendremos bastante tiempo libre? Quiero pasear con Enzo por las calles y...

Sí, sí y cenar a la luz de las velas, que ya me conozco la cantinela, anda.

Cualquiera diría que no te alegras de mi felicidad, ¡qué malaje!

Abril, por favor, no me machaques más...

Salí del despacho y le puse un mensajito a Enzo, diciéndole que el sitio era ideal y que él podía tomarlo como un viajecito de placer en toda regla. Para mí más bien era un martirio chino, porque tres días teniendo que ver a Pablo a todas horas, no se las deseaba ni a mi peor enemigo, pero era lo que había. A cambio, le iba a dar la del pulpo emocionalmente, que para eso la había liado parda.

Y luego estaba el tema de tener que llevarnos por delante también a esa María de mis amores que me provocaba urticaria. Por último y, para más inri, había que contemplar lo de compartir suite con Enzo, que una estaba hecha añicos a nivel anímico, pero el gusto lo tenía intacto y el muchacho era una tentación, lo mirara por donde lo mirara. Por no decir lo bien dotado que debía estar, que eso lo vislumbré el día que nos dimos el chapuzón juntos. Que, bueno, yo de eso tampoco tenía quejas, que Pablo no es que tuviera precisamente un lápiz de Ikea entre las piernas, ¡menuda herramienta calzaba también!

Aitana estuvo como un manojito de nervios toda la mañana por su cita con Julio de esa noche y no paraba de pedirme consejo. Yo le decía que con ser ella misma iba a triunfar como la Coca Cola, que no le hacía falta ninguna estrategia.

Vale, voy a estrenar ropita de la que me trajo mi padre de New York, no veo la hora.

Tú eres una monada y lo vas a dejar sentado de culo te pongas lo que te pongas.

¿Sí? Es que él es otra monada.... —decía ella embobada.

Y sí, ambos lo eran. Mi entorno se estaba convirtiendo en un mar de romances en el que yo era la única que nadaba contra corriente. Eso sí, cara al mundo estaba que no cagaba con mi pichoncito italiano quien, al mediodía y, para darle la bienvenida al finde, me esperaba en la sala de espera, como habíamos acordado.

Pablo nos miró y apretó el paso. Esquivó toda posibilidad de un encuentro que, a todas luces, le resultaba de lo más incómodo. A mí me daba exactamente igual, la semana siguiente lo iba a tener tres días sudando tinta mientras yo alardeaba de amor por la capital de Bélgica.

Enzo me dejó en casa con Daniela y ambas nos fuimos de compras esa tarde. Me apetecía llevarme ropa nueva de viaje y aprovechar esas horas para que mi hermana me contara cómo iba lo suyo con Bruno. Él la había invitado a salir a cenar así que otra que tenía plan para el viernes noche.

Yo pensé en quedarme en casa y darme un buen homenaje: música agradable, baño con velas y una copa. Al día siguiente saldría con Enzo para apretarle un poquito más las tuercas a Pablo, de modo que tenía que coger fuerzas.

El sábado al mediodía mi hermana y yo fuimos a almorzar a casa de mis padres. Huelga decir que a mi madre le tuvimos que administrar un Valium cuando le comenté que me iba con Pablo y con María a Bruselas y eso que ella no sabía nada de la existencia de Enzo, pues de otro modo me hubiera castigado en el rincón de pensar.

Por la noche, ya estaba yo para pasar modelos con aquel vestido rosa pastel, que parecía que me habían hecho a medida, mis ondas en el pelo y mis adorados zapatos de salón de tacón de aguja.

Enzo me esperaba en la puerta, sonriente y con ganas de marcha, haciendo rugir el motor del coche. La noche era joven y así se lo demostramos a Pablo, que negó cuando nos vio aparecer por el club náutico.

Besé a los chicos y a él le hice un gesto con la manita, mientras Enzo me llevaba amorosamente por la cintura.

Aquí hemos venido a relajarnos un poco—les comenté—Ya os habrá dicho Pablo

que nos vamos todos juntos de viaje de negocios la semana que viene.

Sí, ya les estaba comentado—su gesto enfadado.

Es que es mejor así porque Pablo me pidió que fuera, que ya sabéis que siempre ha sido muy dependiente de mí y yo he aceptado encantada—mi lado víbora a relucir.

Hombre, tanto como encantada, una subida de sueldo me ha costado—sus ojos en blanco, rezando porque me fuera.

Simple detalles. Yo voy feliz, ya lo ves. Eso sí, con mi chico por delante, que ahora estamos en lo mejor de lo mejor, todo el día enganchados. Ya se sabe lo ardiente de los comienzos...

Pablo resopló y me di por satisfecha por el momento. El resto de la noche fue un poco más de lo mismo. Activé el modo “si quiero, puedo” e hice que la sangre de mi ex hirviera a base de piquitos, bailes y todo un festival de achuchones con Enzo que lo tenían más negro que el carbón.

¿De veras es necesario todo esto, Abril? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —me dio el encuentro cuando salí del baño.

Nosotros en coche. Tú ni idea, pero vamos que Enzo dice que no va a beber, te puedes venir luego con nosotros, para dejarte en tu casa digo, que el resto no creo que sea plato de gusto para ti verlo. No sé si me explico.

Salió andando y otros cuantos puntos para mí. ¿Contenta? No, a vosotros no os puedo engañar, pero aplicaba eso de que mal de muchos, consuelo de tontos y, si a mí me escocía, que a él también. En lo que sí tuve tino fue en no beber demasiado esa noche, porque algo sí tengo que confesar. Por mucho que me siguiera doliendo Pablo, Enzo también como que empezaba a tirarme bastante.

Tranquilos, que el ridículo que había hecho la semana anterior no estaba dispuesta a repetirlo, pero sí he de rendirme a la evidencia de que pesaba mucho el hecho de que si al muchacho le ponían un lazo, era el regalo perfecto para cualquier mujer. Por no hablar de lo de sus miradas, que cada vez eran más intensas y penetrantes.

Suerte que esa semana habíamos pasado menos tiempo juntos, pero ahora venía la prueba de fuego, tres días *face to face* compartiendo incluso cama. ¡A ver quién era la guapa que se resistía a aquello! Que vale que yo solita me había metido en la boca del lobo, sugiriendo que él viniera, pero es que su presencia suponía una bofetada sin mano para Pablo que yo no podía dejar escapar.

Lo primero que noté el domingo por la mañana fue un almohadazo en toda la jeta que me propinó mi hermana.

¡Ya es oficial! ¡Tienes cuñado! —comenzó a dar saltos sobre mi colchón.

¡Me alegro por ti, hermanita! ¿Qué más da si es fri...?

¡Te comes la almohada como termines de decirlo! Es un encanto y me ha pedido salir.

Aprovéchalo, cariño. Sabes que, si tú eres feliz, yo también.

¿Aunque sea un friki? —se echó a reír.

A ti te va la marcha, con lo que me ha costado controlarme y no decirlo y vas tú y lo cascas—Pues sí, aunque sea un friki de libro, que lo es, que lo cortés no quita lo valiente.

Puñetera eres...—ella estaba rutilante como una estrella —¿Te vienes con nosotros un ratito a la playa?

Mira, no te voy a decir que no, porque hasta por la tarde, que prepare el equipaje, no tengo nada que hacer.

El día me sirvió para comprobar que yo estaba en lo cierto cuando pensaba que mi hermana y Bruno podían ser tal para cual, la pareja ideal... Lo pasamos muy bien. Nos reímos, tomamos el sol y tomé conciencia de que la vida son ciclos y de que, de pronto, le damos cuerda a la maquinaria de las mariposas estomacales y funciona como la primera vez. ¡Mejor no pensar tanto!

De vuelta a casa preparé el equipaje y le envié a Enzo las instrucciones para que me recogiera por la mañana. ¡Bruselas nos esperaba! Me eché a dormir con la impresión de que quizás aquel viaje supusiera un punto de inflexión que me llevara no sabía muy bien a qué aeropuerto... En realidad, yo quería coger un avión rumbo a la felicidad, pero los muy ingratos de las aerolíneas no me ofrecían ninguna información al respecto.

Capítulo 15



En el aire. Ya estábamos volando rumbo a Bruselas y aquello no tenía nada que envidiarle a un culebrón venezolano. Yo tenía un objetivo claro, que no era otro que pasármelo de escándalo y hacer que el infeliz de Pablo maldijera el momento en el que se llevó a aquella mala pécora a la cama.

Te veo muy contenta, Abril—destapó la caja de los truenos María, que tenía ganas de que yo le diera a la lengua.

Hija, es que nada como las ilusiones renovadas, aunque tú ya de eso ni te acordarás, porque debe hacer un siglo que no catas varón.

¡Qué sabrás tú de eso! —se hizo la ofendida.

Poco, solo lo que se dice, se comenta y se rumorea.

¿Y se puede saber qué es exactamente?

Pues que andas un poco desesperada, pero vamos que no te culpo, si no pillas cacho,

no pillas cacho, y es normal que te termine preocupando que al final te vayan a tener que perforar lo de abajo con un cincel y un martillo, el día que se dé el caso.

¡Eres una hija de...!

Cuidadito, que estamos de viaje de negocios y hay que guardar la compostura. Si te fijas, yo a ti no te he insultado. Lo que pasa es que a veces las verdades duelen.

Las caras de los chicos eran para hacer un meme con ellas. No daban crédito a lo que escuchaban y pronto empezaban, porque les quedaba la más grande ese viaje. Yo me había propuesto que me iba a despachar a gusto y allí no iba a quedar títere con cabeza. El único que se iba a salvar era Enzo, que no tenía culpita de nada.

Chicas, yo os pediría por favor, más bien os imploraría que fumarais la pipa de la paz estos días si no queréis que me dé una angina de pecho—suplicó Pablo con sudor en la frente.

Mira, aquí tienes unos tapones para los oídos. Te los puedes poner cuando quieras. Ah no, perdona, que en cualquier momento te toca y tienes que estar atento también. Venga respira poco a poco—le indiqué.

Abril, por favor—Enzo me lanzaba miraditas para que cesara en mi empeño, pero si le hacía caso, ¿qué gracia tenía aquello?

Pablo, ¿de verdad te compensa tener en plantilla a esta con tal de no darle el finiquito? —María se había picado, pero bien.

Y tanto, guapita, digo yo que, si no te lo da a ti, que es infinitamente más barato y encima eres una inútil, por no hablar de una pelotera, fíjate si le compensa no tocar lo mío. Pero si quiere hacerlo, por mí encantada, os mandaré postales desde Hawái

todas las semanas.

Sin paracaídas, si seguís así yo me tiro del avión sin paracaídas—a Pablo no le salía la voz del cuerpo.

Venga ya, tonto, si nos lo vamos a pasar genial—le di una palmadita en el hombro.

Ya lo veo ya, en buen momento tuve esta feliz idea.

Y hablando de felicidad, amor...—me dirigí a Enzo—Qué ganitas tengo de probar ese pedazo de cama que hemos visto en Internet. ¿Me darás un masajito de esos con final...?

Abril, mujer, no cuentes aquí nuestras intimidades—contestó Enzo y a la desesperadilla de María se le salían los ojos de las órbitas.

No mires así, es que no sabes los masajes que da mi chico. No te puede dar uno porque los novios no se prestan, pero te puedo garantizar que son orgásmicos.

¿Y a mí qué? —adoptó ella un gesto de contrariedad.

Hija, yo por informarte, que como te veo muy desubicada en el mundo...

A mí ni me hables—miró para otro lado.

Pues ya me has dado el viaje, chica, qué disgusto. No sé si voy a poder soportarlo.

No lo iba a reconocer, pero un poquillo sí me jodió que no me diera opción a seguir metiéndome

con ella, así que volví a la carga con Pablo. Todavía quedaba mucho viaje por delante y estaba un poquillo estresada, que a mí los vuelos no me terminaban de gustar del todo.

Jefe, no te he preguntado por tus padres, mis queridos ex suegros, ¿qué se cuentan?

Pues nada, mujer, te mandan saludos, no empieces otra vez, por lo que más quieras...

No, no, si tampoco te voy a dar la lata. Solo era por saber de ellos. ¿Te he dicho ya que la madre de Enzo y yo somos como uña y carne? —por inventar que no quedara.

No, no me habías informado. Si quieres a partir de ahora, me pasas un parte diario...

Buena idea. Pues mira sí, es que es más cariñosa y tiene un salero... El otro día estuvimos en su casa cantando por Romina y Albano en el karaoke, nos echamos unas risas, ahí todos con el *limoncello*...

Qué bien, ¿no?

Sí, sí, en momentos así te das cuenta de lo que equivocada que vivías en todo y por todo. No sé cómo explicártelo, es como si tu vida hubiera sido un rompecabezas y de repente todas las piezas encajaran.

Abril, no sé cómo decir esto, un rompecabezas no, pero las pelotas me las estás rompiendo a base de bien, ¿no puedes callarte un poquito?

¡Qué carácter! Deberías hacértelo mirar, eso no es bueno. Vale, venga, ya me callo, pero algo tengo que hacer. Dame un piquito amor—miré a Enzo.

En resumidas cuentas, que Pablo bajó del avión que ni Chicho Terremoto. Yo me había convertido en toda una experta en tocarle los huevos y estaba dispuesta a ahondar en la materia para llegar mucho más allá. Camino al hotel, prefirió hablar con Enzo y eso que le tenía inquina, pero debió pensar que era el mal menor. ¡Qué poca paciencia demostraba ese hombre!

Fue un día raro, pero raro, raro, raro, el primero que compartía con el trío La La La. El hotel, como era de esperar, nos pareció realmente magnífico. Y es que Pablo generoso era y mucho, un crack en ese de repartir, amor incluido.

¿Cómo vas a pasar la tarde? —le pregunté a Enzo en la suite, por romper un poco el hielo. Se trataba de la primera vez que estábamos juntos en un espacio íntimo.

Pues muy mal, muy mal, estoy agobiadito con la perspectiva de una tarde libre por una ciudad que no conozco y que me atrae cantidad y con un tiempo de película, que invita a salir.

Tu vaso siempre está medio lleno y eso me encanta, ¿lo sabes?

¿Y cómo quieres que esté? Somos afortunados, ¿no te parece? A mí, más que cómo voy a pasar la tarde, me preocupa cómo voy a pasar la noche—rio mirando la cama de matrimonio.

No te preocupes por eso, si yo lo tengo todo previsto. He pedido que te echen unas sábanas ahí en el suelo, al ladito de esta maravillosa cama que voy a disfrutar entera para mí solita—reí, tumbándome en ella.

¡Eres un mal bicho! —se acercó, ¿demasiado? Sentí calor, mucho calor, debía ser que sí.

Bobo, compartiremos la cama. Vamos en el mismo barco, ¿no?

Vamos, vamos.

La tarde la pasamos Pablo, María y yo trabajando con distintos grupos de los que aprendimos bastante y en una reunión de lo más productiva. Nosotros también aportamos nuestro granito de arena o nuestra montaña, porque en ella Pablo volvió a sacar ese carisma que le caracterizaba y que yo tanto admiraba. Vamos que, dicho en otras palabras, se hizo con la reunión en un periquete, liderándola casi desde el minuto uno. Esa siempre había sido una de sus habilidades: tener una labia impresionante con la que conseguía que todos terminaran rindiéndole pleitesía. Y cuando digo todos, me meto la primera, pero por mi parte ya eso se había acabado.

Tienes un piquito de oro—le soltó sonriente María cuando salimos de la reunión e íbamos en el taxi en dirección al hotel.

¡Que corra el aire, por favor! El peloteo me da alergia y si esto sigue así, voy a pedir un plus de peligrosidad.

Pablo se echó a reír y me miró con una cara de que me comía, pero sin patatas fritas y sin nada, así cruda. La única pega es que, con la mala baba que yo me gastaba últimamente, le iba a servir de purgante.

Enzo nos esperaba en la recepción y puse mis dotes de actriz en “*on*”.

¡Amor, cuánto te he echado de menos! — me ahuequé en su pecho.

Y yo a ti también, cariñito—me hizo una caricia en la nuca con suavidad y me dio un piquito.

¡Qué romántico me parece todo! —María hacía como que le estaban dando arcadas.

¿No te encuentras bien, bonita? Yo pienso que deberías ir a acostarte, que mañana madrugamos.

¡Me dejas, imbécil! —soltó con genio.

No sé cómo tratarte, si me intereso por ti, malo y si no, peor. Yo creo que esto es acoso laboral. Igual me pido una baja al llegar.

¡Ya está bien! —soltó Pablo en un arrebato de genio, indicando que su paciencia estaba llegando al tope.

Bueno, hombre, si te vas a poner así, lo dejamos. Yo ya tengo hambre, ¿dónde nos invitas a cenar?

¿Os invito yo? Pensé que querías cenar con tu chico, en plan romántico, con velas y tal...

Eso mañana, mañana, hoy vamos a que quemes tarjeta tú, jefe.

Hacemos una paradita y os cuento. Mi corazón empezaba a dividirse a aquellas alturas del culebrón, ya que mis sentimientos no podían estar más encontrados. Cenar con Pablo me daba, así como setenta y siete patadas en la barriga, pero dejar que él lo hiciera solo con María, me daba unas ochenta y ocho, por lo cual no estaba dispuesta.

En cuanto a lo de cenar con Enzo, me apetecía mucho, porque él me atraía cada vez más. Pero entonces imperaba el poco sentido común que me quedaba y mi angelito bueno me decía que igual solo era un parche y me inclinaba hacia él porque quería marcarle un gol a Pablo y Enzo era una

opción de lo más apetecible para lograrlo.

De resultas de aquel dilema, a mí lo que me habría encantado saber era hasta qué punto lo que empezaba a sentir por Enzo sería igual en otras circunstancias y no solo por la necesidad de que un maromo acallara la voz del demonio que me decía que me lo tirara para darle a probar a Pablo de su propia medicina. Y no podía saberlo.

¿La conclusión? Me estaba volviendo majara. Porque una cosa estaba clara. Enzo me ponía, pero es que me ponía a mí y al total de la población femenina y buena parte de la masculina, pero Pablo me seguía doliendo, ¡y cómo! Vaya que, en definitiva, mi estado emocional había entrado en encefalograma plano, porque no era capaz de discernir lo real de lo irreal y lo único que necesitaba era una copa y, quien dice una copa, dice una botella, o dos, o tres...

La cena vino a ser más a menos como que de chiste, lo que supongo que no os cogerá por sorpresa.

Pablo, estoy pensando cogermé a la vuelta esos días que me prometiste libres, ¿cómo lo ves?

Libres, ¿por qué? —le salió a María la vena cabrona.

Libres por venir aquí, bonita—le dediqué la más capulla de mis sonrisas.

Pero si yo también he venido y no tengo días libres—miró a Pablo con incredulidad.

Bueno, eso es porque Abril y yo llegamos a un pacto—Pablo miraba a la ventana, creo que con ganas de tirarse.

Sí, guapa, eso es, más o menos, cómo te lo explicaría yo... Ya lo tengo, es porque la que vale, vale, y la que no, para Empresariales—esa era la carrera que ella había

estudiado, pese a ejercer de secretaria.

A mí se me está cerrando el estómago, lo advierto.

Es para hacer juego con tu cabeza, tonti, no pasa nada, que eres muy cerrada de mollera.

Lo digo desde ya, como esto siga así, yo aborto misión y os mando a las dos para España—Pablo estaba ya a pique de un repique.

Vale, pero si eso, a mí ya me despides y me das el finiquito ese gordo, que se lo quiero enseñar a María—seguí cortando la carne tranquilamente.

Enzo no paraba de darme con el pie por el debajo de la mesa y yo lo miraba con carita de enamorada, ahí para dejarle buen sabor de boca a Pablito y que se fuera a dormir con una bonita imagen en la cabeza.

Después de tan pacífica cena nos despedimos y comenzaba el segundo *round* de boxeo.

Tenemos que hacer ruido—le propuse a Enzo en cuanto estuvimos en el dormitorio.

Define ruido, que tienes mucho peligro—me dio un abrazo.

Pues ruidos, tú ya me entiendes—hice un gesto gracioso indicando que sexuales.

¿De estar dándole al tema? No cuentes conmigo, eso sí que no entra en el contrato.

¡Venga, ya! No seas soso, si nos lo vamos a pasar de muerte...

¡Que ni amarrado, vamos! A ver si al final te has creído que de verdad nos va a fichar Amenábar—salía del paso como podía.

Pues tú calladito, que ya los hago yo.

Y tardé más o menos el tiempo de desmaquillarme y ponerme aquel gracioso pijama de dos piezas y tirantes con la frase “Dulces sueños, bombón” y que tanto podía estar dedicado a Enzo como a mí misma.

Estás ideal—reía él, que se había puesto para dormir unos pantalones cortos deportivos y una camiseta.

Calla y no me desconcentres, que voy al lío.

¡Yo me tapo los oídos! No quiero escuchar, demonio...

Se los tapó, pero no le sirvió de nada, porque yo estaba de lo más inspirada y no paraban de salir de mi boca esos insinuantes gemidos que tanta risa le causaban.

¿Tú crees que suenan lo suficiente? —le pregunté.

¿Para que se entere el hotel al completo y los del resto de la calle? Seguro que sí.

¡Tonto! —le di con la almohada y caí junto a él, que también estaba ya sentado en la cama.

Me acarició el pelo, llevándolo detrás de mi oreja.

Espera, espera, que ahora viene el toque final....

¡Paso, paso! —se tapó las orejas.

Yo lancé un gritito simulando un orgasmo que no tuvo nada que envidiarla al del campanero blanco, el pájaro ese amazónico que es capaz de cantar en el ritual de apareamiento hasta alcanzar los 125 decibelios, lo que viene siendo el ruido de un avión al despegar, ¡pájaros a mí!

¡No puedo contigo! ¡No puedo contigo! —la risa de Enzo me contagiaba.

Si no ha sido para tanto, este mañana pide que le cambien de suite—la de Pablo daba pared con pared a la nuestra.

Lo tienes que estar volviendo loco.

¿No me digas? Ya no voy a poder dormir esta noche. Ahora mismo me pongo a rezar dos Aves Marías y dos...

Sí, sí, pero de paso me vas a volver loco a mí también y lo que no es loco, ni se te ocurra meterte ahora entre las sábanas—él se había refugiado allí, pero la caseta de campaña de su entropierna se dejaba ver igual.

Esperé cinco minutos, entre bromas, y finalmente me tapé también con las sábanas.

¿Hacer la cucharita entra en el contrato? —le pregunté con malicia.

Yo no lo he visto en ninguna cláusula, pero si lo necesitas, la incluimos.

¿Un poquito? —puse una carita de buena que no me creía ni yo.

Y así nos dormimos. ¿La realidad? Me recordó a mis noches con Pablo y lo eché mucho, mucho de menos. Luego miraba en la penumbra y pensaba que Enzo lo tenía todo para ser un buen sustituto, ¿estaba ganándole el terreno a mi ex? Pues no tenía ni idea, pero lo dolorido de mi corazón hacía que ni tampoco prisa por descubrirlo.

Capítulo 16



Segundo día en Bruselas y todos a sus puestos en la hora del desayuno.

Yo pido que esta noche me cambien de suite, lo advierto—la de María también daba pared con pared a la que ocupábamos nosotros, pero por el otro lado.

¿Y eso bonita? ¿No has dormido bien? —le pregunté con fingida curiosidad.

Lo sabes muy bien. Diste un numerito que hasta salieron algunas personas a escuchar al pasillo.

¿Tan bien lo hicimos? Amor, esta noche abrimos la puerta para añadir la posibilidad de que miren, así aprenden. Tú también puedes mirar, María.

¿Yo? ¡Qué asco me das! Hasta calor me está entrando.

Esos son sofocos, cariño, ¿estás menopáusica ya? No tenía ni idea—nuestra edad era similar.

Eres imbécil, imbécil del todo, se te da súper bien tocar las narices.

Como el resto de las cosas, todo se me da bien. Si es que ya dice mi madre que soy de lo más habilidosa. ¿Nos vamos ya?

Nos despedimos de Enzo hasta la hora del almuerzo y nos fuimos a trabajar. Lo mejor del caso es que la tarde la tendríamos libre, lo mismo que la siguiente. Las reuniones transcurrieron como las del día anterior y todos reconocieron el buen hacer de Pablo, que estaba recibiendo las mejores críticas.

Al salir, María fue al servicio y nos quedamos solos Pablo y yo. Vale, no soy tan fuerte como quiero aparentar en ocasiones y la profunda mirada de tristeza que me lanzó me llegó al corazón.

Abril, no hace falta que me restriegues más tu relación con Enzo ni que hagas que nos pongan las maletas en la calle por tus gritos nocturnos. Yo tomo nota de todo y asumo mi culpa. Fui el más estúpido del globo y ahora voy a pagar toda la vida por ello, créeme que me duele a mí más que a ti.

Ni se te ocurra entrar a calificar lo que yo sentí en ese momento. Y digo en ese momento porque ahora con Enzo estoy viviendo lo bonito del comienzo y me ha servido para borrar de un plumazo el dolor que me causaste—no me lo creía ni yo, pero había que intentarlo.

Pues yo siento un agujero en el corazón que no sé lo que hacer con él...

Pues ni idea, como no le metas un calcetín o algo...

No seas insensible, por favor...

¿Insensible? Encima de que te estaba dando soluciones, no hay quien te entienda chaval.

Es que el agujero que me has dejado dentro es muy grande, Abril.

Imagino, imagino, del tamaño de un cráter tiene que ser, pero es lo que hay. En cualquier caso, ya sabes que la mancha de la mora con otra verde se quita y a las pruebas me remito, míranos a Enzo y a mí.

No me voy a perdonar en la vida por haberte perdido, ¿lo sabes?

Pues chico, no seas tan duro contigo mismo. Yo sí te perdono, a ver “*ego te absolvo...*”

¿Qué estáis haciendo? —María nos miraba extrañada mientras avanzaba hacia nosotros.

Un exorcismo, le estaba practicando un exorcismo para intentar minimizar los efectos de tener un demonio como tú cerca, pero no sé si va a funcionar.

Os prometo que me traéis de cabeza, me va a volver a doler ya mismo—se quejaba Pablo.

Tengo una pastillita, tranqui que ahora te la busco...

Pablo nos invitó a almorzar, de modo que pasamos por Enzo y compartimos una animada comida, en la que saqué a colación los muchos planes de futuro que mi amorcito y yo teníamos. ¡De esa iba a lograr que Pablo me aborreciera!

Si lo analizaba en profundidad, la conversación mantenida con él en ausencia de María, me había dejado muy tocada. Veía sinceridad en sus palabras, pero más rabia me daba. Si estaba enamorado de mí ¿a santo de qué me había tenido que cornear de aquel modo? Me daba tanto coraje pensarlo, que más contraatacaba con todo lo relativo a Enzo.

Enzo, Enzo... Ese ganaba puntos por minutos y, de seguir así, se iba a terminar llevando el premio gordo y a no tardar mucho, porque una noche cuchareando con él era mucha tela y a mí eso también me había rayado y no poco.

Después del almuerzo comprobamos lo que ya sabíamos, que la capital política de la Unión Europea era una ciudad tranquila y que allí dabas una patada y salían tres museos. Era mi primera visita y eso que Pablo y yo habíamos estado en muchísimos países tanto dentro como fuera de Europa.

Entre parques y edificios dignos de admirar, yo seguía con mi particular contienda y Enzo me llevaba cogida de la cintura. Si tenía que definir la situación, empezaba a nadar entre dos aguas. Pensaba en ello cuando llegamos a la *Grand Place*, un destino que no nos defraudó.

Sobra decir que allí le pedí a Pablo que nos tomara varias fotografías a Enzo y a mí, piquito incluido, que quedaron de lo más simpáticas. Su cara, poco os tengo que decir al respecto... debía tener el estómago en la boca, pero qué se le iba a hacer. Si aguanté yo el tirón en su día...

A media tarde nos tomamos unos gofres de chocolate, que estaban deliciosos.

Enzo, ¿te gusta la cerveza? —le preguntó un rato después Pablo a mi chico postizo.

Yo pensé que al final mi ex iba a tener más moral que el alcoyano e iba a querer hacerse amigo de Enzo. ¡Vivir para ver!

Me encanta, ¿te hace una?

A mí, sí, ¿qué pensáis chicas? —nos preguntó Pablo y a nosotras nos pareció bien.

Según nos comentó la cerveza artesanal de allí no tenía parangón, pero yo enseguida caí en la cuenta de que había pillado con el carrito de los helados al muy villano de Pablo, porque ese lo que quería era enredarnos para que Enzo y yo no nos fuéramos de cenita de esas románticas de las que salen fechas de boda y nombres de niños.

Terminamos sentados allí en la *Grand Place*, escenario inmejorable, que por algo es Patrimonio de la UNESCO y eso no se consigue con tres mesas y dos sillas y nos instalamos cómodamente en una cucada de terraza en la que terminamos poniéndonos tibios de esa exquisita cerveza y de mejillones con patatas fritas.

No ofendo al señor porque digo la verdad si afirmo que fue un rato donde firmamos un tratado de paz provisional y disfrutamos del lugar y de la comida, entre risas y comentarios cómplices. Eso sí, no más de un par de horas, que yo a Pablito y a María los tenía que seguir fustigando, no se fueran a acostumbrar mal y después quisieran mimitos.

De camino al hotel volví a las andadas y Pablo decía que ya le estaba extrañando, ¿veis lo que os digo? No podía bajar la guardia, ainss...

¿Esta noche va a haber numerito también? —me dio Enzo uno de esos abrazos que no habíamos pactado.

Un poco, pero más bajitos, que al final sí que nos echan...

La lée un poco con unos gemiditos, tras los que vinieron unos suspiros de Enzo que me dieron a entender que yo estaba rozando el límite, ¡y era consciente de ello! Eso sí, la cucharita que no faltara.

Amaneció nuestro último día en Bruselas, pues a la mañana siguiente partiríamos y yo tendría que estirar un poco más el chicle, que el viaje me tenía que dar de sí.

Al mediodía, nos despedimos de aquellos con los que habíamos compartido tres jornadas de trabajo y en las alegaciones finales todos coincidieron en lo relevante que había sido la intervención de Pablo, quien con bastante humildad agradeció el reconocimiento.

Y es que en contra de lo que Mario, mi primer novio, dijera, Pablo nunca había mirado a nadie por encima del hombro. Ese no había sido el problema, sino más bien que hubiera ensartado a alguien desde atrás y a cuatro patas. ¡Maldita imagen que no me dejaba ni a sol ni a sombra! Ya me había cabreado yo sola, ese se la cargaba aquella noche.

Después de almorzar los cuatro juntos, Pablo, Enzo y yo, pillamos un taxi que nos llevó al Barrio Europeo, en el que se encuentra el Parlamento Europeo y muchos de los edificios y de las instituciones de la Unión Europea. Propuse yo la visita y los chicos aceptaron de buen grado, salvo María que decía que quería ir a las *Galerías Saint Hubert* a comprarse trapitos, superficial como ella era, ¡sería que en España no teníamos tiendas!

Puestas así las cosas, yo le propuse que se fuera ella de *shopping*. Lo estuvo pensando, pero debió caer en la cuenta de que Pablo pasaba de ella como de la mierda, por lo que aceptó mi propuesta y la perdimos de vista hasta la hora de la cena. Una menos.

Pasear con Enzo de la mano por el Barrio Europeo bajo la supervisión de Pablo era como de ciencia ficción, pero yo traté de disfrutar de las vistas y no solo de las de aquellos dos maromos, no seáis mal pensados, hablo también de las calles y edificios.

Para bordar la última noche, volví a darles un poquito de caña a Pablo y a María durante la cena y ya después cada uno nos retiramos a nuestros aposentos.

Me sentía de lo más confundida, ¿lo dudabais? Seguro que no, pero Pablo me había hecho mucho daño y él había levantado un muro entre nosotros dos. Yo era consciente de que no lo iba a olvidar en un día, pero tenía que apartarlo definitivamente de mi vida. Su recuerdo me estaba reconcomiendo por dentro. Y Enzo... Enzo había llegado a mí como un soplo de aire fresco y yo estaba demasiado sofocada...

Vive Dios que lo busqué. Lo tenía decidido, quería darle una oportunidad al medio italiano ese que igual era capaz de colarse por los resquicios de mi corazón y hacer que me olvidara hasta del nombre de Pablo, o quizás no, pero quien no arriesga, no gana...

Abril me siento muy halagado, pero...—¡ya sabía yo que venía un “pero”! Lo acababa de besar y sin necesidad de alcohol, a pecho descubierto, bueno no literalmente, que yo tenía mi pijama puesto.

Enzo, lo he estado pensando y tú eres un tío estupendo. Me gustaría intentarlo contigo, dejar el pasado atrás y construir entre los dos una bonita historia.

Abril, solo dime una cosa. Si no te doliera tanto de lo de Pablo, ¿estaríamos en el mismo sitio o hubieras intentado arreglar las cosas con él?

No hay nada que intentar. Él nunca me quiso, no era verdad, me engañó y eso quiere decir que todo era mentira.

Eso quiere decir que se equivocó, ni más ni menos. Pero en modo alguno que no te quisiera, Abril.

¿Estás tirando piedras sobre tu propio tejado? —yo necesitaba una perspectiva amplia de la situación.

Abril ha llegado el momento de que todos pongamos las cartas encima de la mesa.

No te entiendo.

Ni Pablo es tan malo, ni quizás yo tan bueno... En la vida hay matices, yo creo que a él se le fue la situación de las manos. La pifió, sí la cagó soberanamente, pero tú no paras de darle palos, estás siendo implacable y él está aguantando el tipo.

Porque no le queda otra...

Abril, Pablo está forrado y más que va a estarlo de aquí a nada. A ti tu indemnización por despido te arregla la vida, pero para él no es un varapalo de una magnitud tal que le obligue a aguantar tus desplantes. Si sigues trabajando con él, es porque te necesita a nivel laboral, pero también porque tiene la ilusión de seguir viéndote cada mañana. ¿No lo ves?

¿Te lo ha dicho él?

No, pero me sobra inteligencia emocional para interpretarlo y a ti también, tontorrón—me dio un abrazote.

Me gustaría creerte, pero no puedo...

¿No puedes o tu orgullo no te deja? Anda y bájate ya del burro. Lo que tienes que hacer es...

¿Correr a sus brazos y hacer como que aquí no ha pasado nada? ¡Va listo!

No he dicho eso, Tenéis que hablar, hablar mucho y él tendrá que trabajar día y noche para volver a construir la confianza entre vosotros, pero podéis lograrlo...

No te creo, eso es imposible.

No hay nada imposible, es más, las cosas a veces no son lo que parecen. Tengo algo que contarte.

Ahora me vas a decir que vi alucinaciones aquella noche.

No, pero ¿y si te dijera que en el hecho de que yo esté aquí tiene Pablo mucho que ver?

Eso sí que no lo entiendo.

Pablo te escuchó hablar desde tu despacho con mi agencia, pidiendo un chico de compañía.

¡¡¡No!!! —pegué un grito que debí alertar a todo el hotel.

Sí y, como sabes que tiene conocidos por todas partes, un buen amigo suyo conocía a mi jefa, con la que habló y le pidió que por favor seleccionara un candidato que fuera profesional y que no intentara sacar tajada de la situación. Es decir, que no te tocara ni un pelo.

Más allá de los piquitos que pactamos. ¡Es un caso!

Sí que lo es, pero eso denota amor por ti. Lo hizo porque deseaba conquistarte, no había perdido la esperanza...

¿Y por eso no transgredes tú los límites?

Sabes que no es por eso. Yo acabo de poner mi vida profesional en tus manos. Me he limpiado el culo con la cláusula de confidencialidad por la que no podía contarte nada de esto. Si llega a oídos de mi jefa, ya puedo empezar a repartir currículums, pero no me importa. Yo lo que deseo es tu felicidad, Abril y no voy a negarte que te deseo y mucho...

Entiendo—bajé los ojos.

Te deseo, pero no a cualquier precio. Prefiero que salgas corriendo y arregles las cosas con él, a que te quedes conmigo sin llegar a saber nunca la verdad. Tú lo quieres, Abril y él te quiere.

Bueno, piensa que de seguir contigo, también irías derecho a la cola del paro, porque de chico de compañía no sigues...

Sí, también hubo cucharita esa noche. Necesitaba arrumacos más que nunca en un momento en el que, mientras mi cuerpo permanecía con Enzo en aquella cama, mi mente volaba al lado de un Pablo que seguía considerando el hombre de mi vida, pero a quien no sabía si podría llegar a perdonar. Que vale que yo había visto muchas películas y eso se solucionaba con una boda rápida en las Vegas, pero en la vida real los cuernos se atragantaban una mijilla más.

Capítulo 17



El amanecer con Enzo sonó a despedida. ¿Sonó? No, fue una clara despedida.

Abril, yo también necesito mi espacio, lo entiendes, ¿verdad? Cuando llegemos me gustaría estar a mi aire. Eso no quiere decir que no seamos amigos, siempre voy a estar en tu vida, si me dejas... Y si lo tuyo con Pablo no funciona, estaré esperándote...

¿Has tomado ya una decisión por mí? —le di un almohadazo y luego me tapé con la almohada la cara, porque también me daba mucha pena decirle adiós a él.

Sabes que tienes que intentarlo o nunca te lo perdonarás...

Enzo sabía más de lo que le habían enseñado y tenía más razón que un santo.

Eso sí, tengo que pagarte—habíamos quedado en que le ingresaba cuando cumpliera el contrato.

No te preocupes, mis honorarios corren por cuenta de tu ex...

¿También eso? —yo iba de sorpresa en sorpresa—Pues sí que es generoso, hay que reconocerlo...

En cualquier caso, no le voy a cobrar.

¿Y eso? —todo estaba dando un giro de ciento ochenta grados a mi alrededor.

He conocido a una gran mujer, he tenido el placer de dormir haciendo la cucharita con ella, he viajado gratis... Debería ser yo el que pagara. Para mí no has sido una clienta, tenlo claro—me levantó la barbilla y me dio un último piquito antes de salir de la suite con las maletas.

El vuelo transcurrió de lo más tranquilo. Sí, no me he equivocado de adjetivo, he dicho de lo más tranquilo. Una también tiene derecho a rectificar, ¿no os parece?

Bueno, adiós—dijo María al llegar al aeropuerto. Por cierto, Abril, ¿tienes fiebre? Me extraña que no hayas dado el cante durante el vuelo.

Pues mira no, no he dado el cante, pero si no te quitas de mi vista igual un cantazo con una piedra que encuentre por aquí sí te doy. ¿Cómo lo ves? —si me buscaba, me encontraba. Y ella también era especialista.

Pablo escudriñaba mi rostro en busca de alguna pista, se notaba. A él tampoco se le había pasado por alto que yo estaba mucho más mansa de lo habitual en las últimas semanas.

Bueno chicos, yo os dejo—se despidió María minutos después y la perdimos de vista, quedándonos los tres solos.

Pablo, ¿te importaría llevar a Abril a casa de su hermana? —el bueno de Enzo dio el primer paso. Valía mucho ese chico.

No entiendo, ¿no la llevas tú? —se quedó totalmente descolocado.

Creo que deberías llevarla tú, tenéis mucho de lo que hablar...

Pablo me miraba a mí y lo miraba a él y no sabía cómo reaccionar.

Lo sé todo Pablo, Enzo me ha contado que estás al tanto de su contratación, incluso que estás detrás de ella—negué con la cabeza, por Dios, ¡qué ridículo más espantoso!

Abril, yo....

Cojamos un taxi, anda...

No, no fuimos a casa de Daniela, como es normal. Fuimos a un lugar neutro, en el que almorzamos y en el que Pablo lagrimeó hasta la saciedad contándome que aquella tarde había bebido y que la chica en cuestión era una modelo que iba a colaborar en nuestra sección de moda. ¡Tenía yo un olfato! Habían quedado para hablar y una cosa llevó a la otra y acabaron en su ático...

Total, que lo único que saco en claro, es que no fueron unos cuernos premeditados—reí, ya no tenía más remedio.

Eso te lo aseguro.

Pero sí con nocturnidad, que vaya noche la de aquel año—me acordé de Miguel

Ríos por no acordarme de la santa madre de Pablito.

Solo puedo decirte que fue el mayor error de mi vida. Me pudo un rato de morbo, porque jamás antes había pasado...

Vamos, que si pasó me lo ibas a contar...

Abril, no había pasado nunca. Estoy enamorado de ti hasta el tuétano, fue un error, un solo error por el que no quiero pagar el resto de mi vida.

¿Y qué propones que hagamos? Porque a mí este me sigue doliendo—señalé a mi corazoncito,

Pues déjame que te lo acaricie hasta que deje de hacerlo.

Se refería al corazón, aunque me estaba mirando las tetas, eso no hace falta que os lo diga. Y después de mirarlas, pues como que las dejó al descubierto, y a continuación, vino lo de sus manos en mis caderas y, finalmente, lo sentí dentro de mí, que era lo que ambos deseábamos. Eso sí, a cuatro patas no me puso, porque si llega siquiera a intentarlo le parto la nariz del puñetazo, que todo llegaría a su tiempo, pero que de momento me iba a seguir escuchando una temporada.

¿Cogí ese día las maletas y me fui corriendo a su lado a demostrarle que él y solo él era el hombre de mi vida? Pues va a ser que no, que se lo tenía que seguir currando.

De esa guisa, es decir, con la decisión tomada de volver a intentarlo con Pablo y pero que muy buen follada, corrí al abrigo de mi hermanita, que también tenía mucho que contarme porque Bruno estaba cambiando los cómics por las comedias románticas a pasos agigantados, aunque él siempre llevaría al frikazo que era dentro.

El viernes comenzaron mis mini vacaciones, esas que le había exigido a Pablo por ir con él a Bruselas, y que durarían hasta el viernes siguiente incluido, por lo que tenía un montón de días por delante para hacer lo que me diera la real gana. Y sí, pensad mal y acertaréis, lo que me apetecía era pasarlas con Pablo.

Después de barajar distintas posibilidades internacionales, nos quedamos con las Islas Canarias, porque allí fue donde hicimos nuestra primera escapada juntos y, como dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, pues allí le iba a dar la segunda oportunidad, ignorando si merecida o no.

Una semana íbamos a permanecer allí. Nos hospedamos en un resort de lujo, en régimen de “todo incluido” y nos dedicamos a recorrer todos los rincones de unas islas que a ambos nos cautivaban. Pablo estaba más volcado conmigo que nunca y yo... Yo me dejaba querer, aunque le recordaba a cada momento que estaba en cuarentena y que si era capaz sacara los pies del plato.

¿Quiere eso decir que estábamos en tensión constante? Pues ni mucho menos, porque lo pasamos genial, genial, así como para tener cero ganas de volver, genial como para empezar a pensar que quizás había tomado una buena decisión al volver a tenerle en mi vida y genial para admitir la posibilidad de que alguna segunda parte sí que fuera buena...

Nuestros días eran agotadores, comenzaban y terminaban con sexo y también lo practicábamos a otras horas para que no nos calificaran de demasiado ociosos. Cumplido esto, estaba la obligación de sacarle partido a la pulserita del “todo incluido”, por lo que bebimos de todo y en cantidad, salvo agua, comimos hasta salir rodando e hicimos gran cantidad de excursiones de las que trajimos cientos de fotos... Si a esto añadimos que disfrutamos como enanos en la playa, el resultado estaba siendo inmejorable.

Bueno, eso pensaba yo porque Pablo, al que ya puedo dirigirme como mi chico de nuevo, pensó en algo más, que para eso era el jefe y estaba acostumbrado a comerse mucho el coco. ¿Y en qué pensó? Pues en algo que os va a gustar, que esta historia es de lo más romántica, aunque empezara con festival porno adúltero...

No me quiero calentar de nuevo porque al final Pablo me estaba demostrando que iba a ser verdad que estaba colgando en mis manos y que me enviaba canciones de su puño y letra, como entonarían Carlos Baute y Marta Sánchez. Y más que canciones, lo que sacó fue una cajita del bolsillo de sus pantalones en la cena del tercer día de nuestras improvisadas vacaciones.

¿Qué sentí en ese momento? Pues ya lo podéis imaginar, pelos como escarpas y unos gritos de “Sí, me quiero casar contigo” que originaron los aplausos de todos los comensales.

¿De verdad, cariño? ¿Te vas a casar conmigo? —repetía una y otra vez un emocionadísimo Pablo que no podía contener las lágrimas.

De verdad, pero me vas a firmar unas capitulaciones que recojan que como me vuelvas a poner los cuernos, te dejo en calzoncillos—chillaba yo en volandas.

Y esa fue la última vez que mencioné unos cuernos que ya quería dejar en el olvido, porque ante mí se abría un bonito futuro, un futuro que siempre había soñado con Pablo y que se había visto empañado por una historia un tanto turbia que intentaría dejar en el fondo de aquellas aguas cristalinas, porque yo quería avanzar en la vida con él y pensar que aquello fue un tropiezo en su camino. ¿Se cayó y se la metió por error? Pues no, pero no hay camino de rosas sin espinas y aquella fue la que se me clavó a mí, o mejor dicho a la otra, que ya me lío un poco.... ¡Es lo que tiene la felicidad!

Días después volvimos a la redacción y los dejamos a todos boquiabiertos. Yo enseñaba pedrusco a las chicas y María puso cara de que pediría la cuenta en menos de lo que canta un gallo, ¡me entró un llanto!

¡Vuelves a ser la jefa consorte! —exclamaba en nuestro despacho Aitana, que ya estaba formalmente enviada con Julio.

Bueno, sabes que nunca he tenido afán de notoriedad, eso me da lo mismo, lo importante es que vuelvo a estar feliz con Pablo.

Pues afán de notoriedad no tendrás bonita, pero negociar, negocias como Dios...

Más tarde, Pablo pidió un momento de atención y todos le escuchamos.

Sois mis compañeros y también mis amigos. Creo que ya no falta ni uno por saberlo, porque mi futura mujer ha ido enseñando el anillo por todos los despachos, pero quiero brindar con vosotros, ¡Abril y yo nos casamos! —descorchó una botella de champagne y todos aplaudieron—Desde el día que la vi supe que era la mujer de mi vida y después de estar a punto de perderla quería informaros de que quiero renovar mi compromiso con ella todas las mañanas de mi vida durante muchos, muchos años...

¡A mí no me amenes! —grité entre risas y todos en la redacción carcajearon.

Vaya momento más improvisado y es que iba a haber algo de cierto en eso de que lo que no se planea, es lo que mejor sale.

Epílogo



2 años después

Blanca y radiante va la novia... Y la novia era yo, claro. Dos añitos habían pasado desde la romántica pedida con la que Pablo logró que yo le entregara no solo mi mano, sino también mi corazón.

Ahora bien, para todos aquellos que pensarais que yo estaba como un cencerro por volver a confiar ciegamente en él, ya veis que me tomé un tiempito para comprobar que las aguas volvían a su cauce y que su desliz quedaba en el baúl de los recuerdos.

Y sí, ya podía gritar a los cuatro vientos que mi chico estaba por mí y no solo porque me lo demostraba a cada momento, sino porque yo le había impuesto la penitencia de jugar al metesaca varias veces al día y él la cumplía como un campeón, por lo que poquitas ganas le quedaban de posar sus ojos en otra.

Mucho había llovido desde que me aventuré a decirle a Pablo que sí, que me casaría con él. Pero es que de veras que podía decir que desde entonces todo había sido prueba superada y no porque yo fuera de las que, con tal de casarme, fuera a admitir pulpo como animal de compañía, sino porque lo sentí conmigo en todo momento y remando en la misma dirección.

Claro que, si de direcciones se trataba, camino del altar me sentí la protagonista de mi propio cuento con final feliz. La vida me sonreía y no solo lo hacía ella, sino todos nuestros invitados que, aglutinados en los bancos de la iglesia, esperaban con ansia mi entrada del brazo de mi flamante padrino, mi papi.

¿Qué decir del hombre que había puesto la semillita en mi madre para que yo viniera al mundo? Pues que había derramado unas lagrimitas que me llegaron al alma cuando por fin me vio vestida para el gran día con mi vestido de estilo *boho chic*, con cuerpo de encaje y pedrería y delicados tirantes que enmarcaban mi descubierta espalda con diseño cruzado.

En el primer banco, a la derecha, mi madre y acérrima defensora, que cuando nos reconciliamos, le vino a decir a Pablo más o menos que cuidadito con mear fuera del tiesto, que le cortaba los huevos o algo parecido, no recuerdo muy bien los detalles. Eso sí, a partir de entonces volvió a llamarle hijo y a cocinarle sus platos preferidos siempre que venía al caso, por lo que había que pensar que nada mejor que dejar las cosas claras y el chocolate espeso.

A igual altura, en el banco de la izquierda, mi querida suegri. ¿Pensáis que el tiempo lo cura todo y que por fin habíamos dicho aquello de que pelillos a la mar? Frío, frío. Ella seguía sin poderme ver y yo a ella, pues la verdad, le deseaba una larga vida, pero, a poder ser, en la que apenas coincidiéramos. Y es que esa sí que seguía sacando lo peorcito de mí, pese a que yo ya había dejado atrás mi papel protagonista en el sainete titulado “Tocar los ovarios al personal en tiempos revueltos”.

Y vosotros estaréis diciendo que, si mi suegri no estaba del brazo del novio, ¿quién lo estaba? Muy fácil, pues mi cuñada Estela, la hermana mayor de Pablo, de quien creo que no os he hablado nunca y que vivía en Edimburgo. Mi chico la adoraba y en su día le había prometido que ella sería su madrina de boda algún día, contra viento y marea. Y como digamos que la relación de Pablo y su madre estaba más fría que el pecho de una rana desde que nosotros habíamos vuelto, pues no tuvo más remedio que comérselo con patatas y dejar que su hija ocupara su lugar.

A su vera, siempre a la verita suya, estaba la marioneta de mi suegro, que ese sí que supo guardar cola el día que repartieron la paciencia. El primerito estaba el muy desdichado y es que la que le había caído encima era cadena perpetua y para colmo a sonreír... Si es que los hay que nacen con estrella y otros estrellados.

Entre esos que nacen con estrella estaba mi cuñado Bruno, al que a aquellas alturas del partido yo había aprendido a querer como un hermano. Que sí, que yo no las tenía todos conmigo de que dejara de participar en el Día del Orgullo Friki y así era, él en su línea, pero en esa misma línea estaba mi hermana, que ya lucía también pedrolo de compromiso en la mano y estaba feliz como un regaliz al lado de su churri.

Otros un pelín empalagosos eran Aitana y Julio, a los que por mis cálculos les debían faltar dos telediarios para comprometerse y que parecían siameses, todo el día cogidos de la mano y viviendo su propia experiencia religiosa, que diría Enrique Iglesias.

Un banco detrás de ellos estaba Enzo. Sí, mi Enzo, mi novio postizo, quien, tras hacer un breve paréntesis en nuestra amistad, había vuelto a mi vida y a la Pablo, en forma de querido amigo. Y es que el tío se hacía querer. A mí me había dado una lección de vida y hacía uso de él... No penséis mal, a ver si ahora vais a ser vosotros los de la mente sucia... Hacía uso de él en plan coach, que tenía mucha sensibilidad y me ayudaba a ponerme en los zapatitos de los demás. Por increíble que pudiera parecer, aquel bombonazo seguía solo, aunque no sería por falta de candidatas, que yo le decía que tenía que hacerse *influencer*, que para eso parecía tener una fábrica de *likes*.

A su lado, Mario, mi primer amor, a quien le pareció regularas que yo le diera una segunda oportunidad a Pablo, pero ya se sabe que para gustos los colores. Venía de la mano de su chica, Rosa, una compañera suya del cuartel que había sabido ponerlo firme y lo había metido por fin en cintura.

Un poco más atrás, Fabiola, Leo, Paula y Erik, nuestros amigos, que se habían comido unas escenitas en el club náutico que más bien eran de “El Club de la Comedia”, pero que no entraron

ni salieron, demostrando que eran buena gente.

A quien no vi por allí fue a María y era raro, porque a pesar de que salió a la carrera del periódico, yo no quise ser mala y le envié la invitación para que acudiera a nuestra boda. El caso es que igual estaba siendo malpensada, lo mismo no encontraba aparcamiento la muchacha, eso o que se había limpiado el culo con la invitación. Ah no, que para eso se la envié virtual, para evitar las malas tentaciones.

Por lo demás, en la iglesia había más gente que en la guerra, porque habíamos reunido a todos nuestros familiares, amigos y allegados, así como a lo más granado del mundo de las publicaciones locales.

Yo siempre había imaginado el día de mi boda como multitudinario, dicho sea de paso, pues las bodas con tres gatos no son mucho de mi gusto, pero tenía que reconocer que Pablo había tirado la casa por la ventana. No en vano, él decía que con lo que le había costado llegar a convertirse en mi marido, se tenía que saber aquí y en Pekín y aquella mañana estaba exultante.

Si yo fuera malilla, le hubiera hecho esperar antes de contestar o habría soltado uno de mis disparates antes del “sí, quiero”, pero lo pensé fríamente y eso serviría para ilusionar por unos momentos a mi suegri, algo que no podía permitirme.

Así las cosas, la ceremonia terminó pronto y yo salí con el ramo de novia en alto y abrazada a un Pablo que no se despegaba de mí ni un segundo.

Eres lo más bonito que se ha visto en novia—me iba diciendo en el oído mientras los nuestros nos tiraban un cañonazo de pétalos de rosas.

Lo sé, lo sé—reía yo mientras disfrutaba del momento.

Recibimos todas las felicitaciones y llegó el glorioso momento en el que mi suegra se acercó a mí. Había venido en coche, ese día nada de escobas, pero la mala hostia la traía de serie.

Bueno, bonita, pues ya somos familia—soltó con retintín.

Eso parece, ¡qué se va a hacer! No todo podía ser perfecto—la dejé con la cara partida y seguí disfrutando de mi día.

Pablo y yo lo teníamos todo organizado al milímetro. La boda se celebraría en los jardines de un palacete impresionante y la idea era que los nuestros lo pasaran en grande, por no decir nosotros, que estábamos que nos salíamos del pellejo.

Al llegar, volví a creer en los cuentos de hadas, porque nos encontramos un escenario nupcial mágico. La carpa que cubría las mesas era todo un prodigio, igual que el *attrezzo*, que incluía infinidad de flores variadas, realmente de ensueño, lo dicho. Y eso va por los escépticos.

Al final de la noche, cuando las luces comenzaron a apagarse y los músicos abandonaron los micrófonos, Pablo y yo nos abrazamos y dimos las gracias a todos los asistentes.

Quizás tenía que haber hablado antes—cogió mi marido un micrófono para mi sorpresa— Sin embargo, no he querido hacerlo hasta asegurarme de que todo salía bien, porque solo en este momento estoy listo para decir que soy el hombre más feliz del mundo. Quienes conocéis nuestra historia, sabéis que no ha sido fácil y que yo no di todos los pasos lo recto que debiera, pero sí estoy en disposición de confirmaros que siempre supe que o era ella o no sería nadie. Hoy he hecho realidad un sueño. Me he casado con Abril en junio y no es un juego de palabras. Es todo lo que le pedí a la vida y ya lo tengo en la mano. ¡Cariño, prepárate para ser rematadamente feliz!

Nuestros invitados aplaudieron a rabiar y a continuación se marcharon.

Muy, muy cursi. Ha sido súper cursi—le señalé con el dedo muerta de la risa cuando nos quedamos solos.

Pero has tenido un orgasmo mientras lo decías y lo sabes.

Quizás sí, lo que pasa es que me ha sabido a poco, que ya estoy yo echando de menos mi ración diaria—le confesé.

Llegamos a casa, a la que entré en sus brazos, que no éramos nosotros nadie para contradecir a los cánones y caímos desplomados sobre la cama. Mirando a Pablo, que me empezaba a desnudar, pensé que hay muchas maneras de vivir el cuento, pero que todas ellas merecen la pena si al final, aunque no sea un príncipe azul, es un Pablo quien te mira con ese amor y deseo. Que nadie dice que todo sea coser y cantar, pero que señores, un poquito de por favor, que las cosas hay que dejar que fluyan.

La de nuestra boda fue una noche con sabor a besos, a ardor y a pasión. Una noche que sirvió de prolegómeno a una vida en común en la que aprendimos a saltar los obstáculos de la mano y a que todo es posible si los límites los ponemos nosotros. Y eso que en nuestro caso sabíamos poco de límites...

Esta es mi historia, la de una mujer que iba camino de cometer el más terrible de los errores, el de ceder a las primeras de cambio tan pronto como la adversidad dio la cara. ¿El truco? El truco está en decirle a la adversidad que tarari que te vi, porque todo es posible cuando dos personas se quieren y porque el amor mueve el mundo. Y si alguno de los presentes conoce algún motivo por el que yo no pueda pronunciar estas palabras, “que hable ahora o calle para siempre”.

